

ANDRÉ COINDRE
Escritos y documentos

5

Obras oratorias

Edición crítica por
Jean-Pierre Ribaut y Tomás López Lambán
Traducción del francés por Tomás López Lambán

Hermanos del Sagrado Corazón
Casa general, Roma, Italia

Este quinto y último volumen de los *Escritos y documentos*, que completa el programa trazado por el Hermano Bernard Couvillion en el prólogo del tomo primero, trata de Andrés Coindre predicador. Si el término no hubiese parecido demasiado restringido, podríamos haber titulado este libro “el misionero”, pues su actividad se despliega esencialmente en el marco de las misiones parroquiales predicadas en tiempos de la Restauración; pero entonces ciertas obras de circunstancias –como el discurso oficial para el aniversario de la coronación del Emperador, el panegírico de San Vicente de Paúl o la exhortación para el Jubileo de 1825– no tendrían cabida en él, siendo que manifiestan una faceta capital de su talento.

Cada uno de los cuatro primeros volúmenes de esta edición crítica encuentra su unidad, bien en torno a un mismo género literario –cartas, reglas o reglamentos–, bien a una actividad apostólica –el Pío Socorro o la Pía Unión–. El fundador de congregaciones, el animador de obras pías y caritativas, cede aquí su lugar al orador cuya fama perduró en las memorias durante mucho tiempo después de su desaparición, como lo prueban los testimonios vertidos por los autores de su biografía a finales del siglo XIX.

Preparado para este ministerio desde sus años de seminario, Andrés Coindre lo ejerce primero en compañía de los Padres de la Cruz de Jesús, en la diócesis de Lyon, más tarde con los de Le Puy, Tours y Blois. Para entender mejor esta obra oratoria, conviene situarla en su con-

texto; la misión de Saint-Sauveur (Loira), de la que poseemos numerosos y preciosos detalles, nos permite seguir su desarrollo y precisar sus temas; al igual que los sermones o panegíricos completamente redactados, las notas sueltas y abundantes conservan el sello de esta actividad desbordante que le hizo recorrer pueblos y ciudades en las más variadas circunstancias para extender el Reino de Jesucristo y llevar a la fe a pueblos descristianizados.

* * *

Durante sus estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor de San Ireneo, en Lyon, de 1809 a 1812, Andrés Coindre deja traslucir cualidades especiales para el arte de la oratoria, que no pasan desapercibidas para el vicario general Bochart mientras se encarga de la dirección de la casa en la primavera de 1812. Por eso, tras su ordenación el 14 de junio en compañía del futuro Monseñor Mioland, el joven sacerdote recibe la invitación para completar sus tres años de teología con un "curso de elocuencia" desde el 1 de noviembre de 1812 al 6 de marzo de 1813.

Asimismo debe al favor de Bochart, antiguo párroco de esa misma ciudad, su nombramiento para Bourg-en-Bresse, dependiente en esa época de la diócesis de Lyon. Hay que reconocer que Bourg aparecía ante el clero lionés más bien como "una especie de Siberia" y se consideraba a menudo una desgracia el hecho de ser enviado allí; pero las condiciones del nombramiento del joven sacerdote no tienen nada de exilio: de buenas a primeras se ve ascendido a primer coadjutor de una parroquia que cuenta con cinco; bajo la autoridad del párroco Chapuis, tendrá como compañero a Rossat, futuro obispo de Gap y de Verdún.

«En Bourg es donde se manifestaron sus talentos y su marcadísimo gusto por el púlpito», señala el P. Ballet, que trabajó mucho tiempo a su lado en las misiones. Debido a

estas cualidades excepcionales, algunos meses más tarde, el 5 de diciembre de 1813, Andrés Coindre recibe la invitación para pronunciar en la catedral primacial de San Juan, en Lyon, el discurso para celebrar el aniversario de la coronación del emperador Napoleón.

Los registros parroquiales de Bourg-en-Bresse conservan la huella de los 633 actos ministeriales que efectúa en el transcurso de los dos años y ocho meses de estancia en el departamento del Ain. Una investigación posterior, llevada a cabo en el marco de una denuncia por vocación forzada en la que el nombre del Padre Coindre se ve implicado, añade algunas precisiones a este ministerio. El 23 de noviembre de 1818, el alcalde de la ciudad indica al jefe superior de policía de Lyon que «el Sr. Coindre, llegado como coadjutor el 14 de marzo de 1813, se marchó el 20 de noviembre de 1815», antes de precisar: «Durante todo el periodo que este clérigo vivió en Bourg, no oí más que elogios de él; y, al marcharse, muchos fueron los testimonios de pesar por su ausencia»¹ Una carta del vicario general Courbon al cardenal Fesch, arzobispo exiliado en Roma, fechada el 28 de septiembre de 1814, confirmaría si fuese necesario la fama de las cualidades oratorias del joven predicador: «El Sr. Janson de Forbin (sic) se ha presentado como encargado por el Santo Padre para fundar una sociedad de misioneros [...] Quería llevarse rápidamente consigo a seis, entre

ellos al Sr. Coindre, coadjutor de Bourg. Le cedí al Sr. Crépu, pero no a los otros»².

Puede que esta gestión esté relacionada con un documento que habla de dificultades de Andrés Coindre con la

¹ Cf. «Les débuts du Pieux-Secours», *Annuaire n° 91*, Roma, 1997, p. 12-13.

² Cf. «Le père Coindre et l'épiscopat», *Annuaire n° 93*, Roma, 1999, p. 8-9.

administración diocesana hacia esa época. Hay dos textos de sermones redactados al dorso de borradores de una misma carta que expresa el rechazo, cortés pero decidido, a una propuesta de los vicarios generales; al declinar la oferta de un nombramiento que queda impreciso, el «coadjutor» de Bourg [¿o de San Bruno, en Lyon?] reafirma con convicción la orientación que él cree dar a su ministerio y para la que se le considera competente: la predicación, casi con toda probabilidad (cf. *infra*, p. 246-247).

Llamado a Lyon por el Sr. Courbon como coadjutor de la parroquia de San Bruno, Andrés Coindre sube de nuevo al púlpito de la primacial de San Juan para dirigir las cuatro estaciones del Adviento en diciembre de 1815, inaugurando así su carrera de misionero diocesano. No tarda en unirse a los Padres de la Cruz de Jesús, que el vicario general Bochart agrupó en la primavera de 1816 sobre el modelo de los Misioneros de Francia reconstituidos por Rauzan y Forbin-Janson en febrero de 1815, resurgimiento de la sociedad nacional de los misioneros deseada por Fesch y fundada en Lyon por Rauzan en mayo de 1807, desaparecida a consecuencia del decreto de Schönbrunn del 26 de septiembre de 1809.

Durante seis años, de 1816 a 1822, Andrés Coindre predica incansablemente en los departamentos del Ródano, Loira y Ain; participa en treinta misiones y veinte retiros, da sesenta sermones en veintiuna iglesias diferentes, pero sobre todo en Lyon; encontramos en los anexos una lista lo más exacta posible de estas distintas actividades, confeccionada a partir de los archivos de los Sacerdotes de San Ireneo, que sucedieron en octubre de 1833 a los Padres de la Cruz de Jesús.

Entre los quince compañeros con los que trabajó de forma habitual, retengamos solamente algunos nombres: Montanier, superviviente del primer equipo de Rauzan; Mioland, su superior y compañero en cerca de veinte misiones o retiros; Fauvette, fundador de una providencia de chicos; Furnion, cofundador de una congregación religiosa; Donnet y Dufêtre, destinados al episcopado...

En junio de 1822, Andrés Coindre rompe con toda pertenencia a los Padres de la Cruz de Jesús, pero continúa haciendo honor a los compromisos adquiridos hasta finales de año. Con el paso del tiempo, sus relaciones con el vicario general Bochart se degradan: por un lado, no se había ligado mediante voto a la Sociedad en el momento de sus primeros compromisos, el 20 de agosto de 1820, y, por otro lado, deja San Bruno y la sede de los Cartujos en junio de 1821 para instalarse en el Pío Socorro y preparar la fundación de los Hermanos del Sagrado Corazón, mientras que nuevos miembros se unen a los pioneros.

Sus divergencias con Bochart, que le reprochaba «desperdiciar en pequeñas obras un talento de primer orden para la predicación» y que deseaba regentar las nuevas fundaciones, llevaron a Andrés Coindre a abandonar la diócesis de Lyon, en la que se le niega el reconocimiento canónico para las Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, así como para los Hermanos.

En agosto de 1822 se reúne con Monseñor de Salamon, obispo de Saint-Flour y administrador de la diócesis de Le Puy, con vistas a fundar una sociedad de misioneros en el Alto Loira, según el modelo de la que existía entonces en Salers, en el Cantal, mientras que dos meses antes Bochart acababa de colocar las bases de una institución parecida a la de los Cartujos de Lyon en su propiedad de Ménestruel (Ain).

Con mandato del 20 de septiembre, Monseñor de Salamon instituye la Sociedad de los Misioneros del Sagrado Corazón en Monistrol-l'Evêque y nombra superior a Andrés Coindre. Valiéndose del apoyo del prelado, traslada en otoño el noviciado de los Hermanos a su nueva residencia y a comienzos de 1823 lleva a tres religiosas de los Sagrados Corazones para el servicio del colegio-seminario menor, que había abierto sus puertas el 4 de noviembre anterior en el antiguo convento de los Capuchinos.

El 22 de noviembre de 1822, Jean-Baptiste Rauzan, superior de los Misioneros de Francia, hace donación de la propiedad a los dos hermanos Coindre y les concede el disfrute de los bienes muebles e inmuebles que poseía en Monistrol; no disponemos de documento que permita esclarecer el contexto de esta donación y, por consiguiente, precisar las eventuales relaciones entre Andrés Coindre y Rauzan. ¿Acaso Monseñor de Salamon habría intentado que este último se hiciese cargo de la nueva institución, lo cual justificaría la cesión consentida anteriormente por el Sr. de la Bruyère en enero de 1820?

En Monistrol, la apertura del colegio es anterior a la actividad de los misioneros, mientras que el superior retoma parcialmente el proyecto elaborado por Fesch en 1806

de una escuela de estudios superiores eclesiásticos y de las misiones en Francia. Al no ofrecer el Alto Loira los mismos recursos que Lyon, el centro de enseñanza sirve de base logística para las misiones parroquiales, que comienzan con la impartida allí mismo del 5 de febrero al 21 de marzo de 1823.

En una autobiografía que ha permanecido inédita ³, el sacerdote Jean-Baptiste Michel (1802-1892), antiguo alumno y antiguo profesor del centro, subraya las innovaciones pedagógicas debidas al nuevo director: «[En 1822] el pequeño colegio de Monistrol sufrió una profunda reforma; el Sr. Coindre, de la casa de los Cartujos de Lyon, asumió la dirección y a partir de entonces cada clase tuvo su profesor [...] Estas mejoras comunes atrajeron a un gran número de alumnos».

Dejando al Sr. Romain Montagnac la dirección efectiva del colegio, el Padre Coindre vuelve a coger su bastón de misionero en la diócesis de Le Puy, que acaba de quedar restablecida en marzo de 1823. Como los Padres del Sagrado Corazón de Jesús no conservaron con igual cuidado que los de la Cruz la relación detallada de sus actividades, hay que atar cabos y consultar las fuentes periféricas para establecer una lista aleatoria de las misiones dadas en el Alto Loira entre 1823 y 1825; contamos con una quincena de las que la prensa local se hace eco con agrado, supliendo así las deficiencias de los archivos diocesanos en este periodo; pero a veces es difícil localizar con precisión sus campos de apostolado, ya que varias se daban simultáneamente en diferentes parroquias de un mismo cantón.

Así como recibe, cuando procede, el refuerzo de uno u otro de sus antiguos compañeros de Lyon, Andrés Coindre toma parte a inicios del año 1824 en la misión de Blois (Loir-et-Cher); presta su concurso a los Misioneros de San Martín, de sus amigos Donnet y Dufêtre, que evangelizaban entonces el Blésois, la Touraine y el Vendômois,

³ Copia en los Archivos de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, A01.080.

encontrándose en esta ocasión con los Padres Mégret y Richard, venidos de Le Mans, con los que tal vez esbozó un inicio de colaboración.

En el Alto Loira no tarda en ponerse en entredicho la existencia de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús. Monseñor de Bonald, que en un primer momento se había mostrado favorable a su apostolado, comienza a lamentarse de las facilidades concedidas por Monseñor de Salamon para incorporar cada año a cuatro o cinco sacerdotes de la diócesis. No contento con parar este reclutamiento, coloca progresivamente a los miembros más capaces en las parroquias y llama a los Padres Jesuitas para la misión de Le Puy a finales de 1825, antes de confiarles en 1829 ese cargo para toda la diócesis.

Sin embargo, la reputación de organizador del Padre Coindre crece sin cesar: en junio de 1824, Monseñor de Pins, a los pocos meses de haberse instalado como nuevo administrador de la diócesis de Lyon, recurre a él para organizar una sociedad de sacerdotes destinados tanto a la predicación de las misiones como a la investigación teológica; como consecuencia del compromiso adquirido en Monistrol, el superior solicita un plazo que impedirá la realización de una institución que respondía a sus deseos y para la que había redactado un estatuto detallado.

Este proyecto de un centro de misioneros en Lyon coincidía con una petición similar hecha poco antes por el obispo de Dijon, Monseñor de Boisville. Andrés Coindre podría haber creado en los Cartujos esta gran institución con escuela normal de profesores de filosofía, grupo de misioneros para Francia e incluso para los países de ultramar, centro de teólogos y canonistas; una institución

para la que Monseñor de Pins solicita en dos ocasiones la ayuda de la familia real en el otoño de ese mismo 1824.

Durante el verano de 1825, Monseñor de Sausin, obispo de Blois, pide al P. Coindre un sacerdote capaz de dirigir su seminario mayor; éste pensaba cederle al Sr. Romain Montagnac; como Monseñor de Bonald no consiente esa marcha, el superior de los misioneros del Alto Loira toma entonces conciencia de la fragilidad de su posición en la diócesis y propone asumir él mismo este cargo. Valiéndose de la autorización anteriormente acordada por el consejo arzobispal de Lyon el 1 de diciembre de 1824 para unirse a los misioneros de Tours, abandona Monistrol a finales de 1825 y se instala en Blois en febrero de 1826.

Pero las cargas de su nueva función no lo alejan del púlpito. Recién llegado, predica el Miércoles de Ceniza y los domingos de Cuaresma en la iglesia de San Nicolás, segunda parroquia de la ciudad. El exceso de trabajo minará pronto su fuerte constitución y acarreará su trágica y prematura desaparición el 30 de mayo de 1826.

Este es, a grandes rasgos, el marco de la actividad misionera de Andrés Coindre. Conviene concretar ahora cuál fue su papel, con el fin de tomar conciencia del carácter específico de esta predicación.

Con vistas a encargar una biografía de su hermano, el P. Francisco Coindre había solicitado el testimonio de uno de sus primeros compañeros, Jean-Marie Ballet, a la sazón vicario general del arzobispo de Aviñón. La respuesta, del 2 de febrero de 1856, que supone una información de primer orden sobre el asunto, precisa: «Se asoció a algunos compañeros del P. Rauzan, que recomenzaron su obra en los Cartujos tras el retorno de los Borbones».

Unas notas manuscritas del mismo Padre Ballet, redactadas dos años más tarde y completadas por Monseñor Mioland en marzo de 1859, nos brindan detalles suplementarios. Nos quedaremos con dos extractos significativos relativos a la misión de Saint-Sauveur, la primera que predicán los Padres de la Cruz de Jesús a finales de 1816: «Así es como, gracias al Sr. Coindre, pudimos hacernos una idea del desarrollo de una misión, algo que todos desconocíamos por completo»; y también: «El Sr. Coindre era su verdadero director con su instinto misionero, su talento, su total voluntad y su celo». ¿Cómo explicar esta competencia de Andrés Coindre en el “desarrollo de la misión”? Primero conviene notar que Simon Gagneur, párroco de San Bruno, había formado parte del primer equipo de Rauzan en 1807 y que su influencia sobre su coadjutor fue sin duda determinante. Por otra parte, en su carta ya citada, Jean-Marie Ballet recuerda los inicios de esta carrera: «El Sr. Coindre, que había trabajado en la diócesis de Lyon con los Sres. Montagnier (sic), Fauvette, etc., fue instado vivamente para ir a incrementar con ellos el número de los nuevos misioneros de París; pero prefirió permanecer en los Cartujos, donde jóvenes sacerdotes de la diócesis de Lyon, bajo la dirección de los Sres. Mioland y de la Croix d’Azolette, comenzaron el 5 de agosto de 1816 (fiesta de Santo Domingo) una obra nueva».

La solicitud de Forbin-Janson, de noviembre de 1814, a la que Ballet hace alusión, supone, además de una aptitud reconocida para la predicación, unas predisposiciones para ejercerla en el marco muy concreto de las misiones parroquiales. Queda sin embargo una incógnita, que las investigaciones efectuadas en los archivos de dos congregaciones fundadas por el superior de los Misioneros de Francia no

han permitido precisar: las relaciones entre Andrés Coindre y Jean-Baptiste Rauzan; la solicitud de 1814 supone un conocimiento previo ⁴ que parece difícil relacionar con la estancia de Rauzan en Lyon en los años 1806-1807.

En cualquier modo, esta experiencia reconocida aparece a través de distintos textos autógrafos de Andrés Coindre relativos a las misiones, conservados en los archivos de los Cartujos en Lyon y que encontraremos reproducidos en los anexos:

- un *Reglamento de los misioneros*, que podría haber servido de modelo general, pues se repiten algunos elementos en el documento «Para los Sres. Misioneros de Saint-Sauveur», del 3 de diciembre de 1816 y escrito por otra mano;

- *Informe sobre la misión de Saint-Sauveur*, seguido de *Fallos cometidos durante la misión* ⁵.

Al tratarse de la primera misión animada por los Padres de la Cruz de Jesús, la de Saint-Sauveur goza de una preparación detallada que pone de relieve el papel preponderante de Andrés Coindre. Se inscribe en la gran tradición de los modelos de los siglos precedentes: Vicente de Paúl y Jean-François Régis, que fueron canonizados juntos, Grignon de Montfort, Bridaine... En la región lionesa los “Cartujos” cooperan en la obra de recristianización de los Misioneros de Francia, como después lo harán los Mi-

⁴ La cesión de bienes inmobiliarios de Monistrol a los hermanos Coindre en 1822 no nos dice gran cosa sobre relaciones anteriores con Rauzan: la hizo un procurador, Romain Montagnac, y afectaba a los bienes cedidos antes por el Sr. de La Bruyère, director del colegio.

⁵ También debemos a Andrés Coindre un amplio informe manuscrito de la misión predicada en Saint-Just-en-Chevalet a finales de 1820.

sioneros de Monistrol y los de San Martín en Tours. En su carta pastoral del 20 de septiembre de 1822, Monseñor de Salamon recuerda los frutos que deben esperarse de la misión ⁶: reforma de las costumbres, paz en las familias, reparación de las injusticias, cese de los escándalos, retorno a la fe de una «Hija mayor de la Iglesia», de la que el Papa consideraba su regeneración espiritual aún más urgente que la evangelización de los países lejanos: «Vuestra China es Francia» le había dicho a Forbin-Janson, haciéndose eco del «Vuestro Canadá es el Vivarais» de Jean-Francois Régis. La misión aparece primero como una obra colectiva, coordinada por un prefecto, jefe de la misión al que todos deben obediencia. El P. Coindre desempeñó este papel en cada una de las que participó. Así como los misioneros deben organizarse entre ellos, deben también mantener un encuentro previo con el Sr. párroco; éste dejará su parroquia durante algunas semanas a estos pastores extraordinarios que se hacen cargo de ella por completo.

Pero la misión es esencialmente una obra espiritual; como preparación inmediata, por encima del estudio, se recomienda a los misioneros la práctica de la virtud, del recogimiento, de la ascesis: en una palabra, «practicar las virtudes que tan bien se sabe predicar a los demás», algo que recordará oportunamente Andrés Coindre. Las condiciones de vida común no están exentas de la disciplina del seminario, incluidos los horarios estrictos y las lecturas espirituales en las comidas.

⁶ Esta carta pastoral, reproducida en el tomo 2 de *Escritos y documentos* (p. 141-144), había encontrado ecos en los números 857 y 887 de *l'Ami de la Religion et du Roi* (26 de octubre y 25 de diciembre de 1822).

Sin embargo, la realidad conserva todos sus derechos: si deben encontrarse en la iglesia desde las 6 de la mañana, es para adaptarse al mundo rural, cuya vida se acomoda al ritmo del día y de las estaciones. Conviene respetar las costumbres, pero limitándose a lo que piden la cortesía y las conveniencias, sin más. La misma reserva debe regular las relaciones con las personas: atención a los demás y a sí mismo, pero ni demasiada ni demasiado poca. La moderación y la mesura afectan incluso a la actitud personal; así, se recomienda «guardarse de un ardor imprudente»⁷. Tras la clausura, se hace un balance objetivo; el análisis crítico y la evaluación permiten señalar las insuficiencias y proponer mejoras para el futuro.

El informe que Andrés Coindre dejó de la de Saint-Sauveur, muestra con claridad la estructura general de una misión. Abarca ordinariamente cuatro semanas y sigue una progresión lógica, sin que el plan sea demasiado forzado: así, la fiesta de Navidad durante la tercera semana dará lugar en esta parroquia a un sermón sobre la Encarnación que no figura habitualmente en el programa⁸.

En la primera semana, tras la invitación a la misión, se recuerda las grandes verdades –el fin del hombre, la importancia de la salvación, el pecado y el pequeño número de los elegidos– para preparar el examen de conciencia.

⁷ Sin embargo, en una carta dirigida al Sr. Mioland a principios de 1817, encontramos esta alusión: «El Sr. Coindre le ruega comunicar a su familia que no ha tenido tiempo de escribirles ni para saludarles ni desearles feliz año».

⁸ Tampoco existe ningún texto concerniente a la fiesta de Pascua o de Pentecostés, ya que la misión sólo se celebraba en periodo de temporada baja en las faenas agrícolas. Además, sólo poseemos textos cortos relativos a la Santísima Virgen.

La segunda semana se orienta hacia la confesión: se atrae la atención de los fieles sobre la contrición, la reparación, la calidad de la confesión, incitando a la piedad, poniendo en guardia contra el escándalo, evocando el juicio final, recordando el respeto debido al templo.

Antes de llevar al pecador a la comunión, se sigue evocando ante él, en el transcurso de la tercera semana, el infierno, el purgatorio y los peligros de una comunión indigna; entonces está preparado para experimentar la grandeza y los beneficios de la eucaristía; íntimamente convencido de la verdad de la religión, coronará este recorrido con la renovación solemne de las promesas del bautismo.

Los propósitos a los que debe conducir la cuarta semana son a la vez personales y colectivos; un recuerdo de la necesidad y de las cualidades de la oración aleja de la tibieza e incita a la piedad; además de estas implicaciones personales, la misión debe producir frutos en el conjunto de la parroquia o del cantón, señalando abusos que reformar, recordando la obligación de la misa dominical y los deberes de unos y otros, favoreciendo las reconciliaciones, reafirmando las exigencias de la justicia, hasta tal punto que en Belleville, a finales de 1817, se llega incluso a temer la restitución de los bienes nacionales, con riesgo de comprometer la paz social ⁹.

La "Retractación pública" y la plantación de la Cruz constituyen momentos fuertes en el desarrollo de la misión y concretan el arrepentimiento y el firme propósito; mientras que el ejemplo del hijo pródigo, la llamada a la santi-

⁹ En un informe del 4 de febrero de 1820, un consejero de la Prefectura del Ródano manifiesta igualmente un «gran temor a que el Sr. Coindre predique la restitución de los bienes nacionales» durante la misión de Millery. Archivos nacionales, París, F19 5555, dossier Lyon.

ficación del domingo, el sermón sobre el Sagrado Corazón o la descripción de la felicidad del cielo comprometen a la perseverancia y conducen hacia la clausura ¹⁰.

En su carta del 2 de febrero de 1856, Jean-Marie Ballet refiere que Andrés Coindre predicó «también varios retiros en nuestros seminarios menores, que causaron una viva impresión en el espíritu y en el corazón de los alumnos. Varios sacerdotes en activo me hablan todavía de sus sermones sobre la *muerte*, el *pecado*, el *juicio*, la *impureza*, etc.».

El informe de la misión de Saint-Sauveur confirma esta opinión, ya que puede verse que él se encarga de lo relacionado con las postrimerías: destino del hombre, pequeño número de los elegidos, muerte, infierno; como prefecto, le corresponden “la invitación a la misión” y el sermón sobre la Encarnación, ya que la fiesta de Navidad se encuentra incluida en el calendario; el Padre Coindre recuerda igualmente algunas nociones fundamentales: verdad de la religión, peligros del escándalo, santificación del domingo, dignidad del cristiano y renovación de las promesas del bautismo; el emocionante cuadro que pinta del cielo, prolonga sus exhortaciones a la piedad y a la asistencia regular a la misa. Mientras deja en esta ocasión a Barricand el espinoso tema de la restitución de los bienes nacionales y a Furnion el encargo de evocar al Sagrado Corazón, él dirige, como hace habitualmente, la plantación de la Cruz que perpetuará el recuerdo de la misión.

¹⁰ La marcha de los misioneros lleva consigo a menudo manifestaciones de entusiasmo y agradecimiento; en Saint-Etienne, en mayo de 1821, 3.000 personas asisten a la salida de su diligencia mientras 600 jóvenes a caballo los escoltan hasta la Cruz de misión de Saint-Chamond.

El cuadro que adorna la tapa del libro *Cronología*, del H. Jean Roure, evoca la de La Guillotière en 1818. Esta representación, quizás dibujada por Sor San Andrés, se conserva en el museo de Fourvière. El predicador presenta los rasgos del Padre Coindre; la cruz es conforme a las erigidas por los misioneros de la Cruz de Jesús. Más allá del artificio de composición deseado por la pintora, esta obra refleja el aspecto visual, la voluntad de puesta en escena y el intento de dramatización inherentes a la concepción que se tenía de la misión parroquial en tiempos de la Restauración.

La escena insólita de la retractación pública durante el retiro dado en la prisión de San José de Lyon, da lugar a un informe de policía del 26 de mayo de 1819 ¹¹. El gesto teatral del Padre Coindre, quitándose la sobrepelliz y poniéndose una cuerda en el cuello, si bien produce un efecto aún más sobrecogedor en el ambiente carcelario, no es un acto aislado: forma parte de los artificios ordinarios de la misión. Algunos meses antes, durante la misión de la Guillotière en Lyon, se describe una actitud similar ¹²; en el informe autógrafo de la misión de Saint-Just-en-Chevalet en otoño de 1820, Andrés Coindre señala respecto a la misma ceremonia de retractación pública:

¹¹ Cf. «André Coindre au service des prisonniers», *Annuaire n° 96*, Roma, 2002, p. 9-10.

¹² Cf. *Mission de la paroisse de la Guillotière, l'un des faubourgs de Lyon, 1818*, Lyon, 1818, p. 8. Biblioteca nacional de Francia, París, Ld4 4355; copia en los Archivos de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, A01.067.

«Lanzan alaridos, se despojan de la sobrepelliz y piden perdón con una antorcha en la mano»¹³.

Desprenderse ostensiblemente de la sobrepelliz declarándose indigno de llevarla, colocarse una cuerda al cuello, coger una antorcha en la mano, llevar una cruz de misión en el pecho, tocar a muerto, organizar una ceremonia expiatoria en la iglesia del castillo y un discurso en el cementerio, como en Saint-Just-en-Chevalet o en Le Puy, todo eso responde a un deseo de dramatización y a la necesidad de aparato externo: «Gusta el ruido en las misiones» constata el Padre Coindre; también cuenta con el aspecto visual, el ceremonial, el gusto por lo extraordinario. Todos los sentidos se ven implicados; la importancia concedida a los cánticos en la tradición de Grignon de Montfort, el carácter teatral de las charlas contradictorias y, por encima de todo, el lugar acordado al factor afectivo, dan abundante testimonio de ello.

La plantación de la Cruz, apogeo de esta puesta en escena, reúne a un número impresionante de personas: se cuentan 12.000 en Monistrol y hasta 20.000 en Saint-Etienne; Anse reúne una afluencia tal que Andrés Coindre debe predicar desde la ventana del castillo del siglo XII, a unos cien metros de la iglesia, y su potente voz le permite ser escuchado al aire libre por un inmenso auditorio.

* * *

En el relato que dirige el 30 de mayo de 1826 al vicario general Cholleton para informarle del fallecimiento de Andrés Coindre, el P. Lyonnet alude a una cantidad considerable de papeles escritos de prisa y corriendo por el difunto

¹³ Archivos de los Sacerdotes de San Ireneo, Lyon; fotocopia en los Archivos de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, A01.067.

en los últimos meses de su existencia: «doce manos de papel [¡300 folios!] que había redactado en los tres últimos meses como mucho»; esta partida no se encuentra en los manuscritos de sermones que han llegado hasta nosotros, sólo algunos apuntes de lectura de la *Enciclopedia* podrían provenir de ahí. Parece que la mayor parte de los escritos de Andrés Coindre que poseemos, fueron reagrupados a inicios de 1843, cuando el Hermano Policarpo acometía la redacción de las Reglas: las notas de lectura de 1826, aunque hubieran sido traídas de Blois, no se han conservado.

La obra oratoria, que cubre el periodo 1813-1826, se presenta bajo formas variadas: encontramos cuadernos, a menudo titulados “conferencias”, trabajos coherentes frecuentemente incompletos, hojas sueltas, apuntes; las diferencias de formato, de color y de tipo de papel reflejan el desarrollo cronológico de esta producción, tangible a través del estado de conservación de los documentos, yendo desde el nuevo hasta la copia rota, sucia o desgastada, pasando por hojas de borrador que nos proporcionan a veces preciosas informaciones. Antiguas notas a lápiz, otras mucho más recientes a pluma, amenizadas con rasgos de humor, conservan la huella de tentativas de clasificación y de reclasificación.

Los sermones autógrafos conservados en los archivos de los Hermanos del Sagrado Corazón, en Roma, con los registros A01.203 a A01.386 comprenden unos 200 documentos, contando ciertos artículos con varios elementos; 87 sermones, panegíricos o extractos fueron publicados en las *Notes de Prédication*, o sea el 40% más o menos del total. Tanto para permanecer en el marco de la presente colección de los *Escritos y documentos* como para preservar la eventualidad de una edición crítica de la obra oratoria completa, que pondría de manifiesto el aporte per-

sonal de Andrés Coindre en esta abundante producción, se imponía una elección. El carácter singular del volumen, centrado sobre el orador, ha guiado la composición del corpus, evitando repetir inútilmente las *Notes de Prédication*. Parece ante todo evidente que el misionero no compuso personalmente el texto de todas sus intervenciones. Si bien poseemos manuscritos suficientemente tachados como para testimoniar el trabajo de redacción, hay copias, incluso cuadernos enteros caligráficos sin tachaduras, que dan fe de una redacción anterior. Durante la misión, era corriente prestarse textos que uno no iba a usar de inmediato, lo que justifica por otra parte la presencia entre los papeles del Padre Coindre de un gran número de sermones que no son de su puño y letra, algunos de los cuales se remontan a los primeros años del siglo XIX; por comodidad, los calificaremos como apócrifos¹⁴. Aunque la diferencia de escritura permite separar estos documentos, ella no garantiza que todos los textos autógrafos hayan sido realmente redactados por el P. Coindre. En particular, los cuadernos que llevan como subtítulo la mención de “conferencia” parecen bien inspirados –si no recopiados– en los célebres discursos pronunciados por Frayssinous, futuro obispo y Jefe nacional de Educación, en las iglesias del Carmen y de San Sulpicio durante los primeros años del Imperio; una nueva serie, de 1814 a 1822, había renovado su interés y ampliado su audiencia. Al tomarse el trabajo de retranscribirlos, Andrés Coindre se los apropiaba adaptándolos a su auditorio, de modo que bien podemos atri-

¹⁴ Conservados en siete sobres, con los registros A01.411a a A01.411h, estos documentos no aportan elementos pertinentes para el presente estudio. El inventario somero realizado pone en evidencia su carácter inconexo.

buirle su contenido. En el corpus seleccionado, hemos reagrupado en las dos primeras secciones lo que se refiere más directamente a la actividad misionera de Andrés Coindre: los fundamentos de la fe y los temas específicos de esta pastoral, fundamentalmente la salvación y las postimerías. Una tercera sección reúne todos los textos que conciernen a la educación de los hijos, excepto uno sólo («Autoridad despótica», manuscrito A01.258e), que se limita a simples notas. La última sección está constituida por obras de circunstancias, de estilo más elaborado, que ilustran la faceta más luminosa de su arte oratoria: sermón para el aniversario de la coronación del Emperador, panegírico de San Vicente de Paúl y discurso sobre el Jubileo de 1825. Dadas en el marco restringido de la misión parroquial, las instrucciones no son características de una teología particular o portadoras de una “doctrina espiritual” específica: la que subyace en toda esta obra oratoria es la de la salvación. Andrés Coindre se hizo sacerdote para salvar a las almas y la misión le propociona un marco apropiado para trabajar en ello. El recuerdo de las verdades fundamentales constituye, sin embargo, la base espiritual y doctrinal sobre la que se apoyan su carisma y sus intuiciones apostólicas; sus distintas obras –Pía Unión, Pío Socorro, congregaciones religiosas, centros de enseñanza o taller de aprendizaje– encuentran ahí su fuente de inspiración. Hay que buscar en sus cartas los elementos originales y personales de su pensamiento, sobre todo por lo que respecta a la vida religiosa.

Sin sacar de ello una conclusión determinante, destaquemos en esta producción la presencia de temas recurrentes, tributarios tanto del contexto como de la especialización del orador: quince escritos tratan del infierno,

quince de la muerte, por uno solo de la esperanza; nueve evocan el juicio, sólo dos la misericordia de Dios; siete se refieren directamente a la salvación, el mismo número a la Santísima Virgen –ya se ha precisado que se trata de fragmentos–; seis fustigan el pecado; cinco ponen en guardia contra las pasiones; otros cinco evocan los milagros. No se ha conservado un sermón sobre el Sagrado Corazón, dado durante un retiro en Saint-Julien-en-Jarez (Loire) en noviembre de 1818; podemos encontrar su inspiración general y su tonalidad en los textos relativos al amor de Dios. Su compañero Mercier, el último de los misioneros de Monistrol, consideraba su evocación de la gloria y de la dicha del cielo como una de sus más bellas obras. La sección consagrada a la educación reúne dieciocho textos relativamente cortos que completan los consejos pedagógicos vertidos en su correspondencia; pero se dirigen aquí más directamente a los padres y se sitúan en la perspectiva de la salvación.

Las obras de circunstancias constituyen un conjunto específico que encuentra su unidad en el carácter más estrictamente oratorio. Compuestas por encargo para ceremonias bien definidas, colocan a Andrés Coindre en la tradición de los oradores sagrados de la Escuela francesa: Bossuet, Bourdaloue, Bridaine o Frayssinous. Recordemos que, debido a sus cualidades excepcionales y precoces, Andrés Coindre es el designado para pronunciar, ya el 5 de diciembre de 1813, el discurso oficial para celebrar el aniversario de la coronación del Emperador. Más allá del mensaje espiritual que transmiten, estas obras dan hermosos ejemplos del arte del Padre Coindre. Encontramos en ellas muchas características estilísticas ya señaladas en los tomos anteriores de los *Escritos y documentos*:

altura de ideas y facilidad de expresión, amplitud y a veces complejidad de las construcciones, utilización juiciosa de las comparaciones e imágenes destinadas a despertar la imaginación, gusto por la composición paralela o tripartita, empleo tanto más frecuente de la puntuación fuerte (exclamaciones, interrogaciones) cuanto que estos discursos son pronunciados con vehemencia desde lo alto del púlpito para un auditorio numeroso y selecto... Además, cabe señalar que la sola lectura del conjunto de la obra oratoria amputa enormemente un mensaje destinado a ser oído, incluso a veces lo mata; difícilmente puede resaltar procedimientos típicamente orales del misionero: énfasis, acentuaciones, enunciaciones iterativas, rupturas de construcción ligadas al estilo homilético, entonación particular para los incisos, diversos efectos de los que sólo encontramos una mención en los manuscritos: junto a la afirmación solemne *Ego sum Dominus Deus tuus...* (Ex 20, 5) del texto «La indocilidad de los hijos, castigo de los padres», Andrés Coindre señaló: «pronunciar grave y lentamente».

El testimonio de los contemporáneos no nos aporta apenas nada. Cincuenta años después, el cardenal Donnet recordaba simplemente «la voz atronadora del Sr. Coindre»; por su parte, Jean-Marie Ballet evocaba con emoción en 1856 el panegírico de San Buenaventura y tenía muy presente en la memoria el comentario del *Cecidit columna christianitatis* del Concilio de Lyon.

«Su arte, escribe el Hermano Eugène -que lo había escuchado a los últimos oyentes de las misiones predicadas por Andrés Coindre-, residía en la variedad y el encadenamiento de sus instrucciones. Dotado de una rica imaginación, inagotable en ideas nobles y grandes -sacadas con frecuencia de la Sagrada Escritura, de la

que hacía desde su juventud su estudio más constante y querido-, encantaba y arrastraba con la autoridad de un apóstol»¹⁵.

* * *

Con la predicación y en un contexto muy particular, Andrés Coindre se erigió en uno de los artífices de la recristianización de una Francia desmantelada por la Revolución. A doscientos años de distancia, la mezcla de lo político y de lo religioso, frecuente bajo la Restauración, puede causarnos sorpresa: así, en la plantación de la Cruz en Monistrol, en marzo de 1824, están presentes las autoridades, mientras la población, abjurando de sus errores, promete permanecer siempre fiel «a su Dios, a su rey y a la dinastía de los Borbones».

Durante la mayor parte de su ministerio, Andrés Coindre hace del púlpito el lugar de su apostolado. «Una misión vale diez años de ministerio», proclamaba muy ufano Monseñor Mioland. Si medimos con el mismo rasero su compromiso, vemos que, a pesar de su breve existencia y del volumen restringido de su obra escrita, los textos que conservan la huella de su acción pastoral merecen ser para sus hijas e hijos espirituales una fuente privilegiada de inspiración y de meditación.

Hno. Jean-Pierre Ribaut

La presente edición se ha elaborado a partir de los manuscritos conservados en los Archivos generales en Roma,

¹⁵ *Vie du Père André Coindre*, Lyon-Le Puy, 1888, p. 54.

de las transcripciones mecanografiadas del Hermano Stanislas y de las *Notes de Prédication* editadas en 1963.

Todo añadido de los editores va colocado entre [], dado que los () –según regla común– quedan reservados a una precisión del autor. Se han corregido en la versión francesa las faltas producidas por descuido o las de ortografía; cuando el contexto lo ha permitido, se han añadido las palabras que faltaban; con el mismo objetivo de facilitar la lectura, se ha uniformado el empleo de las mayúsculas, se han adoptado las normas actuales para la ortografía y la puntuación y se han dividido en párrafos algunos textos demasiado amplios.

Lámina:

Mapa de las misiones y recorridos apostólicos del Padre Andrés Coindre (Hno. Adrien Dion, 2004, a partir de un original del Hno. Jean Roure).

I.- FUNDAMENTOS DE LA FE

Actualidad de la religión ¹⁶

Sí, la religión ha prestado servicios; pero su reinado se ha terminado y ya no tiene la misma influencia.

Pero, ¿de quién es la culpa? ¿Acaso la religión ha cambiado su dogma? ¿Su moral no sigue siendo la misma? Por eso, ¿de quién sino de vosotros, filósofos, que os habéis apartado de ella desde hace un siglo! ¡Y aún os atrevéis a hablar! Aunque eso fuese verdad, sería obra vuestra.

La religión ya no tiene el mismo dominio, su reinado se ha acabado. Si ya no existiese la religión, si no reinase más en los corazones, ¿dónde estaríamos? Vosotros habéis oscurecido esa antorcha en los corazones, pero no la habéis apagado del todo; y eso es tan cierto cuanto que, cuando en grandes circunstancias puede reaparecer, proyecta enseguida un nuevo resplandor. Prueba de ello son todas las misiones. Aun cuando no todos los cristianos siguen todas las luces que ella distribuye, siempre hay algunos que las retienen; los principios de rectitud, de equidad, de lealtad, que están basados en la religión, son virtudes que se practican sobre su fundamento. Animados por los ejemplos de ciertos hombres piadosos, se propagan los buenos principios. Porque aún se ven en las familias esposas piadosas e hijos cristianos, el impío no se atreve a entregarse a todos sus desórdenes; porque en todas las

¹⁶ La primera parte del manuscrito de esta «refutación de las objeciones contra la religión», que debía presentarse bajo la forma de conferencia contradictoria, está constituida por breves notas.

asambleas continúa habiendo algún hombre cristiano, aún sigue habiendo respeto. Y si no existiese más que vuestra filosofía, que confunde el vicio con la virtud, ¿dónde estaríamos? ¡Ah, pronto veríamos lo que se ha visto!

La religión ya no hace el mismo bien. Pero, ¿es acaso la filosofía la que ha levantado esos centros, esas sociedades, esas casas de refugio? Lo que ha hecho es formar en las tinieblas esas sociedades secretas donde, con la escuadra y el compás y otros muchos signos, etc., se conspiran las revoluciones y se coloca por delante a todo un pueblo. Veo en las grandes ciudades del reino a jóvenes sencillos que dirigen sus pasos hacia una prisión. Los reconozco con ese aire serio, ese porte sosegado, ese rostro alegre y esa frente serena que les distinguen y que constituyen un contraste tan chocante con la cara horrible de nuestros jóvenes incrédulos... Se acercan. Los cerrojos se abren con un gran ruido; se abre un calabozo oscuro. Oigo los ruidos de las cadenas que se remueven y veo a un infortunado tendido en la paja, levantando sus grilletes; y creía quizás que era la visita del severo guardián que está obligado a mantenerle en el tormento. Aborrecía su presencia. Pero se percata de que son los ángeles de paz quienes lo visitan. Entonces la alegría renace en su rostro. La vida fluye por sus venas, sonríe, espera, tiene un momento de dicha. Besa la mano de sus bienhechores y siente pena cuando los ve marcharse. ¡Pues bien!, ¿quién los ha formado? ¿Acaso vosotros, los filósofos? ¿O tal vez vosotros, los incrédulos? ¡Desde luego que no! La incredulidad puede perfectamente abrir los calabozos a sus discípulos y precipitarlos en su interior, pero desde luego no es la que va allí a consolarlos. Ella no oye a la religión, que os dice mostrándoos a estos nuevos emisarios del consuelo que ella misma ha formado:

«No os atribuyáis mi obra, éstos son míos». Veo pasar a estos hombres que salen de una misma casa, a una misma hora, y que regre-san de la misma forma; los reconozco por el abrigo que los cubre y los veo con el rostro sencillo, la mirada baja, adentrarse en medio de una muchedumbre de niños que los respetan. Los sigo, los veo aplicarse, con todos los cuidados y la ternura de una madre, a la misma y pesada función. Enseñan siempre a los más toscos e ignorantes. Siempre a la edad más tierna, siempre las mismas lecciones. ¡Qué paciencia, qué caridad, qué celo por instruir a sus alumnos! Se les reconoce en todas partes: en la iglesia se les ve recogidos, en sus familias son amables y obedientes. ¿Y quiénes son estos hombres? ¿Quién los ha formado? ¡Oh, incrédulos!, su nombre lo dice por sí solo: son los Hermanos de la Doctrina Cristiana. *La religión ya no ejerce el mismo dominio.* ¿Y quién ha formado a esas piadosas vírgenes que se consagran, durante los más hermosos años de su juventud, a respirar un aire infecto y contagioso, a dispensar a los enfermos los servicios más repugnantes, a vivir donde reina la muerte? Bravos guerreros, de regreso del campo del honor con heridas gloriosas, ¿cuáles son las manos caritativas que os han vendado? ¿Eran las de los incrédulos? No. La religión os dice: «Ellas son mías. Son mis hijas». ¿Quiénes son esas otras vírgenes: unas encerradas en un claustro ocupadas en formar en la virtud a las jóvenes más brillantes, éstas colocadas a la cabeza de establecimientos en favor de los huérfanos y niños pobres de quienes acaban siendo como unas madres, ésas otras que recogen a las víctimas del libertinaje para devolverles la virtud, ésas otras que recogen a los niños abandonados prodigándoles todos los auxilios? Filosofía, ¿quién ha formado a estas vírgenes venerables?

¡Ah!, si están ahí para curar las llagas que tú has provocado, para recoger a las víctimas de tus excesos, la religión te dice: «Estas almas heroicas son mías». El cielo lo prueba suficientemente: son religiosas.

¿Dónde están los tuyos? ¡Ah!, ya lo sé, tú has creado ciertas asociaciones, conocidas como asociaciones de beneficencia; pero en su origen era para que la religión y los sacerdotes apareciesen como extraños a las buenas obras. Pero si la religión no hubiese formado a los hombres religiosos y ejemplares que las administran, si no hubiese llamado para cooperar en ellas a esas damas piadosas que recogen con tanto celo las limosnas, pronto esa beneficencia se hubiese quedado en pura esterilidad.

¿Que la religión ya no opera los mismos favores? ¿No es acaso ella la que, por mano de nuestros príncipes, hace circular tantas limosnas?

La religión no reina ya. ¡Oh, religión, hija del cielo, cómo se te ultraja! ¡Pues bien!, aléjate de los mortales como se merecen. Retírate a los cielos, ya que la tierra no te conoce. Llévate contigo tus favores. Retíranos tus leyes, tu Evangelio, retíranos los sacramentos, tus pomposas ceremonias, la majestad de tu culto. Cierra esos templos y que los demuelan. Retíranos tus sacerdotes, todos los hijos. Retíranos todas las congregaciones, que todos los establecimientos sean arrasados. No dejes sobre la faz de la tierra más que incrédulos y filósofos.

Mas, ¡qué silencio!, ¡qué estupor! Veo las prisiones: ya no hay nadie para visitarlas. Veo los hospitales: ya no hay vírgenes cristianas para servirlos. Veo a los pobres: ya no hay cristianos para socorrerlos. Veo a una juventud ignorante: ya no hay sacerdotes para instruirla, ya no hay

almas fervorosas para dirigirla. Veo a la gente sencilla de los pueblos: ya no hay pastores para instruirla. Veo a los ricos de las ciudades: ya no hay religión para contenerles. Veo a los príncipes de la tierra: ya no hay Dios para detenerlos. ¡Ah!, ¿qué va a ser de este mundo?

¡Esperad! La filosofía es quien lo va a gobernar. Se presenta con su doctrina nihilista, su sistema materialista y todas las brillantes nociones de perfectibilidad. Pero el pobre sufre, los prisioneros gritan. Los enfermos lloran y se desesperan, blasfeman contra las almas religiosas que les han abandonado. Calmad vuestras quejas y vuestros gritos, viene a decirles un discípulo filósofo. La religión ya no es de este mundo. La filosofía, las ideas generosas son quienes la han reemplazado. ¡Dios nos libre! Esperad. Los filósofos siguen aún con sus teorías; quizás pronto pasen a la práctica. Todos los filántropos están reunidos; deliberan. Escriben hermosas páginas en las publicaciones. Cuando se pongan de acuerdo, vendrán a socorreros. ¡Pero nuestras necesidades son urgentes! No son teorías ni discursos lo que necesitamos, sino dinero y pan; y si se nos quiere consolar únicamente con palabras, por pomposas que éstas sean, maldecimos la filantropía y a todos los filántropos.

La filosofía se presenta. Va a instruir a la juventud; va a hacerla caminar a la altura de las lumbreras, acorde con las circunstancias. Le dirá: «Antiguamente estaba bien eso de mostrar a los maestros una profunda sumisión y creer en las lecciones de su experiencia. Jóvenes, creed sólo lo que entendáis y tildad de prejuicio todo lo que no hayáis experimentado por vosotros mismos. Tutead a vuestros padres, son iguales a vosotros. No les debéis nada, no sois sino el fruto de un brutal instinto. Despreciadles, si os parecen despreciables».

Hay que avanzar a la altura del siglo. El siglo es corrupto y libertino. Hay que llegar a serlo. Hay que estar al nivel de las circunstancias. Las circunstancias son tales que los súbditos hacen la ley a los reyes. Hay que deponerlos y sublevarse contra ellos. Hay que derribar los tronos si vuestro interés, que vosotros llamáis interés nacional, lo exige.

Sin embargo, caminad siempre bajo la bandera del honor. El honor consiste en obrar como los demás. Aunque hiciera falta traicionar vuestros juramentos, si los demás lo hacen, vuestro honor no se verá en absoluto mancillado. Aunque debierais enriqueceros a expensas de los demás, con tal de que la opinión pública no os lo repuebe, seguiréis siendo honorables. Entonces, imbuido de estas ideas, cada uno desea ser su propio maestro, libre. La autoridad paterna ya no es más que un despotismo, el dominio de los reyes una tiranía, la grandeza de los nobles una explotación. Hay que igualar todo y abatir todo. Entonces los hijos se alzan contra sus padres, los súbditos contra los reyes. Su cetro se rompe, la corona cae, ríos de sangre fluyen y todo acaba desquiciado. Ésta es la incredulidad, la filosofía, triunfante, en la cima de la gloria. Está asentada sobre ruinas y reina sobre cadáveres, sobre ríos de lágrimas y de sangre. ¡Ah!, si quedasen aún algunos mortales sobre la tierra, qué no harían entonces, sino elevar las manos hacia el cielo y llamar a la religión con toda su alma y decirle: «Vuelve, desciende, religión santa que nosotros hemos desconocido, vuelve precedida del cortejo de todas las verdades y virtudes y acompañada por todos tus discípulos. Habla y escucharemos tu voz. Malditas sean la filosofía y la incredulidad, que nos han engañado. Renunciamos a ellas para siempre».

«¡Bendita la que nos viene en nombre de Dios! ¡Gloria a la hija del cielo, que nos es devuelta! ¡Gloria en lo más alto de los cielos por todos los bienes que nos trae! ¡Gloria a su caridad, a sus limosnas, a sus dogmas! ¡Gloria a los hijos que educa, a los pueblos que dirige, a los reyes que forma, a los pontífices que nos da! ¡Paz en la tierra si ella aparece de nuevo! Es la madre de los hombres y los ama como a sus hijos. Queremos caminar a su altura y al resplandor de su luz. No queremos los pálidos fulgores de un siglo que con sus luces no ilumina más que ruinas, o si los queremos es para considerar las profundidades del precipicio que él ha cavado bajo nuestros pasos y no olvidarlo jamás. Si queremos caminar a la altura del siglo, debemos despojarnos de nuestros antiguos prejuicios y juzgar de forma sana a la que trae la dicha a los hombres. Si queremos estar al nivel de las circunstancias, es únicamente para desplegar tanta energía por la virtud como hayamos desplegado por el vicio». «No queremos saber nada del honor de los filósofos, del honor que se alía con el perjurio, sino del honor basado en la fidelidad a Dios y al rey. No queremos saber nada del honor basado en la opinión que varía, sino en la verdad, en la religión y en la moral, que son eternas. Queremos, religión santa, todo lo que tú eres, todos tus sacramentos, todos tus dogmas, todas tus prácticas, porque todo eso contribuye poderosamente a nuestra felicidad en este mundo y en el otro». Éste es el propósito que debéis formular. Así os lo deseo.

[Manuscrito 9 X]

Amor de Dios

¡Qué crimen no amar a Dios! ¡Qué dicha amarlo!

Pero, ¿pensáis que amar a Dios consiste en tener el corazón apegado a la criatura como a su fin último, tener únicamente deseos terrenales y carnales, miras siempre bajas y nunca celestes? No, cristianos. El que encierra todos sus pensamientos en sus cofres, que sólo sueña con los bienes de este mundo, que tiene mil apegos por los que su corazón está preso, viola este precepto: *Non habebis deos alienos in conspectu meo* (Dt 5, 7). Pues, qué más da, para ser idólatra, prosternarse ante un ídolo de oro o de plata que adorar el oro o la plata acuñados. Qué más da, para ser idólatra, ofrecer carnes a estatuas mudas que ofrecerlas a su propio vientre del que uno ha hecho su dios. *Quorum deus venter est* (Flp 3, 19). Sí, tanto los avaros como los impúdicos son unos idólatras, pues los unos y los otros sólo se diferencian en que los primeros ponen su culto en el homenaje de su corazón a un metal insensible y los segundos en la impureza de la carne y de la sangre. *Idolorum servitus* (Ga 5, 20). *Mecum sunt divitiæ et gloria et opes superbæ* (Pr 8, 18).

¡Oh, vosotros, los verdaderos amigos de Dios, cuán felices sois! La dicha habita vuestra alma en esta vida y tras vosotros dejaréis unos hijos bendecidos por Dios. *Ego sum Deus et faciens misericordiam in milia his, qui diligunt me et custodiunt præcepta mea* (Ex 20, 6). Pues Dios, además de anunciar en otro tiempo en el monte Sinaí, entre rayos y relámpagos, que vengaría la iniquidad de los padres que lo odian en su posteridad hasta la tercera y cuarta generación, añadió también que concedería su misericordia por mil generaciones a aquéllos que lo aman y guardan sus preceptos. *Et faciens misericordiam in milia...* Vosotros legaréis vuestros bienes, vuestro botín, a hijos dignos, si la

piedad y la virtud os acompañan. Lejos de ver reprobada vuestra raza, veréis por el contrario cómo esa larga cadena de vuestros sobrinos nietos acompaña vuestro triunfo: *Et faciens...* Que el tronco de los malvados se seque y desaparezca pronto de este mundo; el vuestro perdurará seguramente durante varios siglos: *Et faciens... Vix enim pro justo quis moritur... Commendat autem caritatem suam Deus in nobis, quoniam, cum adhuc peccatores essemus, secundum tempus Christus pro nobis mortuus est* (Rm 5, 7-8).

Pero, si Dios ama tanto a los hombres, ¿por qué los amenaza con un infierno? El gran Crisóstomo es quien va a responderos: «Os amenaza porque os ama». Desea tanto vuestra dicha, vuestra felicidad, que prodiga los beneficios y las promesas; y, cuando unos y otras no bastan para haceros fácil, agradable y deliciosa la vía de su amor, os muestra muy de cerca los precipicios a cuyos bordes os hace subir y en los que caeréis infaliblemente si no sois todo fuego, todo amor, para el que es principio y fuente del amor. Escuchad ahora al rey profeta: *Quoniam ira in indignatione ejus, et vita in voluntate ejus* (Sal 30, 6). Su cólera está provocada únicamente por lo odioso del pecado, de modo que sus ojos no pueden observar sin indignación; pero lo que Él desea sinceramente de nosotros, es nuestra vida y nuestra salvación.

El que está inflamado de amor, dice el gran Crisóstomo, no encuentra nada penoso: ni los ardores del fuego, ni el filo de la espada, ni las desgracias de la pobreza, ni las angustias de la muerte. Bien al contrario, su alma se pasea por los cielos, ajena a cualquier suceso de la tierra, del mar o del aire; más bien, recogida en Dios, sólo tiene ojos para contemplar la belleza de la gloria divina y para fijar y clavar en ella sus afectos y su corazón. El amor la

libra de las desdichas de la vida, de los tormentos del infierno y le abre los cielos.

Que los mundanos, por sus locos amores, se consuman en alabanza de las personas; que amen; que su corazón no respire más que amor, sus palabras sólo amor, sus cartas únicamente el amor; que graben el objeto de su amor hasta en la corteza de los árboles; por mi parte, ¡oh, Dios mío!, único objeto de mi amor, yo te amo, te amaré, tu amor estará siempre en mis labios. Yo no quiero pensar más que para él, respirar sólo por él, vivir y morir por él, y ojalá me fuera posible grabarlo en todos los corazones.

¡Os jactáis de amar a Dios y abandonáis su ley cuando entra en competencia con vuestros intereses percederos! ¿Acaso ignoráis que es connatural al amor el verse afectado menos por sus propios intereses que por los del objeto amado? Que todo un Dios haya amado a los hombres hasta sacrificarles la gloria, el honor y la libertad de su Hijo, es decir, que haya entregado lo que tenía de más querido, de máspreciado, de más grande por el amor de una criatura tan limitada, de algo tan insignificante como el hombre, es un prodigio que asombra a los mismísimos ángeles. Pero más asombroso todavía es que nosotros mostremos tan poca estima por este inmenso beneficio que, cuando su posesión entra en competencia con algunas monedas del más vil metal, con algunas palabras de censura o con una vil criatura, abandonamos a este gran Dios y preferimos nuestro oro, nuestros amigos, un poco de humo, un poco de nada antes que la amistad eterna de aquél que sólo nos ama para hacernos felices.

¡Oh, qué feliz es el que mucho ama!: muchos pecados le son perdonados. Dios los borra no solamente del libro de sus venganzas eternas, sino incluso del libro donde es-

tán escritos los castigos temporales reservados a los pecadores tras haberse arrepentido. En efecto, la justicia divina jamás pierde sus derechos. La misericordia se contenta con un arrepentimiento momentáneo para arrancar de las penas eternas a un pecador; la justicia, que nunca permite que el crimen se envalentone, le reserva penas que acabarán, pero de las que el pecador sólo se librará mediante un amor perfecto. Si su corazón es lánguido y flojo para con Dios, no morirá sin que las enfermedades, las desgracias y los males hayan consumido este óxido y dejado el oro perfecto; o, si este pecador muere sin haber pasado por el crisol de las tribulaciones, Dios lo espera entre los cielos y el infierno: hundirá su cabeza en tormentos que igualarían a los del infierno si fuesen eternos. Ésta es la doctrina de la Iglesia y hay anatema para cualquiera que osare dudar de ello. Ahora bien, ¡cuán preciosos no son esos fuegos de una caridad totalmente celestial, esas hogueras del amor divino que consumen con las más suaves delicias esas deudas fatales del pecado que deberíamos expiar entre tormentos! ¡Qué atracción no deberemos sentir por el amor, ya que sus ventajas son tan dulces y abundantes!

¡Oh, cuán vivamente lo sintió la Magdalena cuando, a los pies de su divino Maestro, con un corazón totalmente abrasado, ardiendo de amor, lanzó unas palabras tan penetrantes sobre el corazón de Jesús que su boca se abrió entonces para decirle: «Magdalena, porque mucho has amado, muchos pecados te son perdonados»! *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum* (Lc 7, 47). Es decir, te perdono la pena temporal y la pena eterna. Pues añade: «Si a alguien perdono menos que a ti, es porque me han amado menos, es porque el amor que les ha justificado sólo tenía suficientes llamas para librarles del infierno». *Cui autem minus dimittitur, minus diligit* (Lc 7, 47).

Si queréis ser felices, no os diré sino una palabra, el consejo más fácil para vuestro corazón: amad a Dios y amadle mucho. Vuestro corazón ha salido de las manos de Dios; si no late por Él, ellas lo marchitarán, lo desolarán; sus llamas han salido del seno de Dios y allí deben volver. Es el cauce de un río, cuyas aguas deben regresar a su fuente si no quiere quedarse seco y árido. Es un hogar, cuyas llamas deben subir a lo alto si no quiere verse sofocado. Por más que, cuando os plazca, busquéis la felicidad en la agitación de los placeres, en el fasto de las grandezas, en la vanidad de la gloria, siempre se os escapará. En vuestro corazón es donde reside toda la felicidad de este mundo y el amor divino es el que constituye todas sus castas delicias. *Beatus populus cuius Dominus Deus ejus* (Sal 144, 15).

¡Qué dicha amar a Dios! *Qui non diligit manet in morte* (1 Jn 3, 14). Esos hombres con todas sus virtudes morales, con su educación, su moralidad, están muertos a la gracia. Semejantes a esos grandes árboles, tienen hojas y flores, pero nunca producen frutos. Están adornados con los floreatos de la educación y de la cortesía, pero sus obras son estériles para la salvación. No llevan jamás ninguno de esos frutos de vida eterna. Su alma está muerta, es repelente y se parece a los cadáveres, presa de la podredumbre y de los gusanos. *Manet in morte*.

Con el amor de Dios se poseen todas las virtudes: la fe, la esperanza... Se mira al prójimo como imagen de Dios, miembro de Jesucristo y toda la ley queda cumplida. Se tienen todas las fuerzas para vencer las tentaciones. *Modus diligendi Deum est amare sine modo*. Amor sincero, amor eficaz...

¡Oh, hermosos años de mi vida que he pasado sin amar a mi Dios, ya no os veré más! Mi corazón ha permanecido tanto tiempo estéril y jamás podrá recobrar el tiempo perdido. ¡Ah, pues se acabó!: ya que el final de mi carrera está cada día más cercano, quiero amarte sin demora y sin medida. Quiero amarte por el pasado, quiero amarte por lo que me resta de vida, quiero amarte en el tiempo y en la eternidad. Amén. [Manuscrito 4 X]

El Corazón de Jesús ¹⁷

La razón nos lo demuestra, la revelación lo confirma. Durante más de cuatro mil años, Dios no había cesado de crear y conservar a los hombres para ser amado por ellos; durante más de cuatro mil años, la tierra y los cielos no habían cesado de contar su gloria; y sin embargo la historia de esos cuatro mil años es la historia del olvido, de la indiferencia de los hombres para con su Creador. Hacía falta, pues, un medio más poderoso capaz de sacudir a todas las almas y dar energía a todos los corazones; y la revelación nos enseña que ese medio ha sido la encarnación del Verbo, que el amor de Dios hacia los hombres ha ido hasta el exceso de darles a su Hijo único. *Sic enim Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret* (Jn 3, 16).

¿Qué os diría yo de este amor de un Dios encarnado, para daros sobre él una idea verdadera y justa? ¿Os diría que este amor ha sido tan violento en Dios que aquél que,

¹⁷ Última parte de un sermón titulado «Grandezas y amor de Dios», cuyo texto completo puede encontrarse en las *Notes de prédication*, páginas 34-54.

según la Escritura, es más alto que los cielos, más profundo que los abismos, que ve a todas las criaturas como una nadería, que aquél que reina en medio de una grandeza que nada puede ni igualar ni alcanzar, que se pierde hasta el infinito, ha salido de su vasta y profunda soledad, ha franqueado todas las regiones de espíritus celestiales para unirse a nuestra humanidad, para hacerse amable, para mostrarles que los amaba? Pero eso no es sino el primer paso de su amor, no es más que un presagio de lo que vendrá a continuación.

¿Qué os diría yo del amor de un Dios encarnado, para daros sobre él una idea verdadera y justa? ¿Os diría que se ha despojado ante nuestros ojos del brillo de su gloria, del resplandor de su potencia, de la amplitud de su inmensidad, de las prerrogativas de su eternidad y de su independencia para hacerse un niño desconocido, débil, sufriente, obediente, mortal? Sí, sin duda, ése es el estado al que el amor ha reducido al amable Jesús. Pero esto no es el amor de Jesús en toda su fuerza y extensión.

¿Qué diría yo del amor de un Dios encarnado, para daros sobre él una idea verdadera y justa? ¿Os lo representaría prodigando milagros, marcando sus pasos con sus beneficios, dando la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos, la vida a los muertos? ¿Os lo representaría siendo su delicia el estar con los hombres, viniendo a salvar a los pecadores y no a perderlos, haciendo fluir en el corazón de la pecadora de Samaria un agua que brota hasta la vida eterna? ¿Os diría que perdonó a la mujer adúltera, que perdonó a la Magdalena todos sus pecados, que nombró jefe de su Iglesia a Pedro, que le había negado tres veces? Sí, éstas son pruebas de su bondad y

ternura; pero no es ni toda su bondad ni toda su ternura. ¿Qué os diría yo del amor de un Dios encarnado, para daros sobre él una idea verdadera y justa? ¿Os pintaría la ignominia de su pasión, los desgarros de su agonía, los horrores de su flagelación? ¿Descubriría ante vuestros ojos su cuerpo pálido y ensangrentado, su boca muda, sus ojos apagados, sus rasgos lívidos? Sí, éste es uno de los efectos del amor de Jesús sobre su cuerpo; pero aún no es el amor, las llamas de su sagrado Corazón. ¡Oh, Corazón divino de mi Jesús, Corazón santuario de la divinidad, que eres la dicha de los santos, Corazón cuyo amor lanza fuegos mil veces más ardientes, más resplandecientes que el sol!, ¿quién soy yo para atreverme a hablar de ti? ¿Quién podría representarte ardiendo continuamente de amor y no consumirse, muriendo de amor y no amarte sin cesar? ¡Oh, tesoro siempre abierto y siempre lleno, para hablar de ti haz fluir a raudales en nuestros corazones torrentes de llamas de amor! Y, ya que debo deciros una palabra sobre él, cristianos, imaginad reunidos los corazones de todas las madres que hayan existido desde siempre, los corazones de todos los santos que ven a Dios, de todos los serafines que le adoran y convenceos de que todos esos corazones de madres jamás podrán amar a sus hijos, todos esos corazones de elegidos jamás podrán amar a Dios como el Corazón de Jesús nos ha amado. Porque todos esos corazones aman sólo como criaturas que son, mientras que el Corazón de Jesús nos ha amado en Dios. ¡Y quién sino Dios podía amar a Judas hasta darle a beber su sangre y comer su carne! ¡Quién sino Dios podía amar a los judíos hasta rezar por sus verdugos! ¡Quién sino Dios podía morir por unos pecadores a quienes ni la misma muerte salvaría, ya que Jesús ha muerto por todos los

hombres! *Qui omnes homines vult salvos fieri* (1 Tm 2, 4). ¡Oh, amor incomprensible del Corazón de Jesús, amor más fuerte que la muerte!, ya que tu muerte ha sido una muerte de amor, ¿cómo puede suceder que yo no te ame? Sí, puede ser, y precisamente por los que no aman al amor es por lo que su Corazón se ha apagado. Sí, digámoslo una vez más: el amor ha muerto por todos los hombres, por vosotros, hermanos míos, por mí, por todos los pecadores, por todos los impíos hasta el fin del mundo. *Vult omnes salvos fieri*. Sí, cristianos pecadores; sí, impíos, si hubiese aquí alguno, aunque multiplicaseis vuestros crímenes y blasfemias, vivieseis en el olvido de las leyes de Dios y de la Iglesia, profanaseis vuestros cuerpos, perdieseis vuestras almas y las de vuestros hermanos por las que Jesús ha muerto, odiaseis incluso a ese Corazón sagrado que tanto os ha amado..., ¡aun así vuestro odio sería siempre vencido, vuestras blasfemias, vuestros crímenes no triunfarían jamás! El Corazón de Jesús os ha amado más y os sigue amando aún más de lo que jamás podréis odiarlo. Este Corazón ha muerto, ha muerto por vosotros, que no queréis ni siquiera vivir para Él. Miradlo, pues, una vez más: está ahí en los tabernáculos, escondido, solitario, para vosotros; reza a su Padre en este momento en el que aún no estáis decididos a entregaros por entero a Él; palpita por vosotros de amor y de ternura. Comprended, pues, hoy mismo cuán ingrato es salir de aquí sin amarlo, si no tomáis la generosa resolución de ir a postraros a los pies de uno de sus ministros para entrar en gracia con Él. ¡Ah!, si hubiera un solo cristiano decidido aún a salir de aquí con el pecado en su corazón, yo os diría: «Hermanos míos, basta ya, sí, basta ya de deplorar nuestras desgracias, basta ya de quejarnos de las guerras, de las enfermedades y de tantas cala-

midades que nos oprimen; nuestros crímenes y pecados se las merecen». Pero no cesemos de gritar con Santa Teresa contra el mayor de todos los horrores: «El Amor no es amado». *Amor non amatur*. Sí, profetas, secad vuestras lágrimas, dejad secarse esos torrentes de llanto que fluyeron de vuestros ojos por las desgracias con las que amenazabais a Jerusalén. Y vosotras, almas fervorosas, cesad de gemir por los tormentos, por los gritos de los condenados: Jerusalén fue ingrata, los condenados han merecido sus penas. Abrid, más bien, vuestros ojos a ríos de llanto; lágrimas de sangre no serán nunca lo bastante elocuentes para gritar a todos los hombres: «El Amor no es amado». *Amor non amatur*. Y vosotros, que nos pregonáis la sensibilidad de vuestros corazones, que os apasionáis por un héroe de novela, que derramáis lágrimas por el relato de una aventura fabulosa, guardad mejor vuestra ternura más digna de nuestros corazones, guardad vuestros lloros y vuestros amores para el único Amor que no es amado. *Amor non amatur*. En cuanto a nosotros, cristianos, seamos lo que seamos, no tenemos nada que discutir. Hoy la elección nos viene dada: o el amor o el infierno; sí, os lo repito: o el amor o el infierno. No hay punto medio. Quien no ama en este mundo al ser infinitamente amable, debe tomar la resolución de odiarlo en el otro; el que no se siente tocado por el amor eterno, tendrá un suplicio eterno para arrepentirse de ello. Si las ascuas del Corazón de Jesús son demasiado frías para despertarnos, las ascuas del infierno no lo serán para castigarnos. Por la amplitud del amor de Jesús es por lo que debéis juzgar su cólera. Si el amor ha hecho morir al Eterno por vosotros, sin que esta muerte os asombre, os consterne, os cambie, eternamente vivo y muerto Él os fulminará sin aniquilaros, os aplastará sin romperos. ¿Sabíais que no hay nada más terrible que un amor amargado y

transformado en odio? Dios os ama sin medida. Si vosotros no lo amáis, Él os odiará sin freno. Por lo tanto, pensad en ello una vez más: o amar o ser condenado, escoged. El Apóstol lo ha dicho, y su palabra es la verdad: «El que no ama a Jesucristo, ¡que sea anatema!» *Qui non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema* (1 Co 16, 22). Anatemas por lo tanto a esos blasfemadores de su santo nombre, anatemas a esta juventud insensata que rehúsa convertirse, anatemas a esos corruptores de las almas, anatemas a esas mujeres mundanas que aman a cualquiera menos a Él, anatemas a esos pecadores endurecidos que no quieren rendirse, anatemas a todos los violadores de las leyes de Dios y de la Iglesia, pues cualquiera que no obedece a Dios y a su Iglesia es su enemigo. *Qui non amat...*

Pero, ¿qué he hecho, Señor?, ¿a dónde me ha llevado mi celo? Hoy, aun siendo ministro de tus misericordias y de tu amor, he olvidado que no debía hablar el lenguaje de tus venganzas. ¡Ah, perdona, Señor!, los motivos de tu amor bastan a todos mis oyentes: ellos te aman y desean amarte en adelante; acaba, pues, tu obra. Sí, amor de Jesucristo, ¡cuántos torrentes de gracias fluyen en todos los corazones de los que me escuchan! Sí, Padre eterno, te presento a este Corazón ardiente de tu amor, en nombre del cual nunca se te reza en vano. ¿Acaso no lo reconoces en la herida que el amor le ha producido? ¿Acaso no serían las llamas lo bastante ardientes como para consumir nuestras iniquidades, acaso la voz de este cordero degollado no gritaría más alto que nuestros crímenes? No, Dios mío, estoy convencido de ello, tú quieres perdonarnos; tú nos amas, nosotros te amamos todos. Sí, desde este preciso momento formamos una sola voz para decirte: «¡Amor por amor, vida por vida, todos nuestros corazones para Dios!» ¡Ah, estos pobres corazones, por qué no

serán tan grandes como los abismos del mar para amarte con los más vivos ardores! ¡Lástima que no puedan, llenos de tu amor, lanzar palabras inflamadas sobre el tuyo como tú las lanzas sobre nosotros! ¡Que no puedan anonadarse, derretirse en tu presencia, abismarse como los de los santos en la amplitud infinita de tus bondades! ¡Que no podamos regar continuamente tus beneficios con nuestras lágrimas, prorrumpir sin cesar en sollozos, en suspiros, hasta el momento en que vayamos a amarte a nuestra patria eterna, la que yo os deseo a todos! [Manuscrito 30]

La Encarnación

Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonæ voluntatis (Lc 2, 14).

La noche había consumido la mitad de su carrera, cuando he aquí que el Cielo envía legiones de ángeles para hacer resonar en el aire estas palabras: *Gloria in excelsis!* Y anunciaron estas palabras a unos pastores: *Nuntio vobis gaudium magnum* (Lc 2, 10). ¿Acaso no debería yo, cristiano, mezclar hoy mi voz a esas voces celestiales para regocijarnos, para incitar a vuestros corazones al más dulce arrebatado del agradecimiento, a una mayor alegría? *Nuntio vobis gaudium magnum*. Las inclinaciones de mi corazón me arrastrarían a hacerlo encantado, pero las circuns-

tancias desgraciadas de los tiempos hacen que me ocupe de otra necesidad. Todos los días los impíos insultan vuestra fe; no hay día más hermoso para vengarla. No hay circunstancia para hablaros más a propósito de la Encarnación, tanto más cuanto que el cántico sublime de los ángeles me proporciona todo lo que tengo que deciros. *Gloria in excelsis*.

En efecto, el impío dice que es indigno de la majestad divina el rebajarse hasta hacerse hombre, y yo le respon-

deré en el primer punto que la Encarnación es la obra maestra de la fuerza, de la sabiduría de Dios, una fuente infinita de gloria. *Gloria in excelsis Deo!* El impío dice que los misterios tan profundos ofuscan la razón más que la instruyen y consecuentemente son inútiles para el hombre. Y yo os mostraré en el segundo punto que no hay nada más ventajoso en la tierra que el misterio de la Encarnación. *Pax hominibus.* En dos palabras, la Encarnación es una obra digna de Dios, ventajosa para el hombre.

¡Oh, Espíritu Santo, que has operado este misterio, anima mis palabras!; y a ti, María, que has sido su [instrumento], te felicito con el ángel: *Ave, María.*

Primer punto

La razón humana ya se encontraba profundamente degradada cuando el Verbo de Dios se hizo carne y apareció en el mundo. Había caído en la extravagancia de las supersticiones (culto, dogma y moral de los paganos). Pero aún se degradó mucho más cuando, desconociendo al Dios de la salvación, lo trató indignamente, lo comparó a un ladrón y lo hizo morir en una cruz. Entonces todo Israel se escandalizó, los gentiles miraron [la cruz] como una locura, y sólo a fuerza de milagros y de prodigios lograron los primeros apóstoles destruir tantos errores y disipar tantos prejuicios. Hoy, cuando la cruz del Evangelio cuenta dieciocho siglos de triunfo, nuevos enemigos resucitan las viejas armas de los primeros, y nosotros estamos obligados, hablando a cristianos, a probarles que no es indigno de su Dios el haberse hecho hombre. Por lo tanto, hagámoslo y por eso yo no haré más que desarrollar las palabras del Apóstol, que nos dice que este misterio es la *virtus et sapientia Dei* y una fuente de gloria para Dios. Pero antes de llevar a cabo esta tarea, es necesario destruir

errores que impedirían sacar de esta verdad todo el fruto. ¿No os parece oír de la boca del incrédulo?: «¿Cómo todo un Dios va a hacerse hombre! ¡No es acaso incompatible con su inmensidad que un Dios se circunscriba a las estrechas limitaciones de un niño, incompatible con su poder que se vea rodeado de debilidad, envuelto en pañales! Y si decís que está ahí para expiar los crímenes del hombre, ¿dónde está la justicia si el inocente sufre por el culpable?» Respondamos a estas dificultades dando unas ideas de la verdadera grandeza. No, ella no es incompatible con el estado de pobreza de Jesús. Sin duda, la pobreza efecto de la mala conducta del que no sabe administrar sus negocios, o la pobreza forzada, no puede estar acorde con la grandeza. Pero una pobreza voluntaria, una pobreza de elección -mediante la cual uno se rebaja para hacer más fácil su acceso, para mostrar el poco caso que hace de los frágiles bienes de la fortuna- lejos de degradar, ensalza. La majestad real que se despoja del brillo de la púrpura y del oro, que se reviste con ropas comunes y ordinarias, que entra incluso en la cabaña del labrador para interesarse por sus necesidades, para dejar por todas partes señales de sus beneficios, con un aspecto afable y una cara alegre, ¿acaso no conserva tanto brillo como cuando, rodeada de guardias, sentada en su trono, hace temblar a todos los que se le acercan? Y, sin salir de este auditorio, ¿acaso se degrada la grandeza por confundirse entre vosotros y convertirse en cierto modo en popular? Pues bien, esto es lo que ha hecho este Dios pobre al que adoramos. Precisamente para facilitarnos el acceso junto a Él, es por lo que se ha hecho sensible y popular a los hombres. Ha tomado las formas graciosas y conmovedoras de un niño para ganar nuestros corazones con sus encantos.

Ha dejado en el cielo su trueno, en el monte Sinaí los relámpagos y el rayo para espantar al pueblo carnal siempre rebelde a sus leyes; pero al pueblo espiritual lo ha abordado con los emblemas del amor y de la bondad. Y así, pareciendo pobre, no se ha degradado; porque no es por necesidad, sino por bondad, por lo que ha querido tener sólo un pesebre por trono y unos pañales por manto real; y por guardias, únicamente una pobre mujer y un pobre artesano.

Los sufrimientos no son incompatibles con la verdadera grandeza. La verdadera grandeza, en opinión de los mayores genios de la antigüedad, no consiste sino en la virtud. Si, por lo tanto, los sufrimientos no son el castigo del crimen, si el que los experimenta no sucumbe bajo su impacto, si no es por impotencia por lo que los soporta, entonces, lejos de perjudicar a la grandeza, la ensalzan. Platón, queriendo describirnos al mayor de los hombres, ¿no nos presenta acaso al justo enfrentado con la adversidad, luchando contra la perfidia de su tiempo, víctima del odio y expirando por la causa de la virtud? Asimismo, no [son] únicamente los Padres de la Iglesia, sino uno de los mayores enemigos de la religión cristiana quien ha reconocido que el justo descrito por Platón era, punto por punto, Jesucristo. Sí, sufrió; sí, murió, pero no por sus crímenes. Desde hace dieciocho siglos los impíos no han podido reprocharle ninguno. Sufrió, murió, pero sus sufrimientos, dice el profeta Isaías, fueron voluntarios. *Oblatus est quia ipse voluit* (Is 53, 7). Sufrió y murió, pero la naturaleza divina no sucumbió ante los dolores y las torturas. La santa humanidad estaba en medio de las angustias crueles hasta gritar que no había dolor semejante al suyo. Pero la naturaleza divina se regocijaba por completo con las alegrías y las delicias celestiales en el se-

no de su Padre. Los sufrimientos de Jesucristo no han sido, pues, incompatibles con la grandeza divina. No han sido más que un efecto, tanto de su bondad como de su justicia, para expiar nuestros crímenes.

«Pero –decís–, ¿dónde está la justicia para que el inocente perezca por el culpable?» Aquí os responderé desarrollándoos sencillamente las mismas ideas bajo otra forma. Desde luego, no habría justicia si se forzase al inocente a sufrir por el culpable. Pero si el inocente se presenta voluntariamente, si transportado por un sentimiento de generosidad quiere sacrificarse por la dicha de los demás, ¿quién le hará una faena con ello? ¿Quién jugó una mala pasada a los principales habitantes de Calais, cuando ellos mismos se ofrecieron como víctimas con tal de que se salvara su ciudad ¹⁸? Y apelo a vuestro propio corazón. Me imagino que, si estando toda nuestra nación desgarrada por una guerra sangrienta, el príncipe que la gobierna quisiese apagar los fuegos de la discordia con un medio extraño y lograrse salvar la pérdida de sus súbditos entregándose él solo a todos los horrores de la pobreza y de la muerte, ¿quién de entre vosotros, conmovido hasta las lágrimas, lo acusaría de injusticia? ¿Quién de entre vosotros no proclamaría su gloria con más fuerza de la que se celebra la de los mayores conquistadores? ¡Ah!, si se hubiese hecho pobre para salvaros, apreciaríais mucho más los harapos que lo hubieran cubierto que la púrpura real de la que se hubiese desprendido; y si hubiera muerto para salvaros, os lanzaríais con toda la efusión de vuestros corazones para abrazar el patíbulo donde hubiese vertido su

¹⁸ Tras heroica resistencia, la ciudad de Calais fue tomada por los ingleses en 1347; el sacrificio de Eustaquio de Saint-Pierre y de cinco burgueses, que se entregaron al rey Eduardo III, salvó la ciudad.

sangre, sin tener para nada en cuenta el trono donde se hubiese sentado durante largos años. Pues bien, esto es lo que ha hecho Jesús por nosotros. Y, lejos de bendecir, lejos de derramar lágrimas de cariño sobre la generosa resolución de este rey inmortal que muere para salvar a su pueblo, ¡acusamos a nuestro Padre de injusticia por haber aceptado! ¡Insensatos!, ¿por qué estamos siempre encerrados en nosotros mismos y por qué es únicamente en la parte religiosa donde no usamos ni la razón, ni el corazón, ni el sentimiento?

Entonces, una vez resueltas las dudas del incrédulo, paso a mi tema y afirmo que la Encarnación es la obra maestra de la sabiduría, una fuente infinita de gloria.

La obra maestra del poder de Dios. Sí, Moisés nos representa sin duda la fuerza del brazo del Todopoderoso cuando nos dice: «Dios lo dijo y todo fue creado». *Dixit et facta sunt* (Sal 33, 9). Dijo una segunda palabra y el sol y la luna salieron de las tinieblas para presidir uno el día, la otra la noche. Dijo una tercera palabra y las aguas que cubrían la superficie del globo se retiraron al vasto estanque

de los mares, donde se formó el aire que envuelve al mundo como un velo. Dijo una cuarta palabra y las plantas y los animales se ordenaron según su clase, género y especie. Éstas son, ciertamente, señales bien grandes de la omnipotencia de Dios. Pero, me atrevo a decirlo con los Santos Padres, esta potencia aparece aún mayor en la obra de la Encarnación. Porque en la creación fue necesario que Dios hiciera franquear a la criatura el espacio que la separa de la nada; pero en la Encarnación, el espacio que separa a la criatura del Creador. Ahora bien, la distancia de la nada al ser es menor que la de la criatura hasta Dios; de esto se sigue que hizo falta una acción de un poder superior para hacer que el invisible se hiciese visible, el in-

mortal vulnerable, el Dios espiritual hecho carne. *Et Verbum caro factum est* (Jn 1, 14).

«Pero –dirá el incrédulo–, el espacio es no solamente inmenso, sino incluso imposible», como si, cuando decimos que Dios se ha revestido de carne y sangre, hubiese dejado de ser el infinito; como si, cuando decimos que ha sufrido, lo atribuyésemos a la naturaleza invulnerable de Dios. Pues que nadie se engañe: ¿acaso no es así como el propio niño aprende, catecismo en mano, que Jesús ha sufrido en su humanidad, pero no en su naturaleza divina? Es cierto que el lenguaje ha hecho que se atribuyese a la persona lo que es propio de las diferentes naturalezas de las que está compuesta. Así es como decimos que el hombre es a la vez inteligente, espiritual, material y mortal, que trepa como una bestia y que se eleva hasta los cielos, porque atribuimos a la persona las operaciones de las distintas naturalezas. ¿Y por qué no atribuir a la persona divina de Jesucristo tanto las operaciones de su humanidad como de su divinidad? ¿Por qué no poder decir también

que el Eterno nació, que el Todopoderoso se hizo débil, sin hablar un lenguaje contradictorio, sin acercarnos a lo imposible? Por consiguiente, la Encarnación sigue siendo la obra maestra del poder de Dios.

Y añadido que es además *la obra maestra de su sabiduría*. Espíritu divino, ayúdame aquí con tus luces para hacer comprender a mi auditorio esta sublime verdad.

Para entender bien esto, debéis suponer los principios de la fe católica, que nos enseñan con San Pablo que Dios estaba en Jesucristo reconciliando el mundo. *Deus erat in Christo, mundum reconcilians sibi* (2 Co 5, 19). Ahora bien, ¡qué hay de más digno en la sabiduría de Dios que el haber sabido utilizar un medio tan extraordinario para

obtener la reconciliación del pecador sin perjudicar a la justicia que castiga el crimen! ¡Un medio tan extraordinario para ser infinitamente misericordioso sin debilidad, para hacer en una palabra, según la expresión del profeta, que la justicia y la misericordia se encuentren, se den el beso de paz! *Justitia et pax osculatæ sunt* (Sal 85, 11). En efecto, a la justicia le hacía falta que el crimen fuese castigado; a la misericordia le hacía falta que los pecadores fuesen salvados. Pues bien, esto es lo que ha hecho Dios en la Encarnación. El crimen ha sido castigado de una manera digna de Dios, ya que Dios mismo ha cargado con su pena; el pecador ha sido perdonado, ya que Jesús ha merecido su perdón. La justicia y la paz se han dado el beso de paz. *Justitia et pax osculatæ sunt*. Y por eso, ¡qué maravilla se ha obrado! Todo un Dios ha venido, por así decirlo, a equipararse con los hombres; se ha revestido de su naturaleza para poder expiar su crimen, pues, si sólo se hubiese comportado como Dios, no hubiese podido satisfacer a Dios; y, si sólo hubiese actuado como hombre,

sus méritos no hubiesen tenido un premio lo bastante excelente. Pero, hecho Dios y hombre todo junto, ha sido un Dios-sacerdote que ha ofrecido a Dios un Dios-víctima; ha sido un hombre-Dios que ha obtenido el perdón de la humanidad entera. ¡Qué invento tan sublime de la sabiduría de Dios ha sido, pues, éste de la Encarnación!

Y añadido que ha sido además *una fuente inagotable e infinita de gloria para Dios mismo*. ¡Oh, Dios mío, ayúdame también aquí con tu gracia para hacer comprender bien unas verdades tan profundas!

Dios obtiene, sin duda, gloria de sus criaturas. Los cielos anuncian su nombre y el mar su inmensidad; y todas las criaturas, con la variedad infinita que las distingue, el brillo infinitamente variado de sus perfecciones (Sal 19, 2).

Pero todo esto sólo proporciona gloria a Dios a través de las criaturas inteligentes. Ellas narran la gloria de Dios, pero no lo conocen. Es un homenaje forzado el que le rinden. Están hechas para hablar a los ojos y al corazón del hombre, quien a su vez debe prestar su inteligencia y su boca para bendecir y alabar al Creador. Está establecido como el sacerdote y el pontífice de toda la naturaleza, pero sus votos son aún muy débiles para honrar al infinito. ¿Qué ha hecho, pues, Dios? Ha establecido entre el hombre y Dios una unión tal que el precio de las obras del hombre sería nada menos que digno de Dios. Y eso es lo que hace el misterio de la Encarnación. Jesús, en cuanto Dios, hace méritos en su humanidad de una manera infinita: sus pensamientos, sus deseos, sus palabras, sus acciones –siendo los pensamientos, deseos, palabras y acciones de un Dios– rinden a Dios una gloria única, que sobrepasa de tal modo la gloria que recibe del resto de las criaturas que Él mismo las sobrepasa. Y fijaos que esta gloria no sólo es dada a Dios por las obras de Jesucristo, sino por las de todos los elegidos, de los que Él es el jefe. Sí, Él transmite el mérito a todas las obras de los santos que actúan por Él y en Él, como el tronco transmite a las ramas la savia que le alimenta. Por eso, todas las acciones de los justos que no hubiesen rendido a Dios más que homenajes limitados, le rinden la misma gloria que Jesucristo, que les anima con su gracia. Por eso, los votos de los patriarcas, los suspiros de los profetas, el celo de los apóstoles, el valor de los mártires, los trabajos de los confesores y la pureza de las vírgenes reciben de Jesucristo un brillo infinitamente más resplandeciente para honrar a Dios que todo el que reciben las criaturas ciegas que hay en el mundo por la intervención y mediación de los seres

inteligentes y razonables, y esto hasta el fin del mundo. Por lo tanto, la Encarnación es una fuente inagotable.

Hasta aquí, hermanos míos, he consagrado este discurso a vengar la Encarnación contra las blasfemias de los impíos como podría haberlo hecho en una academia literaria. Quizás no he respondido a la expectativa de vuestros corazones firmes en la fe, que deseaban el alimento espiritual de sus almas mediante reflexiones más prácticas que especulativas. Pero ahora voy a satisfaceros, pues, al haberos mostrado que la Encarnación es gloriosa, he cumplido sólo la primera tarea; me falta hacerlos ver que es ventajosa para los hombres.

Segundo punto

«¿Para qué sirve un misterio tan profundo? –dice el impío. Aturde mi razón. La llena, es verdad, de ideas sorprendentes; pero, después de todo, ¿qué recurso obtendrá el indigente adorando a un Dios pobre? ¿Qué consuelo

esperará el afligido viendo a un Dios sufriente? ¿Y qué sentimiento de nobleza experimentará el hombre abatido por la idea de su Dios rebajado hasta hacerse hombre?». A todos estos sacrílegos, a todos estos blasfemos, les respondo que la Encarnación instruye nuestra ignorancia, eleva nuestra bajeza, fortifica nuestra debilidad.

El misterio de la Encarnación instruye nuestra ignorancia, ¡y qué instrucción! Instrucción universal, instrucción profunda, instrucción necesaria, instrucción llena de prudencia, instrucción sensible y popular, instrucción decisiva y terminante.

Instrucción universal. ¿Y de qué no nos instruye Jesús en el pesebre? Apareció, dice San Pablo, la benignidad de nuestro Dios; ¿y para qué? *Erudiens nos* (Tt 2, 12). Instru-

yendo al mundo. ¿Y qué le ha enseñado? ¿El arte de gobernar los imperios? *Erudiens nos juste, pie, sobrie vivamus in hoc sæculo* (Tt 2, 12). Sí, Jesús hecho niño para pagar por nuestros crímenes, Jesús mereciendo para nosotros tesoros de gracias, Jesús desarmando la cólera divina y Jesús despertando nuestra ternura con el aspecto conmovedor de un niño, nos enseña a esperar en nuestro Dios, a darle eternas acciones de gracias, a rezarle, a bendecirle, a amarle, a vivir con piedad. *Ut pie vivamus in hoc sæculo*. El Verbo, descendiendo del trono de su gloria, abandonando su tranquilidad eterna para socorrernos, despojándose ante nuestros ojos de las riquezas para abrazar la pobreza, nos enseña elocuentemente no sólo a no despojar a nuestros hermanos, sino a despojarnos a nosotros mismos para socorrerlos, a amar a nuestros hermanos como Jesús nos ha amado. *Ut juste vivamus in hoc sæculo*. El Verbo, revestido de una carne mortal, sujeto a los rigores del clima, a los dolores, a todos los horrores de la muerte, nos enseña no sólo a no entregarnos a los excesos de la intemperancia y del desenfreno, sino a llevar una vida mortificada y llena de sobriedad. *Ut sobrie vivamus*. Instrucción universal.

Instrucción profunda. Y llamo con este nombre a la que va hasta cortar el mal en su raíz, la que cura y corrige nuestras inclinaciones más viciosas: la avaricia, el amor de los placeres y el orgullo natural a todos los hombres. Ahora bien, ahí está el fruto de la Encarnación. Nuestros corazones se sienten arrastrados por un potente atractivo hacia el cebo del bien de la tierra desde que Adán, a la vista de un fruto, se dejó seducir hasta codiciarlo. Pero he aquí que Jesús, el nuevo Adán, nos ha hecho ver la vanidad de todo eso al no elegir por otra morada que una cabaña, por guías una pobre mujer y un pobre artesano. El atractivo de los placeres había encontrado nuestra alma abierta para entre-

garse a ellos desde que el primer Adán se dejó llevar por el deseo de comer de un fruto prohibido. Pero he aquí que el nuevo Adán repara y opone el sufrimiento a la sensualidad. Finalmente, sentíamos en nosotros una inclinación invencible por el orgullo desde que el primer padre tuvo la osadía de querer igualarse a Dios. Y he aquí que Jesús practica de antemano este anonadamiento, esta humildad que luego predicará tan alto en el sermón de la Montaña. *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum* (Mt 18, 3). Instrucción profunda que llega hasta destruir esta triple concupiscencia que abarca a todo el hombre. Pero *instrucción necesaria*. Sí, era necesaria a la llaga del corazón humano que un Dios nos predicase con su ejemplo las virtudes que nos mandaba. Si hubiese venido, como esperaban los judíos, es decir como un conquistador, si al menos hubiese transigido con el mundo, si hubiese compartido con él las riquezas, la abundancia y la prosperidad, parece que faltaría algo para apartar a los hombres de las trampas que los falsos bienes les tienden. Estarían autorizados por los ejemplos de su Dios para estimar los bienes de la tierra, hacia los que se sienten como siempre arrastrados. Pero, ¡con qué rayo no los golpea cuando, a la autoridad de su palabra, une además la voz persuasiva del ejemplo! ¿Quién se atreverá a decir que los bienes de la tierra lo son todo, si Dios Padre no se los ha dado a su Hijo? ¿Quién osará estimarlos cuando ve que, mientras los reparte a todos los reyes de la tierra, priva de ellos a Jesucristo? Porque cuando Jesucristo vino al mundo, era al final de ese siglo famoso que fue llamado por todos el siglo de las luces, del genio y de los héroes. Era cuando Roma, dueña del mundo, veía a todas las naciones dominadas y sometidas a su yugo; cuando la poesía y la elocuencia se

esforzaban a porfía por celebrar la gloria de Augusto; cuando Atenas, esa orgullosa rival, aún celosa de su antiguo esplendor, florecía por el número de sabios, por su areópago, que, según San Pablo, hacía profesión de buscar la sabiduría. *Græci sapientiam quærunt* (1 Co 1, 22). Ahora bien, ¡qué anatema no lanzó Jesús sobre todas estas grandezas cuando no sólo no quiere nacer en la corte de un conquistador, en medio de una multitud de sabios, sino que escoge para su nacimiento la ciudad más oscura de la más oscura nación! Cuando nace en una familia pobre, cuando incluso desea que le nieguen un alojamiento, que no se rechace ni siquiera a los malhechores cuando están vestidos decentemente, ¿deja algún subterfugio? Y si pensáis que todo esto es demasiado, preguntad a los padres de familia que ven a los hermanos armados unos contra otros, a los hijos contra su padre para disputarse un rincón de tierra, una herencia. Preguntad a esos jueces, a esos magistrados que ven todos los días cómo los pleitos, el fraude y la injusticia se agitan, se destrozan y tiemblan alrededor de sus tribunales. Preguntad a todos esos hombres que, desde lo alto del tribunal en que están sentados, parecen estar elevados más altos únicamente para considerar [la] más profunda extensión [de] todos los estragos que la codicia hace en el mundo, y ellos os dirán si es demasiada la pobreza de un Dios como para predicar a los hombres el desapego de las riquezas. Instrucción necesaria, *instrucción llena de prudencia*. Quizás habéis oído un celo mal entendido, aparte de todo, como declamar con violencia contra las riquezas, [...] la envidia y el odio del pobre y declarárselas como incompatibles con el Reino de Dios. Pero he aquí que Jesús, desde lo alto del pesebre, os dirige un discurso bien distinto. Sin duda, os predica el desprendi-

miento del corazón, porque ha querido ser pobre para eso. Pero no exige que os despojéis de todos vuestros bienes, de igual modo que Él no se despojó del dominio que tenía sobre todas las criaturas. Si recibe primero a los pastores alrededor de su cuna, poco después recibe a gente importante, a reyes, a magos guiados por una estrella milagrosa. Instrucción llena de prudencia, *instrucción sensible*. Aunque le haya sido dada al hombre la razón para conocer la verdad, sin embargo no todos son capaces de captarla al desnudo. El común de los mortales necesita que ella se presente bajo formas sensibles, que aparezca mediante parábolas, alegorías e imágenes sensibles. Sólo a muy pocas personas les ha sido concedido el sentir la fuerza de un razonamiento, pero todos entienden y comprenden la fuerza de un ejemplo. Pues bien, esto es lo que

ha hecho Dios al volverse sensible. Ha hablado tanto al corazón de todos como a los ojos de todos y todos han podido comprender la verdad.

Instrucción decisiva y terminante. Cuando los predicadores echan pestes contra las riquezas, si son pobres, la codicia podría alegar que hablan contra lo que no pueden obtener; si no tienen unas luces muy amplias, ella está convencida de que ellos no conocen todo su valor. Pero un Dios-hombre que nos lleva a despreciarlas con su ejemplo, no saca ya ninguno de esos pretextos, no habla ni por pretensión, ni por ignorancia, ni por prejuicios, sino con autoridad.

Por lo tanto, la Encarnación instruye nuestra ignorancia. Ella eleva nuestra [bajeza]. ¡Qué idea no nos da de la grandeza del hombre un Dios que no ha tenido miedo en serlo también para salvarlo! El cristiano mira a Jesu-

cristo como a su hermano; se considera como coheredero de su reino, y eso sin orgullo. Porque, si por un lado la Encarnación lo eleva hasta hacerlo hermano de todo un Dios, por otro lo rebaja hasta hacerle ver las profundidades de su miseria, que ha exigido nada menos que un Dios para ser restablecido en sus derechos. Por eso, el hombre une dos sentimientos que diríamos opuestos: llama a Dios su Padre, se dice el amigo de Dios, el amigo del Hijo de Dios, y esto sin orgullo; se considera igual a la bestia, el miserable gusano de tierra que sólo sirve para ser pisoteado, llama hermano y hermana suyos a los gusanos y a la podredumbre, y esto sin desesperación ni bajeza. Pero une esta maravillosa mezcla de sentimientos nobles y sentimientos humildes. Y mientras que los filósofos o bien llevaban a los hombres al orgullo haciéndoles iguales a Dios, o bien a la desesperación viendo en ellos únicamente a la bestia, el cristiano encuentra este justo medio que es tanto el carácter de la verdad como el de la virtud.

Finalmente, la Encarnación fortifica nuestra debilidad. [Si] no hubiera sido ya demasiado largo, podría detallaros esta abundancia de gracias que se han desprendido de la Encarnación: estos sacramentos, esta Iglesia... Pero ya hay bastantes. ¡Qué me queda, pues, por deciros sino sacar unas consecuencias prácticas del gran misterio de este día! Sí, venid al pesebre; pero acercaos con los sentimientos de esos pastores que [llegaron hasta allí con] su ignorancia, su candor, su sencillez, su mansedumbre, su humildad. Eso es lo que os predica este gran misterio. ¡Ah, quién me permitirá, pues, grabar en vuestros corazones con una pluma de hierro estas grandes palabras: «Si no os hacéis como este niño, no entraréis en el Reino de los Cielos»! *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in*

regnum cælorum (Mt 18, 3). Cualesquiera que sean vuestro rango, vuestra dignidad, vuestros empleos, aunque fuéis apóstoles, si no sois humildes, no sois nada.

Venid al pesebre, traed hasta aquí como los magos vuestra ofrenda a Jesucristo. Es decir, haced circular entre las manos de los pobres esas limosnas que Jesucristo considera hechas a Él mismo y que tienen tanto más mérito sobre los presentes de los magos cuanto que ellos los hacían al Jesús que veían, mientras que vosotros las [haríais] en honor de este Salvador al que no veis.

Venid al pesebre, impregnaos allí de sentimientos de amor, de piedad, de desprendimiento, de mortificación y mereceréis que este Salvador que os ha nacido os reconozca entre los suyos por la conformidad que en-contrará de vuestra vida con la suya. Amén. [Manuscrito 88]

La esperanza

Dichosos los que en Él esperan: no quedarán confundidos.

Sí, dichosos los humildes, los que no hayan puesto su confianza en su propia luz, los que no hayan creído saber lo bastante, ni ser lo bastante virtuosos y honrados, sino que hayan buscado instruirse, llegar a ser mejores obedeciendo a la voz de la Iglesia, su madre. Su religión es divina: no quedarán confundidos.

Dichosos los cristianos que hayan sabido [vencerse] y que hacen sacrificios a Dios; cuanto más les cuesten, cuanto más les desgarran el alma, más alegría experimentarán, mayor será su recompensa, pues su religión es divina y no quedarán confundidos.

Dichosos los cristianos valientes que no se han dejado alarmar por lo que diría el mundo, han escuchado el grito de su conciencia, se [han] presentado ante un confesor; es-

tán felices, contentos; ni por todo el oro del mundo querían no haber comenzado; sienten por propia experiencia que su religión es divina y no quedarán confundidos.

Dichosos todos los que se preparan para la gran comunión general. Esperan unirse a Dios, alimentarse de Dios, purificarse en Dios, recibir en ellos al autor de la vida. ¡Ah, cómo serán consolados en su esperanza! Su religión es divina y no quedarán confundidos.

¡Dichosos todos vosotros, hermanos míos, que los imitaréis, que caminaréis tras sus huellas! No trabajaréis en vano por la patria inmortal. Vuestra religión es divina; no seréis confundidos. [Se] os [abrirán] las puertas eternas y gozaréis entonces de la dicha del mismísimo Dios.

[Manuscrito 180]

El perdón de las injurias

No basta con pagar a nuestros hermanos, incluso a los que nos odian, la caridad que les debemos; debemos además exigirselas a ellos. La naturaleza de esta deuda es tal que hay obligación de pedirla y que perdemos la caridad si no la exigimos. ¡Qué hermoso y qué útil es recibir la caridad de sus hermanos! Es Jesucristo el que ama y es amado. *Diligite...* Pero, forzada con vuestras buenas obras. *Benefacite...* (Lc 6, 27), porque exigir esta deuda es hacer el bien a nuestros hermanos. *Benefacite his qui oderunt vos* (ibid). Y en cuanto se presente la ocasión, ése es el momento de devolvér[se]la. Cristianos, absteneos de ceder a los sentimientos de venganza; sabed que esta ocasión os ha sido reservada para haceros adquirir, tanto a [ellos] como [a] vosotros, una gran corona domando su dureza y su obstinación mediante las armas de la paciencia. Pensad que si ellos [han] caído en vuestras manos, es por una permisión divina que quiere daros el medio de

ganároslos. Ejemplo de David [para con] Saúl: no contento con retener a sus soldados, reprocha a los de Saúl el poco cuidado que han tenido en protegerlo. Éste es el combate de los cristianos, de los hijos de paz; [...] cualquier otro es un combate de lucha feroz. *Noli vinci a malo, sed vince in bono malum* (Rm 12, 21). Hacer el bien a sus enemigos es echar ascuas de fuego sobre sus cabezas para fundir el hielo que oprimió sus corazones y ablandarlos finalmente mediante la caridad.

«Pero es que esta persona es demasiado dura, demasiado terca», decís. ¿Y vosotros seguís los consejos de Dios y no confiáis en la gracia? Murmuráis, vuestro corazón es muy duro; pero, al menos, haceos esta violencia. Mirad, hermanos míos, cuando se quiere injertar otra planta en un árbol, se le abre, se le hace, por así decirlo, violencia. Primero recibe el ramo extraño, que al principio sólo se sostiene por la corteza. Sin embargo, poco a poco se le une, participa de su alimento y pronto se le incorpora. La separación desaparece, ya [no] se ve la cicatriz, y el tronco, que lo ha llevado a pesar suyo, se regocija, si así puedo decirlo, de ver nacer de este ramo hojas y frutos que lo honran. Haceos violencia, hermanos míos, abrid vuestro corazón a vuestros enemigos, atraedlos con vuestras buenas obras. Quizás Dios permita que la unión se restablezca y así, habiéndolos ganado para la caridad, los frutos de su conversión serán vuestra gloria. Añadid la oración a las buenas obras. Si el orgullo de vuestros enemigos no puede ser vencido mediante vuestra mansedumbre, si su dureza no puede ser doblegada mediante vuestras buenas obras, entonces llega el momento de emplear la fuerza, el tiempo de hacer justicia y de vengarse de sus enemigos; pero, ¡que acabo de decir, cristianos, queriendo animaros

al perdón, a la misericordia! ¿Acaso desearía también incitaros a la venganza? Sí, hermanos míos, pero escuchad: la venganza digna de un cristiano consiste no en vengarse de los hombres, sino del reinado del pecado que está en ellos y que es la causa del odio injusto que [tienen] contra nosotros. Sí, hermanos míos, el pecado es quien les gobierna, quien suelta la brida a sus pasiones, quien, no contento con reinar sobre los que oprime, extiende su injusticia y su violencia incluso sobre los demás.

Por él, el malvado se esconde con los poderosos en las emboscadas para hacer morir al inocente. Por él, los ojos de los pecadores miran al pobre como a su presa. Se convierten en leones rugientes que devoran su carne.

Éste es, cristianos, el gran y cruel enemigo del género humano. Ésta la fiebre maligna que vuelve frenético a vuestro prójimo y que hace que os golpee y os muerda. Sobre él es sobre quien debéis descargar el peso de vuestra cólera, de él es de quien hay que vengarse: el pecado es el que debéis destruir en el alma de vuestro hermano y no la propia alma, pues adoráis un alma humana que es obra de Dios. Es un alma creada a imagen de Dios, inmortal. Es un alma que debe reinar con vosotros, con Jesucristo. El alma de vuestro hermano, de vuestro semejante, es la que está enferma. Hay que curarla y no perderla. Hay que arrancarle el veneno que la corroe. Una vez más hay que destruir sus pecados; ¿y cómo? ¿Acaso tengo poder sobre ella? ¿Puedo manejarla a mi antojo? Sí, hermanos míos, porque está en la mano todopoderosa de Dios; y si os hacéis amigos de Dios, su mano llegará a ser la vuestra, o más bien será su mano la que la curará. Pero serán vuestra voluntad, vuestras oraciones, vuestras súplicas y vuestras limosnas las que la harán obrar. Sí, her-

manos míos, orad por los que os persiguen, pedid a Dios una venganza que les es tan saludable: la extinción de su pecado, la fractura de ese corazón que se opone a la caridad fraterna. Pedidle que derribe al soberbio, pero por la penitencia; que rompa el corazón de ese endurecido, pero por la contrición; que abaje la cabeza de ese rebelde, pero por la humildad. Ésta es una noble y gloriosa venganza y ojalá fuese también la nuestra. Es la de San Esteban para con San Pablo –*Domine, ne statuas illis hoc peccatum* (Hch 7, 59) – y San Pablo culmina esta venganza. Lo venga, combate, debilita y supera el pecado reinante y la tiranía que le ha llevado hasta esas violencias. ¡Oh, si rezamos así, nuestra caridad no será dudosa! Ya no les envidiaremos los bienes de la tierra, pues les deseamos los del cielo.

Adveniat regnum tuum! (Lc 11, 2), decimos cada día. Este reino de Dios lo pedimos tanto para ellos como para nosotros. Y no podemos pronunciar sinceramente estas palabras sin amarlos, porque ¿acaso no deseáramos estar con ellos? Por eso, les deseamos mayor bien que a nosotros mismos, pues les deseamos el reino de Dios. Y si deseamos tenerlos en nuestra compañía, decidme, ¿acaso podríamos tener odio por aquéllos que deseamos tener eternamente por amigos? Así, haced lo que queráis. Si rezáis sinceramente por ellos, los amáis. Si no rezáis, la culpa será vuestra, pues Dios os lo manda cuando decís al Padre celestial: *Libera nos a malo* (Mt 6, 13). Líbranos del mal, es decir, destruye en nosotros el reino del pecado. ¿Habláis sólo por vosotros mismos? ¿Excluís a vuestros enemigos? ¿Queréis que sean condenados? Responded, ¿lo queréis? ¡Ah, si así lo deseáis, condenados seáis también vosotros con una venganza tan enrabiada, digna de un demonio y no de un hombre! Y si no, ¿cómo querríais excluir a vuestro enemigo de vuestras oraciones? Y si no

lo excluís, entonces es que es vuestro amigo. ¿Es vuestro amigo y aún lo odiáis? Tenéis el cielo si lo amáis, el infierno si no lo hacéis, ¿y aún lo odiáis? ¡Ah!, hermanos míos, quisiera pensar que no, pensar que deseáis salvaros todos. *Si ergo offers munum tuum...* (Mt 5, 23).

Ante Dios no hay ni bárbaro, ni griego, ni romano, ni escita, decía en otro tiempo el apóstol San Pablo a los colosenses. Prepara para todos una misma ciudad, que es el cielo, y una misma sociedad, que son los ángeles y los santos. Monarca supremo, Él forma con todas las naciones un solo pueblo que debe vivir bajo las mismas leyes y un mismo legislador, que es Jesucristo. Bajo Él, el hombre no puede ser un extraño para el hombre, ni los ríos ni las montañas pueden separarles. Todos se consideran como hermanos, porque, venidos todos de Dios, todos deben recibir de Él la misma herencia. En vano se atreverían algunos perversos a ultrajar a sus súbditos, a empujarles a la venganza, a urdir querellas y procesos, a proferir maldicciones y calumnias, a alimentar guerras y combates: Él desea que la amistad entre los humanos sea tan firme que no pueda ser quebrantada por ninguna injuria y [que] el amor de la concordia sea grabado tan profundamente en los corazones que intente retener incluso a los quisieran romperlo. Quiere que dobleguemos a los enemigos con la mansedumbre antes que rechazarlos con la violencia, que moderemos los injustos arrebatos antes que convertirnos en sus imitadores.

No sabemos lo que debemos pedir; el Espíritu Santo es [el] lugar de todas nuestras plegarias. Él es quien reza con gemidos increíbles, dice San Pablo. Y tú, que emponzoñas tu corazón con enemistades irreconciliables, ¿no tienes nada que pedir a Dios? Y si quieres pedírselo, ¿no hará

falta que lo hagas a través del Espíritu del cristianismo, el Espíritu Santo? ¿Ignoras acaso que el Santo Espíritu no actúa ni opera sino por [la] caridad, que si desprecias la caridad es que no quieres rezar por mediación del Espíritu Santo? Y si no quieres rezar por medio del Espíritu Santo, ¿en nombre de quién rezarás, a través de qué autoridad te presentarás ante la majestad divina? ¿Será por tus propios méritos? ¡Pero si tus propios méritos no son más que la condenación y el infierno!

¿Escogerás a algún otro patrono que, por su crédito, te haga más favorable el acceso al Padre? ¿Acaso no sabes que no puedes acceder al trono de la misericordia, sino a través de nuestro Señor Jesucristo? Escucha, San Pablo es quien habla: «No puedes siquiera pronunciar el nombre de Jesús, sino por el Espíritu Santo». Invocar a Dios en nombre distinto del de Jesús, es invocar en nombre de los demonios y del infierno. No digáis: «Sólo tengo odio a una persona». Sabed que la caridad no admite reservas, que es una cadena que estrecha todos los corazones en Dios; allí donde se sale un eslabón, [queda] cortada y rota.

Piensa en ello, cristiano: si ocultas tus pensamientos, si no perdonas ahora, esta tarde -sí, esta tarde-, te presentarás ante el que penetra tu corazón, el que descubre el fondo de tu alma más claramente que tú mismo. ¿Te atreverás a prosternarte ante Él y a mentirle a la cara pronunciando estas palabras: «Perdona nuestra ofensas»? ¡Oh, locura de los hombres! Creen obtener del Dios tres veces santo el perdón de crímenes enormes y ellos, miserables pecadores, cometen los difíciles e inexorables.

¿No queréis rezar por vuestros enemigos? ¿No queréis desearles el soberano bien que es Dios? ¡Oh, qué furioso y ciego es vuestro odio, pues, no contentos con negarles el

perdón, no queréis siquiera que Dios les perdone! Las aversiones que concebimos provienen únicamente de la estima excesiva que tenemos a los bienes corruptibles; todas las disensiones se acabarían si los despreciásemos como ellos se merecen.

¿Qué pasa, es que habéis vivido tan inocentemente que no necesitáis pedir a Dios la remisión de vuestros crímenes? ¿Estáis tan seguros de vosotros mismos que podríais decir no necesitar ya más en adelante una misericordia semejante? Si reconocéis que Dios os ha colmado

de gracias, sois pues unos ingratos al rechazar una tan pequeña que Él tiene la bondad de pedirnos por vuestro hermano que os ha ofendido. Si esperáis grandes favores por su parte, sois unos insensatos al rechazar lo que Él os propone en favor de vuestros [hermanos]. [Manuscrito 131]

La paz

Gloria in excelsis Deo et pax hominibus (Lc 2, 14).

La religión de Jesucristo es la única que puede darnos la paz: paz con Dios, paz con nosotros mismos, paz con los hombres.

Paz con Dios.

Dios es un soberano al que no se ultraja impunemente. Su vista penetrante alcanza a todos los crímenes. Su justicia los condena y su poder los castiga. Ahora bien, ¿quién podrá en esta tierra apaciguar la ira de esta divina justicia? ¿La fuerza?: pero, ¿qué son los ejércitos y los brazos de los mortales ante los golpes del Todopoderoso? ¿Las lágrimas y las reparaciones de los hombres?: es verdad que hombre por hombre ellas podrían bastar, pero ¿son dignas de la elevada e infinita majestad de todo un Dios?

¿Hay proporción entre el atacado y el agresor? ¿Quién reconciliará, pues, a la tierra con los cielos? ¿Acaso nos perderemos todos para siempre? Y Dios, en su sabiduría, ¿no encontrará un medio para que el castigo sea proporcional al crimen, la reparación a la ofensa?

¡Gracias inmortales te sean dadas, oh Dios mío! Sólo a ti correspondía formar el designio sublime de unirte a nuestra humanidad, de hacerte Dios-hombre, a fin de que, en cuanto Dios, los méritos de la humanidad fuesen infinitos y, en cuanto hombre, un Dios pudiese sufrir. Sí, éste es el prodigio de tu sabiduría, de tu bondad, este misterio desconocido por las generaciones y los siglos, este escándalo del impío. Ésta es y será por siempre jamás la obra maestra de tu poder. *Cum autem benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei* (Tt 3, 4). Lloró, y sus lágrimas, más potentes que todas las aguas del diluvio, fueron suficientes para lavar a los hombres de todos sus pecados. Rezó, y el incienso de sus plegarias subió hasta el trono de la divinidad, sin que ella pudiese ni por un momento el evitar escuchar y atender las súplicas. Murió, y su tránsito nos abrió los cielos y el reino de la inmortalidad. Cargados [como estábamos] con el anatema que envolvía al género humano culpable, Él nos lavó de esta mancha original con algunas gotas de agua y algunas palabras a las que dio la eficacia de purificarnos. Degradados de esta alta prerrogativa, caídos en el abismo del pecado, nos echó la tabla tras el naufragio y nos salvamos todos los días de la cólera celestial saliendo de nuestros tribunales. Todos los sacramentos que instituyó, fueron como los canales por los que hizo discurrir fuentes de gracias que rebrotan hasta la vida eterna y que nos hacen dignos de ella.

Paz con nosotros mismos.

No hay paz para el impío, dicen los Libros Sagrados. *Non est pax impiis* (Is 48, 22). ¿Y por qué? Porque su espíritu está en las tinieblas, y las tinieblas dejan el desorden en su corazón. Y, efectivamente, entregados a su propia luz, ¿cómo podían los hombres ver la verdad en todo su esplendor? Su inteligencia es limitada, sus miradas son cortas, su existencia es momentánea y no ocupa más que un punto en la inmensidad del universo, el cual a su vez no es más que un átomo ante Dios. ¿Quién podía, pues, hacerles seguros en su conocimiento? ¿La razón? ¡Pero cuántos hay que abusan de ella y se extravían! ¿Quién tuvo mayor dosis de ella que los antiguos filósofos y no obstante cayeron en los errores más monstruosos? ¿La experiencia? Pero, ¿quién lo ha visto todo, quién ha penetrado más allá de esta bóveda estrellada, donde la imaginación se pierde en los espacios inconmensurables de la creación, quién ha visto al Invisible y quién ha presenciado sus eternos decretos? Podemos, es cierto, medir superficies, calcular y ordenar números; pero todas estas hermosas luces, ¿hasta dónde pueden extenderse, sino simplemente a hacernos conocer alguna modificación de los seres, la corteza, por así decirlo, que los envuelve? Tan [es] así que las luces humanas tienen más de brillo que [de] profundidad, más de incertidumbre que de verdad. Porque [es] fácil para nuestros filósofos rechazar nuestra religión como una fábula; pero, ¿les es fácil dar pruebas de ello? Es fácil negarlo todo; pero, ¿es fácil estar convencido de lo que se niega? Por más que se hagan discípulos de ancianos cuya larga existencia fue el escándalo de su tiempo, como [ellos], por la mañana sus ideas contradirán las de la tarde, y las del mediodía las del silencio de la noche. No parirán jamás sino unos sistemas cuya solidez y cuya fuente

serán sólo los fantasmas efímeros de su imaginación, que se desploman en su espíritu con la misma facilidad que los han producido. Siempre inseguros e indecisos, pueden engañarse pero nunca convencerse, y desafío al más audaz de entre ellos a poder reconocer con sinceridad que todo lo que alega contra mi religión lo lleva más allá de la duda. ¿Pero pueden estar en paz con la duda? Dudar de que uno tiene deberes que cumplir, y no obstante hacer caso omiso; dudar de que su

alma es inmortal, y sin embargo vivir como si ella debiese aniquilarse; dudar ya no digo sobre el peligro de perder la fortuna, de ver mancillada la reputación, de [perder] la vida, sino dudar de una eternidad de desgracia que nos espera, de una eternidad de oprobios, de una eternidad de fuego que el soplo del Dios vengador enciende desde hace miles de siglos para castigar nuestra rebeldía, ¿y podríamos [vivir] en paz?, ¿podríamos estar tranquilos?, ¿podríamos no tener temor? No, no, no hay paz para el impío. *Non est pax impiis*. Odian la religión; por lo tanto, la temen, porque no se odia lo que se desprecia. Blasfeman contra Dios; por lo tanto, le temen, porque lo que no se teme se olvida. Leen a sus autores impíos y a su vez los hacen leer; por lo tanto, tienen miedo de hacerse cristianos y de verse solos con su abominable sistema. ¿Y seguirían diciéndonos que su espíritu está en paz? Mienten. No hay paz para el impío. *Non est pax impiis*. Está reservada únicamente para los discípulos del Dios que ha bajado del cielo para guiarlos. A Él solo le cabe decir: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Y sobre estas palabras es donde el fiel puede decir: «Es imposible que me equivoque, porque mi Dios ha hablado, y pienso que sería más fácil al universo entero infundirme respeto mediante fábulas que

sospechar un instante de error. Es imposible que me equivoque, porque tengo por intérprete de su voz a esta Iglesia a la que ha prometido asistir. Si yo fuese como los sectarios, que no siguen más que su opinión en la interpretación de las Escrituras, creo que mis ideas no serían como las de los demás y que tendríamos tantas creencias como cabezas. Pero, al seguir a la Iglesia, [al referirme] a esta cadena imponente de pontífices desde San Pedro hasta Pío VII, me adhiero a la columna inquebran-

table de la verdad, me adhiero a la fe de mis padres, a la fe de los Apóstoles, a la fe de todos los católicos. Ya no son las opiniones de algunas cabezas, sino la creencia de todos. De modo que si voy a España, a Italia, a América, a África, a Asia, encuentro mi religión igual. Encuentro en ella los mismos dogmas, los mismos sacramentos, el mismo sacrificio, la misma moral. Y con unas pruebas tan evidentes, ¿quién podría, pues, dejarme en la incertidumbre? ¿La profundidad de los misterios? ¡Pero si Dios es un Dios escondido, el Dios cuya más hermosa naturaleza es la de ser incomprendible a las tinieblas de mi espíritu! ¡Pero si tengo profecías demostradas como evidentes, prodigios ciertos, si veo con mis propios ojos el milagro de la perpetuidad de la Iglesia a pesar de las tormentas y de los ataques de todas las pasiones! Y por ello, firme en mi fe, grito contra todos los clamores de los impíos: *Lingua mea adhæsit faucibus meis et in pulverem mortis deduxisti me* (Sal 22, 16)». Pero el hecho de que mi espíritu conozca la verdad, no es bastante para la paz de mi alma. Es preciso que mi corazón domine además sus pasiones. Estos enemigos domésticos nos atacan con un furor cada vez más creciente. En efecto, ¿qué es lo que hace al hombre desgraciado? Es el hecho de llevar dentro de sí mil

afectos más o menos violentos que alteran la calma y la tranquilidad de su alma. Y si estos afectos no se ven moderados por una ayuda de lo Alto y por las luces de la sabiduría, hacen mil esfuerzos para extenderse por fuera. Se agitan, se irritan unos a otros y de su choque mutuo resulta esta turbación, esta agitación que sólo puede compararse a la ola de un mar embravecido que los vientos empujan ora de un lado ora de otro; son tigres que se desgarran y que corroen sus

cadenas; son sediciosos que turban la paz del imperio y a quienes hay que encadenar o desterrar fuera de su patria.

Ahora bien, ¿qué medio encontrará la filosofía para reducir a estos enemigos domésticos? Los sabios del paganismo nos pintaron a los héroes, pero [éstos] no existieron más que en sus libros. Los espíritus fuertes de la época, lejos de combatirlos, les dieron rienda suelta, adularon todas sus inclinaciones y encontraron su dicha en complacerlos, es decir, en darse tantos tiranos y tiranos crueles que los dominasen como a esclavos.

¿Quién hará, pues, que el hombre sea superior a sí mismo y quién elevará su alma en medio de su arrebató para dirigirlo tranquilamente, como un general en medio de su ejército y entre el tumulto de las armas? [El] que ha creado esta alma es quien se lo enseñará y éste es el gran secreto que Jesucristo ha revelado a la tierra en estas dos palabras: *Abneget semetipsum* (Mt 16, 24). Que el hombre se renuncie a sí mismo. Sí, para tenerlo bajo el yugo, la abnegación, la renuncia a sus inclinaciones: he aquí el gran medio que la religión nos ofrece. Ella es la única que nos dice que debemos hacernos violencia, que el reino de Jesús está en el fondo de nuestros corazones. Ella es la única que nos envía ayudas de lo Alto para hacer esta

guerra intestina y con ello procura la paz del corazón. Sí, una vez más, guerra continua con nosotros mismos y seremos felices. Gozaremos de este descanso, de esta paz de la que goza un vasto imperio; el cual, para repeler a los enemigos de fuera, pone en sus fronteras grandes ejércitos, y para reprimir a los de dentro, los relega a los calabozos y los encadena.

Preguntad a ese gran Apóstol por qué en medio de las tribulaciones estaba lleno de una alegría tan pura, a los anacoretas por qué bajo los ropajes de penitencia gustaban tan castas delicias, a los Bernardo por qué les eran tan dulces y agradables las camisas de esparto y los cilicios. Y todos os responderán que domando su cuerpo es como se domaban a sí mismos, como triunfaban sobre sus pasiones, y que esos triunfos y esas victorias eran la única fuente de su paz. Y, sin remontarnos tan alto, preguntad a las almas fervorosas, cuyo rostro siempre tranquilo y sereno anuncia la calma y la paz de su corazón. ¿Dónde consiguen esta felicidad? Os dirán que contrariando sus pecados y resistiendo al lenguaje de las pasiones es como la religión y la gracia de Jesucristo les hacen sentirse tan felices y tan superiores a sí mismos.

Paz con los hombres.

La primera fuente de toda discordia es el orgullo, esta gran y universal enfermedad del corazón humano. Es esta fiebre del alma que a todos nos agita sin abandonarnos un instante, desde el primer resplandor de nuestra razón hasta su oscurecimiento en las sombras de la muerte. El último hombre del mundo, igual que el ocupa la primera fila, si lo despreciamos, se indigna y se enfurece. De ahí, tantas escenas en el mundo donde el orgullo es el principal ac-

tor, aunque esté revestido de formas diferentes. Unas veces es una familia, verdadera imagen del infierno, donde la terca desobediencia de los hijos provoca la cólera del padre, donde los celos del hermano se amargan porque hay más bondad para su hermana que para él. Otras veces son dos rivales a los que la envidia devora, porque su vanidad y sus pretensiones ridículas se irritan al ver que no están solos. De igual modo, su perversa imaginación se fatiga, se agota, para impedir un proyecto, para confundir a los amigos. Y así es como la felicidad de los demás provoca su propia infelicidad. Todo el orgullo está enraizado en ellos mismos; es la fuente de las más monstruosas inclinaciones. Sí, el orgullo es quien presta a la cólera sus furores y quien llevó al gran Teodosio a asolar Tesalónica con las armas y el fuego. El orgullo es el principio de esas riñas, de esas disputas que mantienen los hombres como tantas bestias feroces que se desgarran y devoran. El orgullo es quien arma a su propia víctima para clavarle el puñal en el pecho. Finalmente, el orgullo, padre de todos los crímenes, es quien pone ante los ojos escenas sangrientas, escenas de horror demasiado comunes en nuestros desgraciados tiempos. Ahora bien, ¿quién desterrará de la sociedad una plaga tan generalizada y tan terrible? Ya pueden agotarse los filósofos; todos sus recursos aquí son inútiles. ¿Y cómo podrían desterrarlo, si el orgullo es su elemento, su gran móvil? ¡Gloria sea dada sólo a ti, Dios mío, que tienes el derecho de mandar a los hombres que se humillen ante ti; gloria a Jesucristo, que nos ha enseñado la virtud de la humildad, de la que los antiguos filósofos olvidaron incluso el nombre; gloria a la religión cristiana, la única a quien corresponde dar lecciones de sumisión y animar a sus discípulos mediante el ejemplo de un

Dios anonadado! *Discite a me quia mitis et humilis corde* (Mt 11, 29).

La segunda causa de los desórdenes de la sociedad es la codicia. La superficie de este universo, los límites de los imperios son demasiado estrechos como para dar a todos los hombres unos vastos e inmensos dominios. Sin embargo, todos quieren enriquecerse; todos tienen en su espíritu proyectos de fortuna y ponen los medios para alcanzar su

objetivo. De ahí que el pobre robe al rico, que el rico a su vez tenga entrañas de hierro para con el pobre e incluso llegue alguna vez a pisotearlo, a aplastarlo y a arrebatárle inhumanamente el fruto de sus ahorros y sudores. De ahí que el más fuerte oprima al más débil, que el más hábil medite sus artimañas y tienda sus redes. Cábalas, intrigas, calumnias, tramas sordas y pérfidas: todo es válido para medrar. Se amontona, se acumula, y nuestros hermanos despojados lloran y gimen, a menudo buscan [el] pan que nuestros corazones de tigre les han arrebatado. El oro y el dinero: esto es lo único que impresiona a estas almas más duras que los metales que añoran. De igual modo, vemos a los hermanos perseguirse con odio por una herencia módica incluso ante los tribunales, donde se despedazan; a los comerciantes rebasar las medidas de sus colegas; a hombres bastante desprovistos de sentimientos y de humanidad que, para aumentar sus beneficios y multiplicar su propiedad, no tienen vergüenza en sembrar el hambre de provincia en provincia mediante sus pérfidas especulaciones y una estafa infernal. ¿Qué barrera pondremos para detener este diluvio de crímenes, cuya fuente es la codicia? ¿La razón? Pero, ¿qué fuerza tiene sobre los corazones ambiciosos y avaros? ¿Acaso alguien ignora que no debemos hacer a nuestro hermano lo

que no deseamos [que] nos hagan [a nosotros mismos]? Y, sin embargo, ¡cuántas iniquidades! ¿Las leyes? Pero, ¿alcanzan a cubrir todas las injusticias? Y aunque las cubriesen, es [fácil] escaparse de ellas; ¿acaso no vemos a diario cómo el dolo y el fraude salen triunfantes incluso del templo de la justicia? ¡Cuántos medios para burlar la integridad y la vigilancia de los jueces! ¿Acaso una elocuencia artificiosa, las intrigas del favor, el perjurio y los falsos testimonios no romperán a menudo entre las manos de la justicia la espada alzada para defenderla? Por tanto, sólo queda la religión para, haciendo respetar nuestras propiedades, poder detener el brazo de los ladrones. Sí, la religión envía a los infiernos con el rico epulón a los especuladores, que, con su bárbaros negocios e infernal ferocidad, devoran en vida a los pobres, a las viudas y a los huérfanos. Para los avaros es para quienes Dios aviva un fuego eterno que les servirá de sepulcro. Para esos tiranos secretos, para esas arpías camufladas cuyas manos se llenan de un oro injusto, para ellos es para quienes la religión escribe a diario en ese gran libro que será abierto a los ojos del mundo entero y es ella la que grabará eternamente en él esta sentencia fulminante por los crímenes injustos: «No entrarás en el cielo mientras tengas un solo escudo de tu hermano. Restitución o castigo eterno».

Finalmente, la tercera causa de las disensiones es el odio y la venganza. Aunque nuestro corazón es capaz de los afectos más dulces, también experimenta amargas impresiones cuando se le aflige y se le ofende. Sin embargo, debe vivir entre una muchedumbre de hombres cuyo mal humor y malicioso carácter [le] hacen sufrir mucho. Por muy manso y paciente que sea por naturaleza, a menudo se encuentra con almas de mal talante que lo provocan, lo ultrajan o hieren su punto más sensible. Está herido en lo

más vivo. Lo calumnian, lo odian, quiere vengarse. Es el grito natural del corazón. De ahí esta máxima expresada, si no de palabra, al menos con sus acciones: odio por odio, ojo por ojo, diente por diente. ¿Vendrá acaso la filosofía a desarmar a estos dos enemigos dispuestos a destruirse mutuamente con las grandes palabras de humanidad, concordia y beneficencia? Lenguaje frío y estéril que no suavizará jamás un corazón que grita sin cesar: «Me vengaré, me vengaré». ¿Y desde cuándo se ha visto que la filosofía haya reconciliado a dos enemigos? ¡Qué digo, les ha permitido degollarse! Pero si yo presento a estos enemigos en una mano la cruz de mi Maestro perdonando a sus verdugos y rezando por ellos, en la otra el brazo vengador de este Dios que se ha reservado la venganza; si les convenzo para que recen, para que invoquen al Señor, ¿podrán acaso entonces pronunciar estas palabras: «Perdona nuestras ofensas como también nosotros las perdonamos a los que nos han ofendido» sin sentir sus manos desarmadas, sin decir con generosidad: «Perezca todo resentimiento de odio, quiero ser perdonado por mi Dios, yo también perdono»? Sí, un buen cristiano perdona; más aún, ama a su enemigo, le hace el bien.

¡Viva, por lo tanto, la religión de Jesucristo, que puede hacer feliz al universo, y mueran, sí, mueran los insolentes que desearían destruirla! En cuanto a nosotros, hermanos míos, no nos limitemos a admirar los beneficios generales que ella ha traído a la tierra; si da a todos la paz con Dios, la paz con nosotros mismos y la paz con nuestros semejantes, recordemos que es para nosotros mismos para quienes distribuye esa triple paz. [Manuscrito 130]

La Misa

Debemos asistir el domingo al Sacrificio de la Misa porque Dios así lo quiere y nuestros más queridos intereses nos lo demandan.

¿Qué es la Misa? Es el mayor, el más universal, el más saludable de los sacrificios que puedan ofrecerse a Dios.

[Es un] sacrificio verdadero. Su materia es, en primer lugar, como la del sacrificio de Melquisedec, un pan y un vino ordinarios, pero bendecidos por la mano invisible del Pontífice eterno, consagrados por su palabra, que ordena a la nada y la nada le obedece, purificados por la virtud del Espíritu vivificador, que renueva todas las cosas. El alimento de nuestros cuerpos se transforma en nuestros altares en alimento para nuestras almas, y algo inanimado y profano se convierte en lo más santo y más animado que pueda existir en el mundo: la augusta persona de Jesucristo. Si bien las formas accidentales siguen mostrándose como siempre ante nuestro sentidos, no obstante la sustancia del pan y del vino ha cambiado realmente y se ha elevado, mediante el prodigio de la transubstanciación, a un orden de cosas divino y admirable: la carne y la sangre de Jesucristo.

Bajo estos signos de muerte, bajo las apariencias del vino y del pan separados el uno del otro, es como el Dios de la Cruz renueva y continúa de una manera incruenta este sacrificio todopoderoso del Calvario, donde su cuerpo sagrado fue separado de su adorable sangre. Aunque fue inmolado, permanece siempre vivo e invulnerable, porque presenta a Dios, tal y como San Juan lo vio en la gloria al pie del trono de su Padre, las cicatrices de sus llagas y las marcas de su inmolación cruenta sobre el Cal-

vario. Sacrificio verdadero, cuya consumación viene dada por la comunión del sacerdote, donde el corazón del hombre sirve de altar para recibir la sangre divina que de allí fluye, donde el fuego de la caridad arde y consume esta sagrada oblación haciendo subir desde ella un suave perfume hasta el trono de la divinidad, y atrae bendiciones mucho más abundantes que las de esas antiguas libaciones, cuyo humo se esparcía por los aires y era aceptado por el Cielo como un sacrificio de agradable olor.

En efecto, ¿qué son todos los sacrificios humanos al lado de esta víctima infinita? Aunque se quemasen todos los árboles del Líbano, decía el profeta Isaías, aunque se inmolasen sobre una inmensa hoguera todos los rebaños que allí pacen, este holocausto no sería aún nada a causa de la grandeza de Dios. *Non sufficient ad holocaustum* (Is 40, 16). Y nosotros podemos añadir además: aunque quemásemos ante Dios todos los bosques del mundo, aunque todos los hombres de la tierra y los ángeles del cielo y todas las criaturas visibles e invisibles acabaran inmolándose en honor de la divina majestad, todo eso no sería sino una sombra de sacrificio al lado del sacrificio infinito y eterno del Hombre-Dios, que se inmola por nosotros en todo instante y en cualquier lugar del mundo.

Ahora bien, hermanos míos, ¿creéis que nuestro Dios ha establecido un sacrificio tan grande y tan formidable, para que los fieles lo dejen de lado y lo abandonen durante los días santos? ¿Creéis que ha restablecido en este sacrificio todas las propiedades de los sacrificios de la antigua ley –que no eran sino su símbolo–, para que nos sintamos menos obligados a participar en él que el antiguo pueblo, que tan a menudo se veía obligado a ofrecer a

Dios, por manos de los levitas, ora sacrificios de holocausto y de propiciación, ora víctimas impetratorias y de acción de gracias? Y, por lo tanto, ¿será la Santa Misa el sacrificio exclusivo de los sacerdotes y no el de todos los cristianos del mundo? Cuando Jesucristo nos impuso la obligación de celebrar un sacrificio tan formidable con estas memorables

palabras: «Haced esto en memoria mía», ¿acaso quería que los seglares se separasen de él, viviesen en el olvido y en la ausencia de tamaña maravilla? Todo sacerdote, dice San Pablo, está establecido por Dios para ofrecerle sacrificios por sus pecados y por los del pueblo; por lo tanto, el sacrificio de nuestros altares es tanto el sacrificio de nuestros fieles como el del sacerdote, y el seglar es tan culpable de no asistir a él como lo sería el sacerdote que desdenase ofrecerlo. Si en virtud de la ordenación el sacerdote está obligado a ofrecer a Dios la Santa Misa, en virtud de su bautismo cada fiel, convertido en miembro vivo del Sacerdote eterno que aquí es víctima y verdugo, tiene también una especie de sacerdocio que cumplir; es decir que debe ser, como su divino jefe, víctima y verdugo: víctima, anulando ante Dios su cuerpo, su espíritu y su corazón; verdugo, uniendo la inmolación de su persona a la de la víctima celestial que los sacerdotes ofrecen en nombre de la Iglesia y por toda la Iglesia.

Sí, cristianos, entended bien hoy vuestros deberes; reconoced en esto vuestra dignidad. Si es necesaria a todo hombre llegado al uso de razón la unión de [sus] buenas obras a la muerte de Jesucristo en el Calvario, igualmente necesaria para agradar a Dios es la unión moral de la ofrenda de vuestra persona al sacrificio de Jesucristo en nuestros altares. Sois miembros de Jesucristo; [ahora

bien], un miembro no puede estar separado de su cuerpo sin perder la vida. De igual modo, vosotros no podéis estar separados del sacerdocio y del sacrificio de Jesucristo sin que seáis miembros muertos. Además, todos tenéis funciones de sacerdotes a desempeñar, porque San Pedro os nombra a todos como sacerdocio real, *regale sacerdotium* (1 P 2, 9). Debéis venir todos a inmolaros a Dios al pie de nuestros altares. Es doctrina de todos los Padres de la Iglesia que, al igual que el pan y el vino formados de diversos granos de trigo y de uva son la imagen de la multitud de fieles reunidos en un solo cuerpo para inmolarse a Dios y ser transformados en Él, de igual modo sería deseable que todo el cuerpo de los cristianos estuviese tan presente en nuestros santos misterios como lo está la materia del sacrificio que los representa.

Todos debéis venir a inmolaros a Jesucristo al pie de nuestros altares, pues tal [es] la disposición de nuestra religión: que todos los cristianos de la tierra y de los cielos, unidos a Jesucristo, están destinados a permanecer perpetuamente ante Dios como un inmenso holocausto ofrecido a su soberana majestad. De modo que San Agustín no duda [en] decir que la ciudad rescatada es el sacrificio eterno de la Santísima Trinidad y que el misterio del Cuerpo de Jesucristo no está completo mientras no se unan todos los miembros para ofrecerse en Él y con Él; por eso en la Misa se establece visiblemente un intercambio recíproco de oraciones entre el sacerdote y el pueblo, por eso todos los allí presentes son considerados por la Iglesia como los que ofrecen su propio sacrificio. *Pro quibus tibi offerimus vel qui tibi offerunt* [Canon romano].

Pero, como [las] ocupaciones diarias de la vida no permiten a todos los fieles asistir a todos nuestros sacrificios, la Iglesia sólo ha exigido durante los sacrificios ordi-

narios de la semana la presencia de un asistente, quien, en ausencia del pueblo, intercambia en su nombre con el sacerdote oferente. Pero no ocurre lo mismo con los sacrificios de los días santos. Caminando tras las huellas de los Apóstoles, que reunían a los fieles el primer día de la semana, celebraban los sagrados misterios al resplandor de una multitud de antorchas y les distribuían a continuación el pan celestial, ella fijó el domingo como momento preciso en el que estamos todos obligados a asistir a la Santa Misa; y, desde entonces, cualquiera que se sustraiga a esta sagrada obligación sin una necesidad imperiosa, es reo de pecado grave y se expone a todos los anatemas. Y, en efecto, independientemente de la ley eclesiástica, ¿acaso la ley divina no nos obliga a santificar los días del Señor? *Memento ut diem sabbati sanctifices* (Ex 20, 8). Ahora bien, ¿qué obra de piedad puede santificar mejor los días sagrados que la asistencia al más santo, al más saludable de los sacrificios? ¿No es acaso la Misa el regalo más hermoso que el hombre pueda ofrecer a Dios en ese día y a la vez la más magnífica recompensa que Dios pueda dar al hombre que se lo ofrece? Y, en efecto, en la asistencia religiosa al sacrificio de nuestros altares [se] halla la práctica de las más hermosas virtudes del cristianismo. Virtud de fe: es el acto más solemne de nuestra creencia en impenetrables misterios, en la existencia de la muy augusta Trinidad, ya que ofrecemos al Padre este sacrificio, siendo el Hijo la víctima y el Espíritu Santo el fuego que la consume. Virtud de esperanza: por él, el alma se llena de gracias y encuentra una prenda segura de nuestra resurrección futura. Virtud de caridad: en este sacrificio es donde el corazón se impregna de los más dulces y sublimes sentimientos del amor divino, del sentimiento de una unión íntima de espíritu y de cuerpo con el cuerpo y el alma del Dios de la Eu-

caristía. Virtud de humildad: ahí es donde el espíritu y el corazón se repliegan, se abajan en la profundidad de la nada de donde salieron, mientras el cuerpo se inclina y se prosterna por tierra ante la majestad de la Víctima soberana.

El sacrificio de la Misa encierra el tributo más perfecto de adoración y de acción de gracias, de expiación y de oraciones que podamos ofrecer a Dios para honrar a su divina majestad y obtener todos los auxilios que nuestras diversas necesidades reclaman; de modo que privarse de Dios el domingo es traicionar a la vez tanto los intereses de su gloria como el de toda la Iglesia y el nuestro personal.

[Manuscrito 111]

María - La Visitación

Et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me? (Lc 1, 43). Humildad. *Exsultavit in gaudio infans in utero meo.* (1, 44). Deseo. *Magnificat.* Alegría.

Nada más justo, hermanos míos, que la criatura se humille cuando su Creador la visita; y el primer tributo que le debemos cuando se digna acercarse hasta nosotros, es el reconocimiento de nuestra bajeza. La consideración de nuestra nada ante la majestad infinita debe producir un religioso temor. Ése es el primer sentimiento del hombre ante la divinidad y no me extraña nada oír exclamar a San Pedro a la vista de los milagros de Jesús: *Exi a me, quia homo peccator sum* (Lc 5, 8); ni al centurión: *Domine, non sum dignus* (Mt 8, 8); ni siquiera las palabras de Isabel: *Et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me?*

Por lo tanto, debemos meditar sobre estas palabras. Como Isabel: 1° el asombro y la sorpresa al ver la dignidad de Jesús; 2° un respeto afectuoso, producido por la con-

sideración de la visita amorosa que su Dios le hace y del honor que le procura: *Et unde hoc mihi...* Haga lo que haga por merecerlo, Señor, me quedo confundido. Pongo mi

corazón humillado en tus manos, contentándome con reconocerme culpable y confesar mi impotencia. En efecto, ¿cuáles son nuestras cualidades para presentarnos ante la grandeza y la sublimidad de todo un Dios? Por naturaleza, sólo tenemos lo que Él nos ha dado: un cuerpo y un alma. Si hemos adquirido algunas cualidades, ellas provienen también de Él. Ni la posición que ocupamos, ni nuestros pretendidos méritos, nada nos da derecho a acercarnos a nuestro Dios, porque Él no es nada que nos pertenezca y nuestra única cualidad [es] la nada.

Así es como la majestad suprema nos empuja [hacia] nuestra bajeza, mientras que nuestros crímenes nos alejan de su divina bondad; sí, nuestros crímenes. Aunque Dios me haya dado todo lo que poseo, aunque no tenga nada propio, si soy su amigo, eso me basta. La cualidad de su amor se convierte para mí en la de mi confianza; pero si he añadido a mi bajeza un fardo espantoso de iniquidades, si un peso inmenso de pecados reposa sobre mi debilidad, ¡oh!, entonces la nada no me parece lo bastante profunda para el peso que me empuja, para la fuerza que me aleja de Dios. En efecto, ¿quién es este ser soberano ante el que me atrevería a presentarme como enemigo? Es Aquél cuya dignidad es tan alta que hace de Él un ser único, un ser que existe solo, un rey ante cuyos ojos todos los reyes buscan la nada, un Señor único en su majestad, inaccesible en su trono, incomparable en su poder. Es [el] soberano grande, dice Tertuliano, que no puede tolerar nada igual a Él y que, por la singularidad de su perfección, forma en sí mismo una soledad. *Solitudo-nem de singula-*

ritate prestantiæ. ¡Oh, soledad verdadera-mente augusta y digna del respeto más profundo!, ¿quién podría comprenderte? ¡Oh, gran soberano, oh, Dios eter-no, singular en todo, inaccesible en todo, único en todo!, sólo a ti podemos decir: «¿Quién es semejante a ti, Señor?» *Qui similis tui, Domine* (Ex 15, 11): profundo en tus consejos, terrible en tus juicios, magnífico y admirable en tus obras. Pero, si eres tan grande, tan majestuoso, ¡maldito quien se hace grande ante ti, malditas, malditas las cabezas soberbias que se presentan erguidas y elevadas ante tu faz! Tú golpeas estos cedros y los arrancas de raíz. Tocas estas orgullosas montañas y se desvanecen como el humo. Por lo tanto, dichosos los que, al sentir que te acercas, temen levantarse ante ti, los que se envuelven en su nada y ocultan el rostro a su pecado. Dichosos los que gritan con el profeta: «Dios grande, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, qué los hijos de los hombres para que te dignes visitarlos?» Entonces, como ellos se han escondido, tu faz los ilumina; como te los ha alejado un santo respeto, Tú los buscas personalmente; como se han echado a tus pies, tu espíritu se ha posado sobre ellos; como se han reconocido indignos de poseerte, Tú quieres ser para ellos su porción; finalmente, como tienen horror de ser hombres, tu gozo es convertirlos en dioses: *Dii estis* (Sal 82, 6). Humillémonos, pues, hermanos míos, ante esta soberana grandeza. Reconozcamos lo que somos ante Él por naturaleza, pero sobre todo lo que somos por su gracia. Aquí es donde os interpelo a vosotros, pecadores, a quienes Él ha convertido; a vosotras, ovejas que ha rescatado; a vosotros, antes hijos de las tinieblas, a quienes su gracia ha convertido en hijos de la luz: ¿quién os ha merecido un favor semejante? ¿Es acaso a vuestros esfuerzos y méritos a quienes debéis esta preciosa dicha de la que pronto

gozaréis? ¡Oh, no, hermanos míos, apenas tenéis parte en eso! A su gracia y a su misericordia es a quienes debéis

tal favor. En efecto, este Dios tan bueno, tan dulce, ¿no es acaso el que se acordó de vosotros cuando más esfuerzos hacíais por olvidarlo? ¿Acaso no os persiguió cuando huíais de Él con más ardor? ¿Acaso no os atrajo cuando más merecíais su venganza? Y a vosotras, almas sublimes, si hay alguna en este auditorio, que habéis vivido en el mundo como si no vivieseis en él, ¿quién os ha inspirado este desprecio por el mundo y por vosotras mismas? Digamos pues: *Unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me?* Y seremos juzgados dignos [como] el centurión, Pablo y Juan Bautista.

La humildad debe escondernos bajo tierra; pero el amor y la caridad deben perdernos en Dios... Dios, en el centro de su abundancia, desea, en palabras de San Gregorio, ser deseado. Tiene sed del amor de los hombres. Los hombres desean nuestra estima para recibir algo de nosotros, y Dios desea nuestros corazones para llenarnoslos. Fuente viva y abundante de todo bien, Él ofrece a los hombres de paso por la tierra las aguas puras de su gracia para que vengan a calmar su sed. Si están cubiertos por el polvo y las inmundicias del pecado, Él los lava sin contagiarse de mancha. Los refresca sin disminuir su plenitud, siempre rica, siempre abundante; derrama sus dones sin agotarse; y si algo echa en falta, es precisamente saciar los corazones que no quisieran lanzarse a esta fuente de vida, que no desearan refrescarse en esta sangre. Es una fuente, pero una fuente inflamada. Lleva el fuego y la luz. Fluyendo en el alma, extiende por ella ese vivo fulgor que le revela esa belleza primitiva que perdió. Dispersa los nubarrones que oscurecen la inteligencia. Gustar, tocar a su Dios, ya no es un

misterio. Lo siente en su corazón. Su llama se le comunica...

No, Dios mío, grita el alma en dulce éxtasis. Que no se esfuerzen ya en probarme que existe un cielo, que existe un paraíso. Yo mismo lo siento, lo saboreo, ¡oh, Dios mío! ¡Oh, sol de justicia!, si tus rayos tienen tanta claridad en la envoltura de este misterio, ¿qué no será cuando estén al descubierto, qué no será cuando esta luz penetre toda mi sustancia?... [Manuscrito 153]

La Iglesia

¡Qué hermosa es esta Iglesia, que conserva el depósito de la doctrina que le confiaron los primeros discípulos sin haber sufrido ningún cambio, ninguna variación, manteniéndose contra las opiniones de cada siglo en un estado fijo e invariable, mientras que todas las opiniones de los filósofos han cambiado con sus discípulos, mientras los jefes de las sectas han tenido tantos sentimientos diferentes como las circunstancias y sus intereses lo requerían, mientras de todos los corifeos de la filosofía de hoy no hay siquiera dos que puedan alardear de tener el mismo sistema y de coincidir en todos los puntos de su creencia!

¿Pero para qué seguir aportando más pruebas de una verdad tan evidente y tan palpable? No es preciso tanto convencer al espíritu cuanto arrastrar al corazón. No hay ningún impío que pueda resistir bajo este peso inmenso de luz que lo abrumba y lo deslumbra; ¡todos, si van con buena fe, dirán que están convencidos!, pero les falta una cosa: es el propósito firme y generoso de poner en práctica sus consecuencias. Nadie duda en admitir los hechos infinitamente menos ciertos de la historia profana, en creer en la existencia de Sócrates, en las conquistas de Cé-

sar y de Alejandro, porque con esta creencia uno puede [seguir siendo] vengativo e injusto, porque esta creencia no obliga a reprimir pasiones fogosas, a hacerse la guerra a sí mismo.

Pero admitir la divinidad de la Iglesia, las pruebas invencibles de sus milagros y querer vivir igual, es una incongruencia tan asombrosa que se prefiere mejor criticar todo, negar a Jesucristo, decir que Dios no existe; pues a esto conducen las pasiones, semejantes a un mar picado que ha roto sus diques. Porque una vez que [han] franqueado las barreras del pudor y de la inocencia, pronto franquearán las últimas barreras de la fe. Nada cuesta cuando se da el primer paso. Siempre precavidos, siempre en guardia contra todo lo que pudiera hacerles conocer la verdad, ellos previenen sus consecuencias y, no queriendo admitir lo que les molesta, prefieren negar frontalmente todo principio antes que dar pie a la verdad sobre ellos. Pero llegará un día en que el fantasma de las pasiones se desvanecerá. ¡Qué desgraciados serán estos hombres que únicamente abrirán los ojos a la religión en el momento de ser aplastados bajo sus rayos! Su ojo extraviado atravesará entonces hasta esta montaña santa donde Dios, mil veces más terrible que en el Sinaí, les recordará sus leyes para juzgarlos y confundirlos. [Manuscrito 107]

II.- LA MISIÓN

Instrucciones de la misión: reavivar la fe

¿Qué medios tenemos para instruirnos? En cualquier otra circunstancia me extendería sobre los medios ordinarios, tales como las santas lecturas, las piadosas conversaciones, las consultas a un director competente, los sermones y otras instrucciones de la parroquia. Pero estamos en una circunstancia extraordinaria, en el tiempo de la misión, y lo esencial para todos [es] aprovechar las instrucciones que serán adaptadas a las necesidades de cada uno de vosotros.

En primer lugar, unos han podido perder la fe, bien oyendo los discursos de los impíos o bien leyendo malos libros. Tienen nubes en el espíritu que hace falta disipar, dificultades que resolver. En vano se les anunciaría las grandes verdades de la religión; al no conocer sus fundamentos, podrían transformarlas en duda. Por lo tanto necesitan pruebas; se las darán. Conferencias dogmáticas de nueva naturaleza les presentarán una cadena de principios y de consecuencias avaladas por la recta razón, la cual les convencerá evidentemente de que la religión de Jesucristo es una religión divina.

Pero, [una vez] iluminado [su espíritu], faltará aún comprometer su voluntad con el bien. Por eso, se les predicará esta palabra de Dios que lo anuncia con fuerza y magnificencia, esta palabra de Dios que sacudirá los cedros del Líbano y el desierto de Cadés, y todos cantarán la

gloria del Señor en su templo: *Vox Domini in virtute, [...] confringentis cedros [...] et desertum Cades, et omnes in templo dicent gloriam [Domini]* (Sal 29, *passim*). Porque llegarán días en que los muertos oirán la voz de Dios y serán llamados de nuevo a la vida. *Quia venit hora et nunc est quando mortui audient vocem Filii Dei* (Jn 5, 25).

Podrá ocurrir que una primera instrucción no os impresione, o que una segunda y una tercera os dejen insensibles; pero haremos como el que quiere partir la piedra. Si no lo logra con un primer martillazo, le da un segundo. [Si] el segundo no le hace nada, le da un tercero y así sucesivamente hasta que la piedra quede partida. ¡Pues bien!, nosotros también utilizaremos el martillo de la palabra de Dios. Golpearemos con golpes redoblados sobre vuestro corazón de piedra. Si los primeros golpes no lo conmueven, le daremos veinte, treinta, sesenta si hace falta, hasta que ese corazón de pecado acabe debilitado, roto y suavizado por la contrición, ablandado por el arrepentimiento, renovado en la virtud. *Quia venit hora [...] quando mortui audient vocem Filii Dei*.

Lo que el profeta Ezequiel había percibido en una visión milagrosa, se realizará para nosotros. Este hombre de Dios vio un vasto campo cubierto de huesos de muertos. Quedó espantado por estos muertos, presa del horror a la vista de estos muertos. Entonces el Señor le ordenó levantar su voz y decir: *Ossa arida, audite verbum Dei* (Ez 37, 4). Y vio enseguida cómo todos esos huesos se movían, se reunían, se cubrían de músculos, de carne, de piel y ofrecían el espectáculo [de un] campo cubierto de una multitud de hombres vivos. Ahora bien, hermanos míos, si la luz de Dios me iluminase, ¡cuántos muertos no descubriría en este auditorio! No hay más que violar un man-

damiento de Dios o de la Iglesia para estar muerto a los ojos de la religión. ¡Oh, gran Dios, cuántos huesos áridos veo aquí bajo estos rostros de hombres vivos! ¡Quién no se asustaría de ellos! Unos están muertos a la religión por sus blasfemias; éstos están muertos a la pureza por su libertinaje; aquéllos, a la templanza por su desenfreno; éstos, a la justicia por su usura. ¡Oh, cielo, cuántos muertos ante nosotros!

Pero han llegado los días en que podemos decirles: «Huesos áridos, despertaos, escuchad la voz de Dios». *Ossa arida, audite verbum Dei*. Y tenemos todo el derecho a creer que a esta voz no sólo los muertos resucitarán, sino que además los ciegos verán, los cojos andarán, los mudos hablarán y todos cantarán la gloria del Señor en su templo. Pues para ellos se abrirá además otro tipo de instrucción. Los ciegos son los que viven ignorando sus principales deberes, o los que se forjan burdas ilusiones acerca de los puntos esenciales de la ley de Dios. Los cojos son los que no caminan rectamente por los senderos de la justicia. Los mudos son los que disfrazan o esconden sus pecados en el tribunal de la penitencia. A todos éstos se les iluminará la conciencia mediante conferencias morales que les indicarán sus fallos y sus deberes. Serán como tantos espejos en los que poder reconocerse y juzgar sobre la belleza o fealdad de su alma.

Finalmente hay aún una cuarta clase de personas a las que nos esforcemos por llegar. Son las que, en estos tiempos de revolución, han tenido una educación religiosa completamente descuidada, las que no han sabido jamás o han olvidado los elementos de la religión necesarios al cristiano para salvarse. Y este número hoy, tanto en las ciudades como en los pueblos, es mayor de lo que se

piensa. Para ellos habrá además en esta iglesia instrucciones familiares, puestas al alcance de los sencillos. ¡Dichosos los que asistan con asiduidad! Sacarán de ellas frutos más duraderos de lo que creen. Por lo demás, sea cual sea el tipo de instrucciones que oigáis, respetadlas todas, pues todas serán palabra de Dios. [Manuscrito 92]

La salvación: el único asunto de nuestra vida

¿Qué entendemos con estas palabras: la salvación es el único asunto? Con ellas entendemos que éste es un asunto que nunca debemos perder de vista, un asunto que debe ser el culmen, el centro adonde confluyan todos los demás asuntos.

Debemos tenerlo ante los ojos, según el Apóstol, como un atleta que mira fijamente la corona en medio del estadio, como un guerrero que combate por la victoria, como un viajero que se apresta a regresar a su patria a través de un país enemigo, de caminos llenos de trampas y escollos.

Ni los unos ni los otros actúan por el placer de la carrera, del combate o del viaje. Su objetivo, su fin es la corona, la victoria, la patria que desean y buscan.

Y así es como todos nuestros trabajos, todas nuestras empresas deben tender únicamente a procurarnos la corona de la salvación, porque ése es el único fin, porque ése es el único deseo de nuestro corazón de hombre.

[Manuscrito 129]

El pecado

Vide quia amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum (Jr 2, 19).

Con estas palabras el más sublime de los profetas se dirigía a un pueblo amado y siempre infiel, para imbuirle del más justo y profundo dolor por haber ofendido a su Dios. Por lo tanto, con toda la razón os la dirijo a vosotros, hermanos míos, tanto si vuestra vida camina por la justicia como si continúa aún en el pecado, ya que, seáis quienes seáis, si queréis ser sinceros, debéis reconoceros pecadores. *Vide quia amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum.*

En efecto, sea cual sea nuestro estado presente, nos es útil, nos es ventajoso meditar sobre el odioso carácter del pecado mortal y sobre sus peligrosas secuelas. ¿Sois justos? Ya tenéis bastante con ello. Por desgracia, vivís quizás en una triste indiferencia por vuestros pecados pasados. Debéis reprocharos tantos extravíos en vuestra juventud, tanta relajación, tanto desenfreno, tantas iniquidades de vuestra vida pasada y ni siquiera lloráis por ello; necesitáis incluso, como David arrepentido, regar vuestro lecho con lágrimas, como la Magdalena convertida, bañar con vuestros lloros los pies de Jesucristo. Y, sin embargo, habéis olvidado todas vuestras iniquidades pasadas, vivís como si no debieseis hacer más penitencia en este mundo. Por lo tanto, os resulta útil y ventajoso acordaros hoy con el profeta: *Vide quia amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum.* Por eso, al dirigir en todo este discurso la palabra a los pecadores impenitentes y a los pecadores convertidos, al no separar mi condición de la vuestra, os mostraré hasta qué punto nos hemos hecho culpables

ante Dios pecando, hasta qué punto el pecado ha atraído desgracias sobre nuestras cabezas. *Quia amarum.*

[El] pecado, mal injurioso a Dios, único mal del hombre. El Señor tiene sobre los hombres dos razones que hacen del pecado una cosa horrible, una monstruosidad que ni osaría sospechar el hombre inteligente si únicamente tuviésemos la prueba de lo contrario.

Os atrevéis a pecar, a poner bajo el poder del demonio vuestra alma, la imagen viva de la divinidad, esta alma tan querida a Jesucristo que no ha dudado en dar su vida para salvarla; y vosotros osáis desfigurarla, mancillarla mediante el pecado. ¿Pensáis en ello, pecadores, cuando ofendéis a vuestro Dios? ¡Ah!, decidme, si cuando estáis a punto de pecar, agitados por una violenta pasión, alguien con celo tomase la imagen ensangrentada de Jesús crucificado, os la presentase y os dijese: «¡Y queréis satisfacer este odio, entregaros a esta impudicia, desgraciados!; entonces, o tenéis que desistir o cometer un doble crimen: aquí tenéis la imagen de vuestro Dios muerto, pisoteadla si queréis ser culpables, o, si ella os conmueve, besadla cariñosamente y haced este sacrificio al Dios que se sacrificó enteramente por vosotros»; en ese caso, estoy convencido de ello, os quedaría bastante religión como para respetar este objeto sagrado, para no ultrajar la imagen de Jesucristo. Sin embargo, ciegos como estáis, no es una imagen muda e inanimada de vuestro Dios la que pisoteáis al pecar, sino vuestra alma, la imagen más viva de la divinidad, vuestra alma tan querida para Jesucristo que no ha dudado en preferirla a su vida. A esta alma es a quien dais la muerte; y, si Jesucristo no hubiese muerto ya por ella, para rescatarla tras el pecado que va a cometer, habría que volver a morir en una cruz en medio de las torturas...

El pecado, mal del hombre en el tiempo y en la eternidad. Si no hubiese pecados en la tierra, disfrutaríamos de una vida pura y serena, de una vida inmortal en la morada

feliz en que Dios colocó a nuestro primer padre; las tinieblas de la ignorancia no ofuscarían jamás nuestro espíritu; las rebeliones de la concupiscencia no dominarían jamás nuestro corazón; ni los rigores de las estaciones, ni las intemperies del aire, ni los horrores del hambre, ni las plagas de la guerra y de la peste, ni los estragos espantosos de la muerte fatigarían, consumirían ni destruirían nuestros cuerpos; nuestra herencia serían la paz, la serenidad y la eterna juventud. Pero, ¡oh, castigos terribles del crimen! El hombre desobedeció a Dios y todo se rebeló contra él. El hombre sigue multiplicando hoy sus crímenes y Dios los castigos sin que, sin embargo, nos corriamos. Si dudaseis de esta verdad, me bastaría con haceros el recuento de los pecados de los hombres y veríais, a su lado, el de sus desgracias. Veréis la desobediencia de nuestros primeros padres castigada mediante castigos que aún pesan sobre nuestras cabezas, la corrupción de toda la humanidad ahogada en un diluvio universal, los crímenes infames de Sodoma aniquilada en las llamas que devoraron a las ciudades de la Decápolis, la temeridad de Natán, de Antíoco, el deicidio de la nación judía castigado cuarenta años después de la muerte de Jesucristo por la ruina de Jerusalén y por la dispersión de este pueblo que, repudiado en toda la tierra, lleva aún grabado en su frente que un Dios vengador lo ha castigado.

Pero, sin ir tan lejos, ¿acaso no llevamos nosotros la pena de esta amenaza? En efecto, hermanos míos, recorred Europa entera y veréis por todas partes la desolación general, pues por todas partes hay grandes crímenes que han provocado al Señor y derramado sobre nosotros la copa de su cólera. Recorred las ciudades y veréis el comercio extinguido, las bancarrotas, la opresión general y diréis: «He aquí los males por nuestras injusticias. El Se-

ñor nos ha castigado». Recorred vuestros pueblos y los veréis desprovistos de gente, desprovistos de jóvenes y diréis: «He aquí el castigo».

Pero todo esto no es más que una simple muestra de las desgracias del pecado; la iniquidad no siempre es castigada en la tierra. En la eternidad es donde conoceremos su fealdad. ¡Abríos, bóvedas infernales, dejad entrever esas hogueras ardientes que el pecado ha encendido; dejadnos oír los gritos de rabia de esos pecadores impenitentes! ¿No veis a esa multitud de pecadores que se agitan, que se retuercen en medio de olas inflamadas? ¡Oh, lástima que no pueda imitar sus gritos desgarradores y sus quejas inútiles, que no pueda mostraros cuál es su desesperación por haber pagado tan caro un placer momentáneo!

[Manuscrito 135]

La confesión ¹⁹

Quomodo Christus surrexit a mortuis ita et nos in novitate vitæ ambulemus (Rm 6, 4). Como Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, así también nosotros debemos salir de las tumbas de nuestros crímenes para entrar en una vida nueva.

Cuando la santa Iglesia celebra con tanta pompa y alegría la gran solemnidad de este día, lo hace tanto para dar útiles lecciones al pueblo cristiano como para ofrecer a todas las miradas [el] espectáculo glorioso de Jesucristo,

¹⁹ Este sermón está incompleto: faltan uno o varios folios. Presentamos aquí únicamente el exordio y la segunda parte, *Las ventajas de la confesión*.

su celestial fundador. Sin duda, encargada de defender aquí abajo los intereses de la gloria de su divino Esposo, no debía escatimar nada para ensalzar el brillo de la solemnidad de su triunfo, para hacer célebre por siempre este día, el más hermoso de los días, el día que el Señor ha hecho, este día en que el Salvador Jesús, mostrando al universo una fuerza verdaderamente divina, salió vencedor del sepulcro y pudo decir a la muerte, orgullosa hasta entonces de sus despojos: «¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu victoria? «¡Oh, [muerte]!, ¿dónde está tu aguijón?» *O mors, ubi est victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus?* (1 Co 15, 55). Pero, a la vez, como madre atenta y celosa de la salvación de sus hijos, la Iglesia no debía dejar pasar un día tan hermoso sin volver su mirada hacia ellos mismos y sin comprometerles, mediante los más alegres cánticos y el boato de las ceremonias más majestuosas, a celebrar tanto la resurrección espiritual de su alma como el triunfo de Jesús sobre el sepulcro. *Quomodo Christus surrexit...*

Por eso, así como en otro tiempo el profeta Jonás dio a la gran Nínive cuarenta días para hacer penitencia si quería evitar una sentencia de muerte, así la Iglesia, depositaria de las misericordias y de los anatemas del Señor, ha hecho preceder este gran día de cuarenta días de santas instrucciones, de ayunos y oraciones, y, uniendo a la dulzura de sus invitaciones la autoridad de una espada espiritual que da la muerte a todos a quienes golpea, ha declarado culpable de un crimen digno de muerte a cualquiera que dejase pasar el santo tiempo de

Pascua sin disponerse a la resurrección espiritual. *Quomodo Christus surrexit...* Ahora bien, hermanos míos, ya hemos recorrido la mitad del camino pascual, ¡y cuántos hay que todavía no han resucitado mediante una san-

ta confesión! ¡Cuántos que aún no se han descargado de un peso de iniquidades más enorme que la piedra que cubría el sepulcro del Salvador! ¡Cuántos que aún no han descubierto tantas debilidades, tantas costumbres pecaminosas que les hacen ser aún más cautivos que los aromas y el sudario que envolvían a Jesucristo! ¡Cuántos que todavía no han roto el silencio que los muertos guardan en su tumba, que permanecen aún sepultados en su pecado, sin pensar que deben salir de su abismo revestidos de santidad y justicia como Jesucristo salió del sepulcro con todo el brillo de su gloria y de la más resplandeciente majestad! *Ut quomodo Christus surrexit...*

¡Ay, cuántos ciegos miran hoy la práctica de la confesión sacramental, que nos resucita, como práctica supersticiosa inventada por el fanatismo para vejar y torturar las conciencias, que sólo hablan de ella con una amarga sonrisa y un tono de desdén! ¡Cuántos hombres irreflexivos que, aun respetándola todavía, pasan años enteros, exponiéndose a todos los peligros de la vida, marchan incluso a los peligros de los combates sin someterse a una ley tan imperiosa! Aprovechemos, pues, hoy de un auditorio tan amplio para promulgarla de nuevo y para haceros conocer primero su obligación indispensable ²⁰, segundo sus inapreciables ventajas. *Regina cæli...*

Las ventajas de la confesión.

La confesión es una fuente de gracias, de luz y de arrepentimiento. El pecado es un hijo de las tinieblas que nace a menudo de la ceguera del espíritu y que aumenta siempre los prejuicios y las nubes del alma en que ha nacido;

²⁰ Omitimos aquí esta primera parte, cuyo texto se puede encontrar en el libro *Notes de prédication* (sólo en francés), páginas 250 a 260.

por lo tanto, para reparar sus funestos efectos, es necesario que los rayos de la verdad eterna penetren hasta el fondo de nuestros corazones alumbrando sus recovecos con nuevas claridades. El pecado es además un regocijo interior, una delectación del corazón en el mal; por consiguiente, para expiarlo, es necesario que la penitencia haga experimentar al alma pecadora luchas, aflicciones y amarguras saludables. Pues bien, he aquí la doble ventaja de una confesión bien hecha: ilumina el espíritu y doma el corazón de los culpables.

En efecto, fijaos en un gran pecador. Antes de la confesión, ¡qué estado más deplorable, qué grande su estupidez, que espantosa su insensibilidad! Se diría que cuanto más culpable es, más lleno de engaño y de orgullo está. Únicamente se percata de la fealdad y corrupción de sus llagas como a través de un velo que apenas las transparenta. Es frío, indiferente a todas las transgresiones. Por más que se haya reconocido culpable de mil ingratitudes para con Dios, su Padre, de mil rebeliones para con la Iglesia, su Madre, de mil injurias y perfidias para con los hombres, sus semejantes; por más que él mismo se haya manchado en infinitas obras de corrupción y de horror, poco importa: las tiene por nada, con tal de no ser un ladrón y un asesino declarado. Está tan ciego que abruma todos los oídos con el relato enfático de la rectitud de su alma, de la sensibilidad de su corazón, de la honradez, de la virtud irreprochable de su conducta. Está tan endurecido que, oyéndolo, Dios debe perdonarle todo sin tardanza, y él no tiene nada que temer de la santidad de sus juicios o del terror solemne de sus venganzas.

¿Quién disipará, pues, esas tinieblas, quién ablandará ese corazón de piedra? ¿La lectura de libros de piedad?

¡Pero si frecuentemente este pecador no sabe ni leerlos ni entenderlos! ¿Los predicadores del Evangelio? ¡Pero si desde el púlpito no se anuncian a menudo más que verdades generales, de las que muchos no saben sacar consecuencias personales para ellos!... Desde allí se dan unas cuantas pruebas sobre las que pocas personas reflexionan y que la mayor parte no acierta ni siquiera a captar. Por otro lado, hay verdades que no pueden explicarse en público, consejos que sólo pueden darse según las circunstancias, medios de perfección que sólo son válidos para ciertas personas. ¿Quién iluminará, pues, a este pecador? ¿Quién conmoverá, pues, su pobre alma? Raramente, hermanos míos, algo que no sean las luces del confesor, la gracia del sagrado tribunal. Sí, ahí es donde un confesor hábil toma vuestra conciencia como en sus manos, destapa sus rincones y recovecos más tortuosos, sondea sus abismos con preguntas hechas a propósito que le manifiestan vuestras inclinaciones, vuestro genio, vuestro carácter, todas las fuentes de vuestros desórdenes más numerosos y más graves. Revestido por el mismo Dios de un carácter sagrado, él viene a ser vuestro pastor, vuestro médico, vuestro ángel custodio. Como pastor, tiene gracias especiales para conocer los pastos que os convienen o perjudican. Como médico, [tiene la preparación requerida] para trazaros un régimen de vida que os sea saludable, para conducirlos seguros en medio de los escollos y de las tinieblas de esta vida. Bajo la mano de la Providencia, él es para vosotros como un embajador del cielo encargado de ser el órgano de sus designios y voluntades respecto a vosotros. Ministro imparcial de la verdad, sosteniendo en una mano la historia de vuestra vida y en la otra la ley de su Dios, cuyas páginas ha meditado por completo, él compara vuestras obligaciones con vues-

tras obras y, tanto sin disfraz como sin adulación, os dice vivamente como en otro tiempo un profeta a un gran rey: «Hermano mío, tú eres ese hombre». *Tu es ille vir* (2 S 12, 7). Este asunto del que me hablas es injusto: deja de perseguirlo; este contrato es usurero y fraudulento: apresúrate a romperlo; este libro está prohibido: échalo a las llamas; esta persona es peligrosa para ti: haz todo lo que sea por apartarte de ella; esta forma de actuar en la sociedad, estas acciones ocultas que te permites y que hieren el pudor conyugal son pecado, algo detestable, abominación a los ojos del Señor: cambia de conducta o te espera el infierno. *Tu es ille vir*. Con ello, uniendo a esas luces la unción de las palabras más conmovedoras, describiendo ante vuestros ojos toda la fealdad de vuestros crímenes, toda la negritud de vuestras ingratitudes, os emociona, os conmueve, secundado por la gracia. Sus mínimas palabras penetran en vuestra alma entreabierta y la llenan de un desconcierto sobrenatural, de una saludable agitación que golpea vuestro espíritu, conmueve vuestro corazón, hace caer de vuestros ojos abundantes lágrimas y os lleva a exclamar con David arrepentido: «Mis huesos están rotos por el dolor; la amargura me invade a la vista de mis numerosos pecados». *Non est pax ossibus meis a facie peccatorum meorum* (Sal 38, 4). Dichoso conocimiento, dichoso dolor, hermanos míos, mil veces más dulce que todas las voluptuosidades de la tierra y más potente que toda esa vana fuerza de espíritu de la que alardean los hombres impenitentes, pues estas gracias de luz y de arrepentimiento, cuya fuente es la confesión, van además acompañadas por gracias de paz y de fuerza que regocijan al alma y la llenan de una energía totalmente celestial. *Haurietis aquas in gaudio de fontibus salvatoris* (Is 12, 3).

Aquí, hermanos míos, para haceros captar esta idea, escuchemos hablar al rey profeta: «Dichosos, exclamaba, aquéllos cuyas iniquidades han quedado perdonadas y sus pecados cubiertos. Dichoso el hombre a quien el Señor no imputa ningún pecado y cuyo espíritu está exento de engaño y artimañas. Porque guardé silencio, todo en mí se debilitó, incluso envejecieron mis huesos. *Quoniam tacui inveteraverunt ossa mea* (Sal 32, 3). Tu mano, oh, Señor, pesaba sobre mi cabeza día y noche; en mi desolación iba de un lado a otro para distraerme, pero la espina del remordimiento que yo quería arrancar me punzaba más y más. *Conversus sum in ærumna mea dum configitur spina*. Entonces no te encubrí mi injusticia, te confesé mi delito. Me dije: “Confesaré mi iniquidad al Señor”, y Tú perdonaste la impiedad de mi crimen, Tú te convertiste en mi refugio, en el objeto deseado de mis alegrías. *Refugium meum et exultatio mea*. Tú eres mi luz y mi salvación, ¿a quién podría temer aún?; Tú eres mi protector, ¿quién me haría temblar? *Dominus protector vitæ meæ, a quo trepidabo?* (Sal 27, 1). Alegraos, pues, justos, y saltad de júbilo en el Señor; aclamadlo, los de corazón recto». *Lætamini in Domino et exultate, justi, et gloriamini, omnes recti corde* (Sal 32, 11).

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué más necesitáis aún, aparte de estas palabras del rey arrepentido, para mostraros que los pecadores encuentran en la confesión de su crimen una fuente de paz interior y de fuerza contra todas las tentaciones? En efecto, como David, mientras guardan un silencio culpable, todo en ellos se debilita; no tienen ni valor para el bien ni horror de la iniquidad; todo les seduce, todo les arrastra y, en un estado de languidez y desfallecimiento espirituales, pueden decir con él: «Porque no he confesado la indignidad de mi conducta, hasta mis

huesos han envejecido». *Quoniam tacui inveteraverunt ossa mea.* Pero esto no es aún todo; día y noche la mano de Dios pesa sobre sus cabezas, una voz oculta resuena en sus conciencias, un grito de terror les persigue por doquier. Por más que busquen evadirse en las reuniones más concurridas, en el tumulto de los placeres y en el ajeteo de los negocios; por más que busquen calmar los amargos reproches del pasado y las mortales inquietudes del futuro por medio de otras obras buenas, de las más asiduas oraciones, de las mortificaciones más austeras o de las limosnas más abundantes; por más que quieran evitar las casas habitadas y zambullirse en las más profundas soledades; a pesar de todo eso, sus crímenes no confesados se presentan ante su vista por doquier, llenan su alma de tristeza y amargura y, en medio de su cruel desolación, todos los esfuerzos que hacen para cambiar en cualquier sentido no hacen sino hundir más profundamente la espina que les hiera. *Conversus sum in ærumna mea, dum configitur spina.*

Pero que el pecador se alce valientemente por encima de toda vana repugnancia, de toda timidez, de toda falsa vergüenza; que desprecie, que supere esos primeros desconciertos, esas primeras agitaciones de un alma que lucha contra sí misma para decidirse a dar un paso generoso; que, como David, lleno de dolor, exclame ante el hombre de Dios: «He pecado». *Peccavi.* ¡Oh, cómo va a cambiar de aspecto su estado entonces, qué bien va a ser recompensado por la generosidad de sus confesiones, por este golpe mortal que da a su orgullo y a su indolencia! Sí, lo estoy viendo prosternado a los pies de su padre; a medida que desenmaraña el caos de su conciencia, sus numerosos pecados que como serpientes le desgarraban el pecho, huyen de su corazón, se desvanecen ante sus sinceras con-

fesiones; a medida que avanza, siente su alma aliviada; por momentos se detiene, ha pronunciado su acusación, se ruboriza, tiembla, no se atreve a hablar. Su padre le anima, y cuanta más confusión y vergüenza le ha provocado el crimen del que acaba de acusarse, más viva es la alegría, más dulce es la paz que experimenta una vez que lo ha descubierto; finalmente, ha llegado el momento en el que sus acusaciones son perfectas y las pruebas suficientes, en que el ministro de Jesucristo, como otro Natán, va a concederle el perdón de sus faltas de parte de Dios. ¡Oh momento afortunado! ¡Oh espectáculo digno de la atención de la tierra y de los cielos! Sentado en su tribunal como en un trono, revestido de la autoridad de Jesucristo, que ha recibido todo su poder de su Padre, el sacerdote eleva la mano sobre la cabeza del culpable y pronuncia estas maravillosas palabras: *Ego te absolvo a peccatis tuis*.

Enseguida, tan fecundas como las que sacaron al universo de la nada, tan potentes como el sonido de aquellas famosas trompetas que derribaron las murallas de Jericó, ellas hacen salir, desde lo más tenebroso de los abismos, desde un corazón empecatado, una justicia totalmente resplandeciente; ellas derriban el muro de la separación levantado entre Dios irritado y su culpable criatura. Llevadas por las alas de los ángeles, ellas abren las puertas eternas. Dios, desde lo alto de su trono, deposita sobre este otro David las dulces y tiernas miradas de un padre, ratifica la sentencia e inscribe el nombre del nuevo justo en el libro de la vida; toda la corte celestial resuena en acción de gracias y en cánticos de júbilo con efluvios aún más vivos que por la perseverancia de un gran número de justos. Los ministros de Satán, fulminados como por un rayo, abandonan la presa; los abismos infernales se abren y caen en ellos; los abismos vuelven a cerrarse y el peca-

dor sale del santo tribunal como de una tumba de la que ha resucitado. *Ego te absolvo a peccatis tuis.*

Sí, está absuelto, ha resucitado, todo en él ha cambiado de cara: las huellas de su crimen quedan borradas, las obras santas que el pecado había dejado mustias vuelven a revivir, todas las virtudes crecen y se multiplican en su alma como vemos a las flores en primavera, dice San Agustín, crecer y multiplicarse en un magnífico jardín. La unción de la gracia se derrama en ella con tanta dulzura como el rocío sobre la hierba, y esta alma justificada acaba convirtiéndose en el lecho nupcial del Esposo, en el palacio del Rey de reyes, en el santuario del Eterno. Está absuelto, ha resucitado, quedan rotas las cadenas de la muerte y las costumbres del pecado que le tenían cautivo, la corrupción de su corazón se ha desvanecido. En su frente ya sólo brilla el resplandor del pudor y de la inocencia, como un héroe que ha alcanzado la victoria. Es terrible contra sus enemigos; armado, en expresión [de la Escritura], con el casco de la salvación, la coraza de la justicia y el escudo de la fe, puede repeler todos los dardos del tentador y exclamar con un santo orgullo: «¡Oh, Dios!, Tú eres mi luz y mi salvación, ¿a quién podría temer aún? Tú eres [el] protector de mi inocencia, ¿quién me hará temblar?» *Dominus protector vitae meae, a quo trepidabo?* (Sal 27, 1).

Y, sin buscar muy lejos testigos de estas maravillas, os corresponde a vosotros, pecadores arrepentidos ya resucitados a la gracia, a vosotros os corresponde instruirnos. Contadnos si en alguna ocasión todas las alegrías y dulzuras del mundo os transmitieron una embriaguez tan deliciosa como el sentimiento íntimo de vuestra reconciliación. Contadnos si habéis encontrado consuelos tan puros, placeres tan suaves como los santos efectos de todo un Dios, que es la suavidad y la bondad en esencia, que

os invadía entrando en vuestro corazón, como en el de Agustín, de forma más dulce que todos los placeres, más radiante que todas las luces, más sublime y más embriagante que todos los honores de la tierra.

Decidnos, decidnos si acaso no habéis bebido en el tribunal de la penitencia, como en una fuente abundante, una firmeza de virtudes que os ha elevado por encima de vuestra debilidad, por encima de todos los obstáculos, que [os ha] convertido en dueños de vuestras costumbres, de vuestras fogosas pasiones, que os ha llevado a un estado cada vez más creciente de justicia que en otro tiempo os hubiese espantado si alguien os hubiese dicho: «Hasta ahí es hasta donde debéis llegar». Decidnos, o más bien, bendecid al Señor en silencio, porque sólo Tú, ¡oh, Dios mío!, estás capacitado para entender toda la amplitud de tus misericordias. Justos, regocijaos en el Señor y saltad de júbilo; vosotros, los de corazón recto, aclamadlo. *Lætamini in Domino et exultate, justi, et gloriamini, omnes recti corde* (Sal 32, 11). Los días de vuestra alegría brillan sobre vuestras cabezas, habéis pagado vuestro tributo al tribunal del dolor, donde se resucita; hoy es tiempo de secar vuestras lágrimas, de lavar vuestros rostros, de perfumar vuestras cabezas.

Hijas de Sión, revestíos con vuestros trajes de gloria y de júbilo; hijos de los santos, saboread a largos tragos los consuelos de este día santo; *lætamini, justi, in Domino*, sois los amigos del Señor, los herederos del cielo, los trofeos de la victoria de Jesucristo. Alzad, pues, vuestras cabezas con confianza y que el brillo de la serenidad y de la alegría santa resplandezca en vuestros rostros, hable más alto que todas las palabras; que todo en vosotros glorifique al Señor. [En cuanto a vosotros, pecadores, si habéis] po-

dido experimentar una noble emulación para compartir con los buenos cristianos las inapreciables ventajas de una santa confesión, qué me queda por deciros, sino animar vuestra debilidad con estas palabras que San Agustín dirigía a los pecadores tímidos, que aún dudaban por el temor a ser rechazados por el ministro de la penitencia: «¡Oh, hombres, no temáis confesaros a un hombre; hombres pecadores, a un pecador!». *Confitere homo, homini, homo peccator, homini peccatori.* [Manuscrito 17]

Las postrimerías - La muerte

Memorare novissima tua et in æternum non peccabis (Si 7, 40). Llegará un momento en que la escena móvil de este mundo desaparecerá para nosotros, un momento en que esta revolución sucesiva de días y meses que llenan nuestra carrera entrará con nosotros en la noche de la tumba para no dejarnos gozar más de la luz que nos alumbra. Ahora bien, a esa época, como a un punto fijo, es a la que el hombre sabio se traslada algunas veces con el pensamiento juzgando como vanidad todo lo que le precede y como grandeza siempre duradera las cosas que le siguen. Desde ahí, como desde un observatorio favorable, analiza

el pasado como un sueño y el futuro como lo que realmente es, es decir, como un mundo nuevo que no merece sino nuestros afectos y deseos. No, la verdadera sabiduría no consiste en perder la cabeza en las rutas infinitas del espacio, en calcular la marcha de los astros y su innumerable multitud. ¿Qué nos importa saber lo que ocurre sobre nuestras cabezas, si ignoramos lo que nosotros mismos somos y seremos un día? Al morir, no nos servirá de nada tener grandes riquezas, [haber hecho] hermosos descubrimientos sobre la constitución del mun-

do, porque se desvanecerá para nosotros. Pero lo que sí habrá sido ventajoso será el haber meditado sobre nuestras postrimerías, el haber aprendido a regular nuestras costumbres, a aumentar los tesoros de nuestras virtudes, a fin de encontrar un puesto en esas regiones eternas adonde debemos entrar sin poder salir de ellas. Ahora bien, os aseguro que de todas las verdades que más pueden contribuir a este fin, la muerte ostenta uno de los primeros rangos: *memorare novissima tua et in æternum non peccabis*. Vista de cerca, aparta nuestro corazón de todas [las] ilusiones que la seducen, de todos los lazos que la esclavizan... En dos palabras: la muerte nos ilumina, la muerte nos hace vigilantes. La muerte es la consejera del sabio. De ella es de quien los mismísimos paganos extraían las sublimes máximas que nos han dejado sobre todas las vanidades de la tierra. Ella es la que nos sigue hablando más alto que nadie. En efecto, ¿quién ha hablado con más energía de la vanidad de este mundo que un Isaías que, imaginándose el vasto recinto de este universo y las innumerables naciones que lo pueblan, [lo] llamó gota de agua ante la majestad del Señor? ¿Quién ha hablado con más verdad de la nada de todas las cosas que el más rico y poderoso de los reyes de la tierra, Salomón, el cual, rodeado de todo lo que la tierra tiene de rico, de pomposo y de magnífico, hizo resonar estas palabras memorables que se han repetido a lo largo de todos los siglos: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad»? *Vanitas vanitatum et omnia vanitas* (Qo 1, 2). ¿Quién ha hablado más alto de ello? Yo respondo: la muerte. Sí, ella es la que, sentada en las tumbas, extiende su imperio entre todas las naciones y a través de todos los siglos, la que despuebla las ciudades y los reinos, la que pone a sus pies tanto a naciones civilizadas como salvajes, a pueblos y a reyes, a guerreros y a

conquistadores, no dejando de todas esas generaciones, amontonadas y extendidas unas sobre otras como los árboles talados de un bosque, más que huesos esparcidos, restos y cenizas condenadas [a] un silencio eterno; la muerte es, os lo digo yo, la que, orgullosa en medio de todos estos restos y de todas estas ruinas, puede decirnos con una voz bien elocuente: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad». *Vanitas vanitatum...*

Y para descender a cosas menos generales, os digo que la muerte nos hace conocer la ilusión de las riquezas, la vanidad de los honores y el vacío de los placeres.

El vacío de los placeres. Entrad en los círculos y asambleas profanas: allí veréis a los partidarios del desenfreno y de la voluptuosidad mantener una conversación verdaderamente espantosa. Bebamos, comamos, exclaman, que mañana moriremos; dejemos a Dios y sus leyes; nuestro dios es el placer; no tenemos nada que temer: nuestra alma no es más que un soplo, un vapor ligero; el espíritu, una llama que se apaga; el genio, un fuego que [se extingue]...

¡Pues bien, insensatos, cantad; de acuerdo, cantad el triunfo de la carne y de la sangre, incensad a los ídolos profanos! Pero, a pesar de vuestra corrupción, vuestra alma es inmortal. Cantad, cantad las [delicias de este mundo]... Pero esta parte de vosotros mismos que mide los espacios, que se extiende más allá de los cielos y que descubre al que la ha formado, no es un poco de materia que se divide ni un poco de viento que se pierde. Sobreviviréis a vosotros mismos y, cuando vuestro cuerpo caiga en la corrupción que le es natural, este rayo de la inteligencia celestial que mancilláis quedará solo ante los ojos

del Altísimo. Lo creáis o no, a pesar vuestro, no [experimentaréis] esto en menor medida.

La muerte nos hace ver la vaciedad de las riquezas. ¿Por qué tantos hombres venden a peso de oro su honor, su patria, su religión y su virtud? ¿Por qué tantos hombres inicuos pisotean su conciencia y el Evangelio con sus cábalas, fraudes e injusticias para poseer un poco de esta materia a la que llaman dinero? Es porque, seducidos por el prestigio brillante que los cubre, no aprecian su justo valor; en los bienes de la fortuna ven unos medios para cubrir su desnudez, que es su herencia, y para proporcionarles vastos dominios y atraer sus miradas sobre ellos. Es cierto que todo esto tiene algo de real, ya que una parte nos es necesaria para satisfacer las necesidades; pero el mal está en que ellos creen tenerlo todo cuando tienen dinero, en que hacen de él el fin de todas sus gestiones y en que no respetan ningún medio para alcanzarlo.

Ahora bien, desde el seno de sus sombras fúnebres, la muerte nos hace ver todas las vanidades. Te dice: «En vano concibes proyectos de progreso, en vano practicas el fraude y la iniquidad para lograrlo; crees llevar esta especulación a buen puerto; lo crees, pero yo te espero este año, este mes; sobre la lápida de [tu] tumba vendrán a romperse todos los esfuerzos de tu ambición. Entra en la tumba y contempla allí, de antemano, lo que te quedará del fruto de tus injusticias: un ataúd, una lápida, seis palmos de tierra. A esto quedarán reducidos tus preciosos muebles, tus ricos vestidos, tus vastos dominios. Auméntalos, pues, ahora; pierde por ellos tu honor y tu alma: no bajarán contigo a la tumba, se quedarán a su lado; herederos hambrientos se los apropiarán, se los repartirán entre ellos; ni siquiera recordarán que te pertenecieron; los venderán a extraños; las manos de la discordia arrebatá-

rán quizás la mayor parte; sólo recordarán tu memoria ante los tribunales de justicia para mancillarla; una vez entre los muertos, perderás hasta el título de rico; los años borrarán incluso tu nombre escrito en la tumba; mezclado con los pobres, tus cenizas se mezclarán con las suyas y, desde el día de tu tránsito, los más desgraciados de los hombres a quienes tratas con tanto orgullo, podrán venir ante tu tumba y decirse a sí mismos: “Yo no cambiaría mi suerte y mi miseria por todos los bienes de este rico, si tuviera que compartir su suerte”». Ahora bien, yo os pregunto, con lecciones semejantes, ¿cómo podéis amar aún tanto el oro? ¿Cómo no reconocéis su justo valor y, a medida que os acercáis al término, cuando tendréis que dejarlo todo, por qué [lo] estimáis aún más?

Cuando los judíos querían apreciar los bienes que compraban a sus hermanos, el año jubilar era el que regulaba su valor. No pudiendo enajenar sus fondos más allá de los cincuenta años, ocurría que, cuanto más se hacercaban a ellos, menor era su precio; y, llegado el año jubilar, se encontraban casi sin valor para [el vendedor]. Pues bien, ésta es una imagen sensible de lo que la muerte hace con respecto a nosotros. Nacemos ricos, poseyendo coronas y títulos. ¿Cuánto vale todo eso? La muerte te responde: «No lo valores en sí mismo, sino por la distancia de mi llegada. Si vengo esta noche, aunque fueses el más grande de los reyes, eres el más pobre de los hombres; deseas, como un célebre rey, llevar las cadenas del último de [tus] súbditos si pudieses compartir su vida. Juzga, pues, tú que gozas de tus bienes desde hace veinte, treinta, sesenta años; juzga, ya no tienes millones entre las manos, quizás dentro de un año estarás muerto; tus bienes no valen para ti ni la fortuna más mediocre» [...]

La muerte nos enseña a servir a Dios, a ser justos con el prójimo. Si hay tantos pecadores en el mundo es porque piensan poder librarse impunemente del imperio de Dios y encontrar todo lo que desean en los auxilios de los hombres. ¿Para qué entregarme a la oración?, dice uno. Me basta la protección de un rico, de un poderoso. ¿Qué necesidad tengo de darle mi corazón sólo a Él? Mi dicha, mi felicidad [está] en esta persona que amo. De modo que si el pecador estuviese bien convencido de que sin Dios no puede encontrar más que desgracias y aflicciones, volvería sin duda hacia Él.

Ahora bien, la muerte le da esta saludable lección. Sí, tú te apoyas en este brazo de carne que te saca del polvo, en este hombre que te sostiene con su crédito, que te protege y te hace progresar; pero espera: mañana lo golpeará la muerte y serán vanas todas tus esperanzas. ¿Y prostituyes tu corazón [con] una infame criatura, crees haber encontrado la felicidad? Espera y dentro de muy poco la muerte, al quitártela, te hará derramar lágrimas, te sumergirá en el dolor más amargo. Sí, se llevarán a esta otra Jezabel, se la llevarán a la tumba. Podrás haberle reclamado el servirla en detrimento de tus deberes; pero una vez entrada en la tumba, ya no saldrá para demostrarte cuánto apreciaba tus esfuerzos. Podrás venir a llorar a su tumba; pero sus ojos cerrados a tus miradas, sus oídos cerrados a tus palabras, todas sus carnes convertidas en un montón de basura y de podredumbre no podrán responderte; o si ella pudiera decirte algo, sería otra cosa muy distinta a la que deseas oír.

Sí, si la voz del alma de este infortunado cadáver pudiera salir de los infiernos y llegar hasta ti, entonces te gritaría: «Sal de aquí, infame; vete a apagar los afectos culpables que llevas en tu corazón antes que venir junto a mi

tumba; yo ya tengo bastante con ser castigada por los crímenes que te hice cometer durante mi vida; ¿por qué hacer que aumente mi suplicio tras mi muerte atribuyéndome aún la causa de tus crímenes? ¡Vete, te odio, te detesto! ¡Malditos sean nuestros amores profanos! ¡Maldito el día en que tuve la desgracia de conocerte! ¡Maldito el lugar en que me sedujiste! ¡Te maldigo; y, si desde el fondo de mis hogueras pudiese desear algo contra ti, sería el envolverte con las llamas que me devoran, quemarte con estas ardientes antorchas y vengarme así de ti convirtiéndome en tu eterno verdugo!»

Tres conclusiones: pensad en la muerte, vivid como si debieseis morir mañana, morid cada día. Así os iréis desprendiendo insensiblemente y no tendréis que decir: *Sic cine separat amara mors* (1 S 15, 32)...

La muerte nos vuelve vigilantes por dos razones. La primera, la incertidumbre de su llegada, [la segunda] la certeza de la sorpresa en la que encontrará a la mayoría

de los hombres. Hay que vigilar porque no sabemos la hora. *Vigilate quia nescitis horam* (Mt 25, 13). Sí, la desconocemos por completo; accidentes, el fuego... pueden proporcionarnos la muerte. Ahora bien, en esta incertidumbre la prudencia exige no dejar al azar nada de lo que podamos arrebatarse...

Cuentan que cuando un gran príncipe se disponía a atravesar el Helesponto, alzado sobre una alta montaña y divisando a lo lejos al más floreciente ejército que jamás haya existido, se echó a llorar. Le preguntaron el motivo de sus lágrimas. «Es porque, dijo, antes de acabar el siglo no quedará ni un solo hombre de esta innumerable muchedumbre». Hoy que, subido a lo alto del púlpito, lanzo

mi mirada en torno a este recinto sobre todos los que rodean este púlpito, me entran ganas de conmoverme; y si me preguntaseis la causa, os respondería: «Es porque, siguiendo el curso natural de todos los hombres, en el corto espacio de este año debe morir necesariamente alguno de los que me escuchan». Sí, antes de acabar este año, ése que no piensa en ello, que aplica quizás mi enseñanza a otro en vez de a sí mismo, ése morirá; lo traerán a este templo con cantos lúgubres, ya está el ataúd en marcha, la herramienta que debe cavar su sepulcro está ya en manos de los enterradores. Por lo tanto, reza, dispón de tu casa, porque morirás este año. *Morieris enim tu, et non vives* (2 R 20, 1).

Pero quizás no queréis cambiar, porque esta incertidumbre del momento en que vais a morir no os afecta lo suficiente. Pero, además, lo que sí es cierto es que, si no cambiáis, os veréis sorprendidos. *Veniet Filius hominis qua hora non putatis* [Lc 12, 40]. La mayor parte se verá sorprendida: diluvio, Holofernes y, sin remontarnos a ejemplos tan lejanos, mirad a esos jóvenes que llenan la mitad de nuestras tumbas; mirad a ese negociante, arrancado, sorprendido; recorred todas las casas donde hoy hay muertos y todos os dirán que el difunto aún pensaba seguir [viviendo], que quizás no tuvo tiempo...

Pecador, tú morirás de la misma forma. Tú, anciano, que ves ya tambalearse y caerse a jirones tu casa de barro: oído, memoria... ¡Pues bien!, la muerte, que ha derribado [a tantos] a vuestro lado, que ha hecho caer mil a vuestra izquierda y diez mil a vuestra derecha, tiene ya alzada el hacha sobre vuestras cabezas; dentro de poco se presentará y moriréis por sorpresa. Al menos [no] debería ser una sorpresa en esos escenarios de guerra donde millares de

bocas de bronce vomitan el hierro de la muerte, y sin embargo preguntad a los que han vuelto. Andaban sobre los muertos y moribundos, estaban expuestos a cada instante a compartir su misma suerte; pero ninguno, casi ninguno, pensaba encomendar su alma al Señor. Ahora bien, si la muerte sorprende a la mayoría, ¿a quién os compararé, hijos de los hombres, si no os preparáis a ella? ¡Qué locura será la vuestra! El criminal condenado en el proceso a una pena capital, no pierde ni un instante para intentar ablandar a su juez, ¡y vosotros podéis salvaros todavía y no lo hacéis! ¿A quién os compararé, hijos de los hombres? ¿A esos personajes, de los que habla la historia sagrada, que estaban tranquilamente sentados en un banquete mientras una espada desenvainada pendía de un hilo sobre sus cabezas? No, vuestra demencia es aún peor. Os compararé a esos rebaños de animales que llevan a la carnicería. Ven continuamente escoger entre ellos a nuevas víctimas; ven correr su sangre y, sin pensar que van a compartir su suerte, les siguen ciegamente.

Sí, hombres insensatos, ésta es vuestra imagen: la muerte golpea a vuestro lado; vuestros padres y amigos parten hacia la eternidad, vais a seguirles; tan sorprendidos como ellos, descenderéis quizás a los infiernos, donde su sangre y sus lágrimas corren a chorros; y, sin embargo, no hacéis nada, no sois inteligentes. *Homo, cum in honore esset, non intellexit: comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis* (Sal 49, 13). [Manuscrito 116]

El juicio particular

¿Quién no temería a un juez infinito en poder, infinito en sabiduría, infinito en justicia? Infinito en poder: nadie puede escapársele. *Potentissimum quem nemo effugere potest*. Infinito en sabiduría: nadie puede ocultársele. *Sapien-*

tissimum quem nemo latere potest. Infinito en justicia: nadie puede corromper su equidad. *Justissimum quem nemo potest corrumpere.*

Aquí abajo, si eres acusado ante un tribunal supremo, tienes motivos para temblar. Él tiene en sus manos a la fuerza armada y a los agentes de una policía vigilante, a quienes ha colocado en emboscada contra ti por toda la geografía del reino para descubrir tu escondite, espiar los movimientos de tus parientes y amigos, y al menor indicio sorprenderte y apoderarse de tu persona. Pero siempre tienes la esperanza de poder escapar. Si estás en peligro en una casa, escoges otra; si tienes miedo en un reino, te pasas a otro. A pesar de eso, aunque acabaran apresándote y metiéndote en un calabozo, aún contarías con el apoyo de tus amigos, con tu astucia y con tu habilidad para franquear esas barreras. Pero cuando comparezcas ante Dios, juez de vivos y muertos, ya no [habrá] esperanza de escapar de él: el cielo y la tierra le pertenecen; allí no encontrarás un escondite; los ángeles vengadores te vigilarán, Dios te cubrirá con su inmensidad como con una red de hierro y no saldrás jamás de esa horrible prisión: *potentissimum quem nemo effugere potest.*

Aquí abajo, si estás obligado a comparecer ante los jueces, esperas poder encubrirles tus errores; cuentas con la habilidad de un abogado que inventará mil medios para justificarte. Como no todo se ha visto, esperas no decir todo y negar incluso con atrevimiento sospechas quizás demasiado fundadas. Pero en el tribunal de Jesucristo, ¿qué abogado podrá engañarle?, ¿qué mentira podrá equivocarle? Él lo ha visto todo, oído todo, pesado todo. Te ha visto tan claramente en la oscuridad como a pleno día; te ha visto cuando estabas solo y sin testigos come-

tiendo crímenes que no habrías querido cometer en presencia del último de los hombres; te ha visto en tus reuniones mundanas en sociedad, alimentando en el fondo de tu corazón afectos impuros que el honor te habría hecho ruborizar al manifestarlos, pero que tú alimentabas con deleite voluntario; [ha] oído esas palabras de doble sentido, quizás lo bastante veladas como para no herir oídos inocentes, pero que acompañadas a menudo de una mirada y de un gesto aportaban la mayor clarividencia; te ha visto en tus compras y en tus ventas dominado por las ganas de engañar, de sorprender tanto a tus compradores como a tus vendedores a fuerza de artimañas y mentiras; ha visto la alegría secreta que experimentaste al engañar a alguien con tu mala fe, el placer que sentiste poseyendo esa moneda de plata de más sin tener ningún derecho; ha oído el relato triunfante que hacías a tus amigos de tus proezas y supercherías, animándote por así decirlo a multiplicarlas a cuál más, como si todo eso sólo fuesen expresiones de cortesía. Pero Él lo ha pesado todo en su balanza; la mantiene suspendida y ha puesto en ella todo lo que faltaba a tus pesos y medidas cuando vendías, todo lo que había de más cuando comprabas; ha puesto en ella todas tus falsas anas, todas tus cuentas erróneas, todas tus mercancías falsificadas, todos tus contratos simulados, todo el oro y toda la plata provenientes de tus iniquidades. ¡Oh, gran Dios, qué peso tan enorme! ¿Qué buenas obras podrán restablecer el equilibrio? El [platillo] de la justicia vencerá sobre el de la misericordia. Temblad, hombres injustos, caeréis a los infiernos. *Appensus es in statera et inventus es minus habens* (Dn 5, 27). [Manuscrito 98]

La misericordia de Dios

¿[Decís] que sois demasiado culpables? Pero el rey David no era inocente cuando exclamaba: «Esperaré en ti, Señor, sí, esperaré en ti, siempre esperaré; y, mediante este homenaje que rindo a tu misericordia, coronaré todas las alabanzas que los mortales pueden rendirte». *Ego autem semper...*

¿Qué más necesitáis para esperar en Dios? Como franceses, ¿acaso no formamos parte de este pueblo amado del cielo al que el Señor mira siempre con ojos de complacencia y para el que parece alargar las entrañas de su bondad, mientras que él le retira su corazón y engorda el torrente de sus crímenes? Vivimos en un clima suave, con un suelo fértil y agrícola que nos ofrece todos los productos más necesarios y agradables para la vida. La Providencia no ha escatimado nada con nosotros, como ha hecho con los pueblos que habitan las regiones heladas del norte o las arenas ardientes del sur. Aunque nuestro genio y carácter tienen sus defectos naturales, están compensados por cualidades favorables que dan siempre grandes esperanzas y procuran los más poderosos recursos para el bien. Nuestras pasiones son vivas e impetuosas, es verdad; pero nuestra cólera pasa como el relámpago y raramente incuba una larga venganza. Esta vivacidad nos vuelve generosos, emprendedores para el bien y, en el hombre [virtuoso], anima y alimenta su celo. Somos inconstantes y estamos ávidos de novedades, es verdad; pero si esta inconstancia nos separa alguna vez de la verdad, nos aparta asimismo de nuestros errores y la inestabilidad de nuestro carácter nos impide quedarnos inmutablemente en el mal. Sensibles y dotados de una viva imaginación, apreciamos fácilmente lo grande y hermoso,

y a partir de ahí estamos listos para inflamarnos con lo virtuoso y honrado. Nuestras costumbres, humanas y cortes por naturaleza, excluyen todo sentimiento feroz y bárbaro; ellas se alían perfectamente con la piedad para con Dios, con la beneficencia hacia nuestros semejantes, es decir, con los principales deberes de la moral y, consiguientemente, del cristianismo.

Ahora bien, ¿acaso el cielo nos ha prodigado dones tan preciosos para que nos alejemos de él y apartemos de nosotros sus miradas de bondad? Dios no lo quiera, hermanos míos. ¿Y la protección especial de la Providencia para conservar nuestra religión en medio de la tormenta revolucionaria, no es acaso una prueba evidente de lo contrario? Todo debía aniquilar entre nosotros la Iglesia de Jesucristo; los golpes que se le habían dado eran por lo menos tan terribles como los que destruyeron tantas instituciones civiles o políticas que existían entre nosotros y que

ya no están. El Arca santa había caído sin defensa en manos de los filisteos; la casa de Israel se había visto obligada a huir; el ídolo de Dagón, la impiedad, era adorada en todas partes, se había asentado hasta en nuestros templos y reinaba incluso sobre las siete colinas de la ciudad santa. Pero la espada del Señor no descansaba. Completamente bañada en sangre, golpeaba a los pueblos y a las ciudades culpables. Todo estaba lleno de espanto y de muerte, y los gritos de dolor ascendían hasta el cielo. Entonces vosotros, los justos, elevabais las manos suplicantes y los ojos bañados en lágrimas. Vuestros ruegos fueron oídos; el ídolo de Dagón se tambaleó sobre sus cimientos y cayó rostro a tierra. Los propios filisteos se vieron forzados a exclamar: «¿Qué haremos con el Arca del Señor? ¿Cómo la devolveremos al lugar donde estaba?» *Quid faciemus de Arca Domini? Indicate nobis quomodo remit-*

tamus eam in locum suum (1 S 6, 2). Hermanos míos, ella vuelve a su sitio, a su antigua morada, ¿y nosotros no tenemos derecho a esperar que nuevos David o nuevos Salomón realcen cada vez más su gloria? Sí, cuando pensamos en lo que Dios ha hecho desde hace veinticinco años por todos los franceses en general y por cada uno de los que existen en particular, no podemos concebir que haya ni uno solo de ellos que pueda entregarse a sombrías desconfianzas.

Hermanos míos, recorred la historia de vuestra vida y mirad si no es la historia de la bondad de Dios sobre vosotros. ¡Cuántos escollos, cuántas trampas rodean los primeros años de vuestra infancia! Si nacisteis de padres cristianos que os hicieron mamar la religión junto con la leche, ¿no es eso un beneficio especial de la misericordia divina? Desde los [primeros años], ¡qué ternura y qué piedad puso en el seno de la madre piadosa que os educó! Por el contrario, si vuestros padres cayeron en el cisma constitucional o en la incredulidad de la época, ¿no es una predilección especial de vuestro Dios el que no hayáis seguido tan funestos principios? ¿Quién os hizo encontrar a esos maestros virtuosos, a esos directores celosos que fueron los primeros en trazaros el camino del deber? ¿Quién os procuró esos amigos que, mediante sus consejos, os condujeron a esa instrucción saludable que os conmovió y que abrieron para vosotros las fuentes de la gracia? ¿Quién cultivó el alma de esa esposa piadosa a la que acompañasteis en primer lugar al lugar santo por pura complacencia y a la que después habéis imitado, mediante la religión, en su fervor y en su celo? ¿Quién sino el buen Dios, que deseaba salvaros y que [os] ha rodeado por completo de inocentes cebos que debían llevaros hacia Él? ¿Por qué habéis conservado la fe en medio de

tantos escándalos? ¿Por qué vuestro corazón no ha sido aún ajeno a los efectos del amor divino?

¡Ah, si yo pudiera dirigirme a cada uno de vosotros para que me contaseis vuestros prodigios de misericordia personales, no podríamos dejar de admirar y bendecir con lágrimas la inagotable ternura del Dios de amor que ha salido a vuestro encuentro y [os] ha llevado en sus brazos! Ciertamente, Él ha sido semejante al padre putativo de Efraín, que no se enfada ante los gritos de sus hijos pequeños, sino que los acaricia, los abraza, carga siempre con ellos sin cansarse de su peso cada día más molesto debido al fardo de sus ingratitudes. *Et ego, quasi nutricius Ephraim portabam eos in brachiis meis* (Os 11, 3). Sí, aquí veríamos a los Mateo, a quienes el Señor fue a buscar hasta su mismo mostrador, y que, de avaros publicanos, se convirtieron en [apóstoles]. Allí veríamos a los Saúl, derribados en sus tareas de persecución y que, de enemigos de la Iglesia, pasaron a ser [sus] primeras columnas. Por otra parte, veríamos a las Magdalena, mujeres adúlteras, pecadoras de Samaria arrancadas de los más vergonzosos desórdenes y que, en su penitencia, aman a Jesucristo más aún que esas esposas más inocentes que nunca tuvieron ningún reproche que hacerse. Más lejos, veríamos a los Agustín gemir toda su vida por los desvaríos de una juventud tormentosa y reparar los años perdidos mediante ejemplos brillantes que hicieron olvidar todos sus [...] escándalos.

[Manuscrito 112]

El purgatorio ²¹

²¹ Extracto de una exhortación a los miembros de la Cofradía de la Buena Muerte.

[...] Resulta triste y doloroso pensar en el olvido y en la indiferencia de los hombres tras nuestra muerte. Es tan agradable pensar que tenemos un sitio en el recuerdo y en las oraciones de nuestros hermanos, que no podemos familiarizarnos con la desoladora idea de que nos olvidarán y de que no seremos socorridos por ellos en las penas de la otra vida. Y más triste y doloroso aún [es] pensar que [seremos] olvidados por esos mismos amigos que más nos muestran la viveza de su [amor] y la duración eterna de sus sentimientos por nosotros. Porque varios han perdido la fe, no creen en el fuego del purgatorio y nos dejarán tristemente sufrir. Quizás acompañen nuestros despojos mortales hasta la tumba; pero lo harán más por decoro, por rendir un pequeño homenaje a nuestras cenizas, que por aliviar nuestras almas. A menudo lo harán por respeto humano; temerían los reproches de

nuestra desconsolada familia, las censuras de la gente, si no asistiesen. Acompañarán nuestro cortejo fúnebre, pero se dedicarán a curiosear, a contar a los parientes y a los ausentes, a calcular los ingresos que dejaremos a nuestros herederos, a presentir la alegría que tendrán al gozar de nuestra herencia, el placer que nuestra muerte proporcionará al que ocupará nuestro cargo, es decir que se dedicarán a todo menos a nosotros mismos. Nos dejarán en la tumba sin volver jamás por allí para hacer una simple oración ni derramar una sola lágrima. Y más triste y desolador aún es que nos olvidarán precisamente aquéllos para quienes nuestra memoria debería estar siempre presente: padres, hermanos, hermanas, hijos, que serán nuestros herederos y que nos abandonarán, que dispondrán de nuestros bienes para sus placeres, para la búsqueda de su lujo y vanidad, sin cumplir las condiciones que nosotros hayamos prescrito en favor de los pobres; que, informa-

dos de nuestras últimas voluntades, disimularán, se apropiarán de las limosnas de las que les hemos hecho depositarios; que, ante el mínimo defecto de forma, obligarán a romper un testamento para privar a la Iglesia o a los hospitales de las donaciones que hayamos hecho; y nos dejarán así, por una avaricia insaciable, privados del mayor de todos los bienes, de la dicha de entrar en nuestra patria, de gozar lo antes posible de la [posesión] de Dios, de verle y [de gozar] de sus eternas delicias.

Pues, aunque podamos presentar algún [buen] testimonio de estar justificados y de haber recobrado la gracia perdida mediante los sacramentos de la Iglesia, las deudas de nuestros pecados multiplicados hasta el infinito [deben] llenarnos siempre de un profundo terror. No podemos ignorar que nada manchado entra en el reino de Dios; que uno no escapa de las manos de su justicia sin haber pagado hasta el último óbolo; que la más perfecta santidad no puede confiar en sí misma; que, por corto que sea el tiempo de sufrimiento en el purgatorio, allí los años parecen siglos, porque se padece el más insoportable de todos los males, cual es la privación de Dios, porque allí se sufren los efectos milagrosos de un fuego en comparación del cual –según San Agustín– el de la tierra no es nada, de un fuego que el alma, impregnada de cualquier forma que sea, sufre más ella sola que lo que todos los mártires hayan sufrido jamás, sienten dolores más agudos que los de todas esas complicadas enfermedades en un mismo cuerpo. Por eso, ¡hay algo más triste que pensar que seremos abandonados de este modo, que nadie [se entristecerá] ante nuestros gemidos y lamentos! He aquí, hermanos míos, las justas alarmas que deben contristar a aquél que no hace por su cuenta buenas obras durante su vida y que deja a sus herederos el encargo de atemperar

sus dolores cuando esté en el fuego del purgatorio. Pero esto no es así para los Cofrades de la Buena Muerte. Tienen el consuelo de saber que hay quizás cerca de mil quinientos hermanos que se han comprometido en esta ciudad a socorrer[se] tras su muerte; que, si algunos han podido desviarse de su primer fervor, hay sin embargo entre ellos un gran número de almas santas, de uno y otro sexo, cuyas oraciones son muy poderosas ante Dios. Tienen el consuelo de saber que en el día de su entrada en la cofradía, igual que todos los años desde aquella época, han dado algunas limosnas que se emplean en mandar celebrar distintos oficios por el fallecimiento de cada cofrade y que la mitad de los piadosos donativos que hayan hecho a la cofradía será destinada en oblación para decir misas por el descanso de sus almas. Tienen el consuelo de saber que todos los lunes y domingos se dicen misas y oraciones por el eterno descanso de los cofrades difuntos. Por eso, hermanos míos, ¡qué ventaja poder asegurarse de que, si los parientes y amigos según el mundo os olvidan tras vuestra muerte, tenéis unos hermanos que ocupan el lugar de vuestros parientes y amigos y que se ocupan de vuestra salvación ante Dios!; ¡qué ventaja saber que encontraréis en ellos a hermanos y hermanas que os harán partícipes de sus buenas obras y sacrificios, que harán por vosotros lo que vosotros hacéis hoy por los demás, que vuestro recuerdo no perecerá como el del impío, sino que estará –según palabra de Dios– en una eterna bendición, porque mientras dure la piedad se os recordará en los divinos misterios!; rezarán por vosotros durante siglos, como vosotros mismos rezáis por los que murieron el siglo pasado, pues ya hace más de un siglo que vuestra asociación subsiste. Sí, esto es lo que aguardáis, lo que esperáis, felices hermanos, esto es lo que os sostiene, lo que os forti-

fica, lo que os compromete a no degenerar el fervor de quienes os han precedido; y lo que más debe consolaros es que, aunque vuestra cofradía no durase muchos siglos y vuestros sobrinos nietos os olvidasen, las oraciones y sacrificios que hayáis hecho por los demás no os habrán resultado en balde. Siempre habrá almas en el cielo que os deberán en parte su felicidad, almas a las que habréis hecho poseer la dicha celestial y que se verán especialmente comprometidas a rezar por vosotros. Aunque no las conozcáis, ellas, que han sentido el beneficio de vuestra intercesión, no ignoran quiénes sois. Son almas que os habéis ganado, que os miran como a sus liberadores y que, por consiguiente, no os olvidarán jamás. No, ellas no harán como aquel oficial del Faraón, que, una vez liberado de su cautividad, no se acordó más de José ni de las ayudas que de él había recibido; no será necesario que les digáis a esas almas gloriosas lo que José decía a ese hombre ingrato y desagradecido: *Tantum memento mei, cum bene tibi fuerit, et facias mecum misericordiam* (Gn 40, 14).

Almas santas, a quienes, aun siendo pecador, he podido procurar la libertad y la felicidad de las que hoy gozáis, acordaos de mí en el lugar de vuestro descanso y tened conmigo la misma misericordia que yo tuve con vosotras. Apiadaos de mi situación, como yo lo hice de la vuestra, y obligad a Dios con vuestras oraciones a sacarme de la esclavitud [del] pecado, como yo le obligué con las mías a sacaros del lugar de vuestros padecimientos. No, no es necesario que les sigamos insistiendo. Ellas son santas, son bienaventuradas e incapaces en lo sucesivo de faltar a ningún deber de caridad y agradecimiento. Se apresurarán a bendecir a Dios por

vosotros. Cuando hayáis muerto, os tenderán la mano para arrancaros del abismo; y, mientras estéis vivos, intercederán por vosotros, os obtendrán la gracia de vivir en el temor de los juicios del Señor. [Manuscrito 19]

El cielo

Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum (1 Co 2, 9).

Hermanos míos, sólo a la religión de Jesucristo le corresponde ser por todas partes verdadera, hermosa y sublime. Luminosa en los asuntos de su fe, ha librado al mundo de un diluvio de errores; perfecta en su moral, ha dado a las almas más perversas la herencia de las mayores virtudes; siempre proporcionada a nuestras necesidades, ha opuesto a los excesos de nuestra corrupción el espectáculo espantoso de los castigos más terribles; finalmente, condescendiente con nuestras debilidades, eleva nuestro ánimo mediante las mayores y más magníficas promesas: *Oculus non vidit, nec in cor hominis ascendit...* Muy diferente de las religiones hechas por los hombres, ella es la única que nos presenta recompensas dignas de Dios y de una gran alma. La ley mosaica, por muy divina que fuese, sólo prometía a los judíos carnales, hasta la venida del Mesías, la grasa de la tierra y goces temporales. El paganismo representaba su Elíseo como un lugar donde se celebraban banquetes y danzas, cuya eterna duración hubiera bastado para hacer de ellos un tormento de infierno. Finalmente el Corán sigue prometiendo a sus discípulos infames voluptuosidades, los placeres vergonzosos de la carne. No nos extrañemos por ello: las pasiones son las que han concebido estos lugares de recompensa, era natural que dejasen ahí el sello de su ignominia.

Pero el Dios que es todo espíritu, el Dios que es todo corazón, debía decir esencialmente a todos los hombres: *Oculus non vidit, nec in cor hominis ascendit...*; entonces Él hablaba un lenguaje del gusto de todas las naciones y de todos los pueblos, del gusto de los sabios y de los ignorantes, del gusto de las almas puras e incluso de las almas voluptuosas; porque éstas, demasiado a menudo cansadas, fatigadas por el desorden y la borrachera de los placeres de los sentidos, confiesan siempre que éstos no están hechos para llenar su corazón, que no están hechos para contentar su espíritu, es decir, que no están hechos para la felicidad del hombre, ya que el hombre, sin su espíritu y su corazón, no es más que un vil montón de barro, de corrupción, de fango.

Alegraos, pues, cristianos que me escucháis, porque, al descubrirnos hoy la dicha de la patria celestial, puedo pintaros una felicidad tan conforme a vuestros deseos y a las necesidades de vuestros corazones.

Voy a hablaros del cielo, voy a transportaros al cielo; con vosotros sólo quiero ocuparme del cielo. Dejad de llorar, almas afligidas; y vosotros, pecadores, estad atentos. Quiero despertar vuestras esperanzas, arrancaros de la tierra abriéndoo los cielos. Y, para ello, éste es mi programa: el cielo es la dicha del espíritu, primer punto; él llena el corazón con abundancia de alegrías y con la dulzura de los bienes y consuelos del corazón, segundo punto ²².

²² Sólo conservamos el exordio de este sermón. El manuscrito 12 (A01.212), que trata del mismo asunto, se compone de notas breves e incompletas, propias del tipo de preparación que el Padre Coindre efectuaba con vistas a sus predicaciones.

Virgen santísima, augusta reina de este magnífico imperio, dignate remediar la debilidad de mis ideas y mi carencia de opiniones. Quítanos el velo que nos esconde estas brillantes y eternas moradas. Haz descender hasta nosotros algunos rayos de la gloria celestial para que, deslumbrados como Pablo por una luz divina, lleguemos a ser como él verdaderos discípulos de Jesucristo. *Ave María.* [Manuscrito 11]

El infierno ²³

Hermanos míos, hoy vengo de parte del Señor a anunciaros el más horroroso y terrible de los espectáculos; si toda nuestra carne no está invadida por el terror, es que o bien se ha vuelto insensible, o ya no sigue unida a un alma inteligente: el infierno, el infierno es lo que voy a predicaros. En cuanto ministro del juez de vivos y muertos, así como del Padre de todos los hombres, hasta ahora sólo os he hablado de las misericordias de mi Dios. Por lo tanto, traicionaría mi ministerio si pasase por alto el terror de su espantosa justicia, privaría a mis predicaciones de la verdad que las sanciona, sería responsable de las almas de estos pecadores que hasta ahora han resistido a mi voz si no les hiciera oír las horribles y desgarradoras voces que resuenan en los abismos y que pueden convertirles. Pre-

²³ En el programa de las misiones parroquiales, el Padre Coindre se reservaba habitualmente la predicación de las postrimerías; sus contemporáneos refieren que producía una fuerte impresión. Los archivos generales conservan numerosos manuscritos, a menudo fragmentarios, sobre este asunto. A falta de un conjunto completo sobre el infierno, aquí encontraremos tres extractos: un exordio, un anuncio de plan y una invocación final; y a continuación, bajo el título *Soy bueno y honrado*, la refutación de una objeción corriente en boca de los cristianos.

cisamente por eso, animado de estos pensamientos y superando la fineza de mi propio corazón, desafiando la delicadeza de nuestro siglo, que sólo quiere oír verdades suaves, he resuelto ante el Señor predicaros sus eternas venganzas.

Aquí es preciso que toda cabeza se humille, que el propio incrédulo sienta un profundo estremecimiento apoderándose de sus miembros; pues, aunque para él fuese dudosa la existencia del infierno, los eternos horrores que voy a describirle en nombre de la religión de Jesucristo, deben por sí mismos hablar lo bastante alto en su corazón como para hacer inclinar la balanza de sus dudas y comenzar a hacerle temer lo que él llama quimeras. Sí, incrédulos e impíos, pecadores y libertinos, no pretendo conmoveros hoy con las pruebas de la existencia del infierno; no ignoráis que es un dogma de esta augusta religión, establecida sobre las predicaciones de los profetas, sobre los prodigios de Jesucristo y de los Apóstoles; no ignoráis que es una verdad en la que han creído los genios más brillantes, los más extraordinarios sabios desde hace dieciocho siglos y toda esta muchedumbre de pontífices y reyes... y de pueblos extendidos en todo el universo católico. Ahora bien, esto me basta por hoy para esperar de vosotros, si sois razonables, que rindáis homenaje a la verdad que predico, pues al menos no tenéis [ya] razón para dudar tras estos testimonios. [Manuscrito 34]

Hay que predicar el infierno a los hombres:

1º porque en la otra vida Dios no distingue los sexos o las edades, sino las obras;

2º porque, digámoslo con franqueza, siendo cada día más escasa la religión en la clase humana, Él debe sacar también de ella un mayor número de reprobados;

3º predicamos el infierno en este siglo porque es más *incrédulo* y corrupto que los otros; además, necesita que le enseñen a creer en el infierno y en la eternidad;

4º predicamos el infierno *en medio de una ciudad* porque, podemos afirmarlo como hizo un célebre misionero que predicaba un día la misma verdad ante todo lo más grande y augusto de la capital: «Al proclamar las justicias del Altísimo en templos cubiertos por cañas, al anunciar las verdades más tremendas de la religión a los buenos habitantes de las montañas, ¿qué hemos hecho, desgraciados de nosotros? Hemos entristecido a los pobres, a los mejores amigos de nuestro Dios; hemos llevado el espanto a almas sencillas y fieles que habían conservado siempre la fe y a las que deberíamos haber llevado la compasión y el consuelo. Pero aquí, donde nuestras miradas se posan sobre tantos indiferentes, tantos libertinos, sobre nobles, ricos, opresores de la humanidad o bien pecadores atrevidos y empedernidos, ¡ah!, únicamente aquí es donde hay que hacer resonar la palabra santa con toda la fuerza de su trueno y colocar con nosotros en este púlpito por un lado la muerte que os amenaza y por otro a mi gran Dios que viene a juzgaros. Tengo hoy vuestra sentencia en la mano; por lo tanto, temblad ante mí, hombres soberbios y desdeñosos que me escucháis: la maldición eterna de Dios, la asamblea eterna de los malvados, el fuego eterno del infierno, la eternidad, siempre la eternidad, ante todo y sobre todo la eternidad: éstos son los asuntos de los que vengo a hablaros y que debería haber reservado sin duda para vosotros solos». [Manuscrito 37]

A ti me dirijo, oh Dios mío, para instruirlos. Tú les has [hecho] entrar [en] tu casa: por lo tanto, presenta ante su espantosa imaginación la imagen de este infierno mil veces más terrible de lo que yo acabo de pintarlo. Si

no quieren considerarla durante el día, preséntasela en el silencio de la noche; que ella les agite en su descanso, que les perturbe en sus sueños, que vean de antemano esos sombríos resplandores de la hoguera eterna a la que van a bajar; que se den cuenta de las legiones crueles de demonios y reprobados que les esperan para descuartizarlos; que oigan sus horribles blasfemias, sus gritos de dolor; que divisen allí, como le ocurrió a Santa Teresa, el sitio que pronto deben ocupar; que crean ya haber descendido hasta allí, que crean padecer sus dolores y llevar todo el peso de la aplastante eternidad, a fin de que, al despertarse sobresaltados, sin poderse soportar a sí mismos [...]

[Manuscrito 39]

Soy bueno y honrado. Pero el infierno, yo no temo al infierno, dirá alguno. Existe sólo para los perversos. Yo no soy ni asesino ni ladrón. ¿Acaso Dios podría condenarme por alguna negligencia en su culto, por algunos placeres, culpables es cierto, pero que no han impedido a mi corazón ser bueno y honrado?

¡Oh, infierno, ábrenos tus puertas y muéstranos a tus víctimas! Honradas gentes del siglo, hombres sin religión, contemplad y desengañaos. Mirad a este gran dragón erigido en rey del abismo: es Lucifer, la más hermosa, la más magnífica de las criaturas salidas de las manos de Dios; y, sin embargo, cayó de lo alto de los cielos como el rayo sin haber sido ni asesino ni ladrón; un solo pensamiento de orgullo lo perdió; quiso vivir independiente, ser semejante al Altísimo y ahora no es más que el príncipe de las prisiones eternas, condenado con todos los ángeles malos a un suplicio sin fin. ¡Pues bien, hombres orgullosos, que negáis a vuestro Dios el culto de adoración y de oración

que os pide aquí abajo, ya que imitáis a Lucifer en vuestra independencia, compartiréis por lo tanto su suplicio en una eterna cautividad; no dobláis aquí abajo la rodilla ante vuestro Dios: la doblaréis en los infiernos; no queréis bendecirlo ni cantar sus alabanzas: le maldeciréis, prorrumpiréis en blasfemias y éstos serán vuestros cánticos por toda la eternidad!

¿Sois buenos y honrados, no tenéis miedo al infierno? ¡Oh, infierno, ábrenos tus puertas y muéstranos a tus víctimas! Honradas gentes del siglo, hombres voluptuosos, contemplad y desengañaos. Mirad a los habitantes de las cinco ciudades desgraciadas. No se les conoce por haber hecho correr la sangre de los justos, despojado a los huérfanos y a las viudas, devastado las provincias por avaricia y ambición. Los hijos de Sodoma [practicaban] la hospitalidad con los extranjeros, pero lo hacían para corromperlos; todo su crimen consistía en esos vergonzosos excesos que vosotros llamáis debilidades de un alma tierna y compasiva, resultado perdonable de las inclinaciones que no perjudican a la persona, soberana felicidad de la vida presente. ¡Pues bien!, considerad ahora cuán soberana es su felicidad: *Sicut Sodoma [et Gomorra] factæ sunt exemplum ignis æterni pœnam sustinentes* (Judas 1, 7). Jóvenes voluptuosos, hombres adúlteros, chicas libertinas, esposos impúdicos que no tenéis reserva alguna en la relación conyugal: vosotros cometéis todos los crímenes que Sodoma cometía y como ella seréis también condenados.

¿No teméis al infierno? ¿Y por qué? ¿Porque no creéis en él? ¡Pues bien!, existe para vosotros; porque la cólera del Dios poderoso se ha encendido desde lo alto de los cielos, dice San Pablo, contra toda impiedad que se alza

contra la ciencia de Dios. La porción de los impíos e incrédulos será el estanque de azufre y fuego.

¿No teméis al infierno? ¿Y por qué? Porque no pensáis en él.

[Manuscrito 36]

III.- EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

Ventajas de una buena educación para los hijos y para sus padres

Si existe un sentimiento profundamente grabado en el corazón de quienes nos han dado la vida, ése no es otro que el deseo de nuestra felicidad. Aún no habíamos nacido y ya se ocupaban de nosotros; asociaban ya nuestros intereses a los suyos y organizaban todos sus proyectos pensando en las mayores ventajas para nosotros. Apenas hubimos abierto los ojos a la luz, nuestras madres olvidaron sus propios dolores para atender nuestras necesidades; y, conforme hemos visto aumentar el número de nuestros años, hemos sentido crecer en ellos nuevas solicitudes, nuevos trabajos para procurarnos unas condiciones ventajosas y honorables.

Por eso, hermanos míos, este sentimiento tan natural en el corazón de los padres y de las madres es el que pretendo despertar hoy en vosotros, para que deis a vuestros hijos una educación religiosa y esmerada, por las grandes ventajas que de ella deben extraer.

Todos los bienes del hombre se reducen a dos órdenes diferentes. El tesoro de una buena educación es la riqueza más ventajosa: 1º para los hijos que la reciben; 2º para los padres que la dan.

[Manuscrito 54]

Juventud cristiana y juventud incrédula

La vejez no encuentra lo que la juventud no amasó.

Que le pinten [a la juventud] con los más vivos colores la majestad infinita del Ser primero: su mirada penetrante que descubre todos los secretos de los corazones, su mano formidable a la que nada puede escapar, la severidad de sus juicios eternos; [que le pinten] la repelente fealdad del pecado, que es el único gran mal de este mundo, la amable belleza de la inocencia y de la virtud, cuyos encantos regocijan a los ángeles y hacen que el hombre se les parezca.

Y además sus jóvenes corazones, que ignoran aún el arrebató y la seducción de las pasiones, estando bajo vuestras manos como una cera blanda que acepta todas las formas y figuras, se mostrarían dóciles a la santidad de vuestros ejemplos; y así, habituados desde muy pronto a los sentimientos de la fe más viva, del respeto más profundo por la divinidad, de la estima más elevada por los bienes futuros, haríais de ellos una generación de santos y elegidos. [Los] veríais, a semejanza de los siete hermanos Macabeos, estar dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre por la religión de sus padres, dóciles hasta la muerte a la voz de la más heroica de las madres, que les [mostraría] los cielos. Los veríais tan religiosos como esa juventud cristiana de los primeros siglos, que tantas veces se mostró digna de sus padres y cuyo gozo era compartir la suerte de los ancianos volando con ellos al martirio. En fin, sin remontarnos a ejemplos tan antiguos, hallaríamos Bernardos, porque [...], Ildelfonsos, San Luises, porque habría Blancas [de Castilla] que les repetirían: «Hijo mío, [...]».

Pero, por el contrario, ¿qué vemos hoy? Una juventud incrédula que se monta ya sus propios sistemas, que proclama máximas anticristianas incluso antes de haber estudiado los primeros elementos del cristianismo; una juventud orgullosa y cortante que se erige en doctores [más instruidos] que los Padres de la Iglesia y en reformadores de las prácticas que el propio Jesucristo nos dejó; una juventud impía y blasfema que considera el Evangelio como una fábula, la piedad [como] una superstición, el infierno [como] el espantapájaros de las almas tímidas, la religión [como] un yugo que hay que sacudirse gloriosamente; una juventud insultante y rebelde que trata de simpleza la virtud de una madre que le [recomienda] las prácticas más esenciales del culto, que se cree en una edad en la que se está por encima de toda lección y que es el árbitro independiente de sus destinos eternos, como si existiese una edad en la vida humana en la que el espíritu y el corazón del hombre no tuviesen nunca más necesidad de consejo y pudieran sustraerse a esta docilidad filial. [Manuscrito 65]

No son más que niños

Son niños, sí, niños; pero que han tenido bastante inteligencia para aprender y hablar en menos tiempo y con mayor exactitud su propia lengua que los mismísimos sabios para aprender y hablar las lenguas muertas a pesar del trabajo más tenaz y de las más maduras reflexiones; niños que, a pesar de esa multitud infinita de sonidos confusos que golpearon al principio sus oídos, no necesitaron más que algunos signos para discernir el sentido de cada palabra y aplicarlos a los objetos cuya imagen representan.

Son niños, sí, niños cuyo cerebro, lleno de una sustancia blanda, recibe más fácil y más profundamente todas las impresiones que se le dan; niños cuya curiosidad, tanto más activa cuanto mayor es su ignorancia, se da cuenta de todo, lo observa todo, adivina incluso las cosas a medio expresar. Juzgadlo por vosotros mismos y reconoceréis que mientras vuestros imprudentes padres, creyéndooos ocupados en juegos infantiles, se comunicaban malas cosas, vosotros disimulabais más aún con una distracción más aparente y os regocijabais en secreto de poder prestarles oído atento sin levantar ante ellos la menor sospecha.

[Manuscrito 66]

Influencia de las primeras consignas

¿Son jóvenes? Precisamente por eso, todo lo que oyen se imprime fácilmente en su espíritu y deja en él profundas huellas que casi ya no se pueden borrar. Semejante a recipientes nuevos, que conservan mucho tiempo el olor del primer licor depositado en ellos, el espíritu de la juventud lleva durante toda la vida la impronta de las primeras consignas que se le repitieron; éstas sólo se desarrollan y fortifican si echan, con el tiempo, profundas raíces, pasando pronto de la memoria y del espíritu al corazón; y, de ahí, imprimiéndose en sus hábitos mediante la práctica y la costumbre, llegan a ser para él una segunda naturaleza casi imposible de cambiar.

[Manuscrito 56]

Consejos de los filósofos paganos a los padres

Venid, padres ciegos, y ved a esta juventud que no ha recibido más que una educación negligente e irregular. Si

en esta materia no creéis a [los] predicadores evangélicos, permitidme que os instruya por la boca de los filósofos de la antigua Grecia. Escuchad sus lecciones, dignas de los Padres de la Iglesia. Aristóteles y Platón son quienes, desde el seno de las tinieblas del paganismo, van a hacer estallar vivas luces ante vuestros ojos.

Separad [de vuestros hijos], os dicen, a los esclavos y a los criados, cuyos ejemplos y palabras pueden resultarles perjudiciales. Prohibid a la juventud toda lectura de comedia y todo espectáculo. Que se destierre de las ciudades toda pintura, toda escultura, todo tapiz que ofrezca a su mirada alguna imagen indecente o peligrosa; y si los obreros, incluso los más trabajadores, no quieren avenirse a la sabiduría de estas normas, que los magistrados les obliguen a llevar a otra parte su funesta habilidad. Que en una ciudad, siguen diciendo, todo enseñe e inspire la virtud: inscripciones, cuadros, estatuas, juegos, conversaciones familiares; que, con todo lo que golpea ojos y oídos, se forme una especie de atmósfera y ambiente saludables que se insinúen imperceptiblemente en el alma de los niños y que, ayudados y apoyados por la instrucción de los maestros, les alcancen, desde la más tierna edad, el amor al bien y el gusto por las cosas honestas.

Ahora bien, hermanos, enrojezcamos aquí mismo por el horroroso contraste de nuestras obras respecto a la sabiduría de estos preceptos que el paganismo nos ha dejado. ¿Qué veis hoy día en el seno de las familias y en el recinto de nuestras ciudades, sino un montón monstruoso de objetos propicios para adular las pasiones y alimentar la codicia de la juventud? ¿Acaso no se desprende de nuestros usos y palabras un aire contagioso y pestilente que exhala por doquier un olor de muerte?

De vosotros, de vuestras palabras es de donde ellos han aprendido lo que debían ignorar toda su vida; por el contagio de vuestros escándalos es por lo que se han convertido en viciosos incluso antes de saber qué es el vicio.

[Manuscrito 64]

Educación apropiada y atenta

¿Los abandonáis a su suerte? Esperad y veréis, os harán pagar muy cara vuestra culpable negligencia. ¿Os comportáis con ellos sin bondad ni ternura? No os mostrarán ni amor ni confianza. ¿Los conducís con una familiaridad demasiado fácil? Os despreciarán y [no] os regalarán ni la veneración ni el respeto. ¿Vuestra autoridad es demasiado severa? Corroerán impacientemente su cadena y sólo suspirarán por el momento de libertad. ¿Utilizáis con ellos una complacencia floja, una dulzura que no sabe ni castigar ni reprender? Os dominarán. ¿Los abandonáis a su libre albedrío? Serán vuestro oprobio y tormento sin permitirlos manifestarles vuestro dolor. ¿Los irritáis con una firmeza demasiado austera que no sabe jamás ni disimular ni perdonar? Los haréis atrevidos e irascibles, y su carácter será sombrío, siempre dispuestos a defenderse, porque vosotros habéis estado siempre listos para acusarlos.

¿Queréis obtener de vuestros hijos las más dulces de las satisfacciones, encontrar en ellos la dicha de vuestra ancianidad? Estudiad su inclinación natural, acomodaos a su carácter y conservad siempre un razonable temperamento tanto en vuestros castigos como en vuestras recompensas, en vuestras reprimendas como en vuestras caricias. Reprimid este espíritu desbocado e impetuoso,

pero no lo avinagréis. Tened paciencia con este espíritu lento y tardío, pero no favorezcáis en absoluto la ociosi-

dad y la indolencia. Rebajad los humos de esta alma orgullosa y altanera, pero no la volváis baja y rastrera. Reprimid mediante el temor, cautivad con el terror a este corazón rebelde e indócil, pero absteneos de inspirarle una sólida timidez pueril. [Manuscrito 57]

Cultivad el espíritu de la juventud

Al decidirme a hablar de la educación desde el púlpito, mi deseo no es tratarla desde el punto de vista literario y profano, sino únicamente bajo los aspectos religiosos y morales.

Aunque la religión, esta hija de la luz, no haya tenido nunca mayores enemigos que las tinieblas de la ignorancia y la tosquedad de los espíritus incultos; aunque nunca haya sido desgarrada por las turbulencias de las herejías, deshonrada por los mayores escándalos, asolada por las supersticiones más monstruosas, a no ser en el siglo en que el triunfo del espíritu humano era el más universal; aunque los siglos de talento le hayan proporcionado los más sublimes apologistas, los más célebres doctores, los más poderosos apóstoles en palabras y obras, yo sólo puedo animar hoy señalando a los cabezas de familia y a los maestros preclaros que hacen los mayores esfuerzos para cultivar el espíritu de la juventud y dar a las ciencias y a las letras el más brillante y vasto de los imperios. Que los filósofos y retóricos os presenten las mayores recompensas que acompañan por doquier al hombre preclaro e instruido; que os lo muestren siempre dominando en el sacerdocio, en la espada y, en primer lugar, en la magistra-

tura y el comercio; estos incentivos que halagan vuestra codicia y orgullo serán siempre lo bastante poderosos como para inspiraros los mayores sacrificios; también,

hoy día, [a] la vista del cielo que [impulsa] a los padres hacia la educación [...] de sus hijos, tenemos [al] menos [ganas] de decirles: cultivad el espíritu de la juventud.

[Manuscrito 59]

Enseñar la religión a los hijos

Hay que instruir a los niños en la religión. Les proporcionáis maestros de danza, llenáis su memoria con hechos fabulosos del antiguo paganismo, como si Jesucristo debiera pedirnos un día si habéis formado buenos bailarines, excelentes poetas, hábiles oradores.

Hacer que conozcan los misterios, prevenirles contra las declamaciones impías.

Con ello, mostrarles a Jesucristo, esperado en el Antiguo Testamento y reinante en el Nuevo: eso se demuestra con hechos. Nos limitamos a algunas ideas confusas sobre Jesucristo, sobre el Evangelio, sobre la Iglesia, sobre la necesidad de someterse a su infalible autoridad [...]

Mediante acontecimientos históricos, representarles la religión como hermosa, amable, augusta, en vez de triste y lánguida. Prevenirles contra la superstición: varios padres lo hacen poco.

- «¡Es que no tengo tiempo!» Pero, ¿qué otra cosa tiene usted que hacer el domingo?

- «¡Es que no estoy preparado!» ¡Muy bien! Entonces llévelos con usted a las clases elementales sobre la reli-

gión; si ellos no son capaces, enséñeles a confesarse; varios los envían sin [...] nada después.

Tener devoción al Niño Jesús [...] y que en edad adulta repetía: «Dejad que los niños vengan a mí». La devoción a María para obtener la protección sobre su pureza, al Án-

gel de la Guarda; enseñarles a no empezar nunca una acción importante [...] [Manuscrito 62]

Animar a los hijos a la virtud

Se os permite, padres y madres, querer más a vuestros hijos virtuosos; incluso debéis aplaudir, favorecer sus bellas cualidades con señales sensibles de vuestra aprobación. Se trata de un medio de estimular a la virtud, una emulación santa y necesaria, pues si un estado floreciente debe encubrir el crimen de oprobio y recompensar las bellas acciones, vuestra familia, que es una república de hermanos, debe estar movida por los mismos principios. Nunca consideraré, pues, sabio al que ve con los mismos ojos al hijo inocente y auténtico que al astuto y malo. Pero, también, que no se extiendan los favores sobre las ventajas puramente gratuitas de la naturaleza; que no se menosprecie a ese hijo, a esa hija, a quienes el Señor ha privado, felizmente, de las gracias y encantos que les hubiesen llevado a la perdición; la bondad del corazón es la que merece los elogios y no una hermosura frágil que a menudo sólo sirve para enorgullecerse. Amad a vuestros hijos virtuosos, a fin de estimular a serlo a quienes no lo son; pero no provoquéis nunca celos cuando [...] Ahí se esconde la ruina de las familias. Todas las lecciones del maestro más sabio y virtuoso no valen lo que un buen padre dice a este respecto: porque un hijo sabe, y no se

equivoca lo más mínimo, que la única finalidad de su padre es trabajar para hacerle feliz y digno de serlo.

[Manuscrito 58 c]

Obediencia de los hijos para con sus padres

Honora patrem tuum et matrem tuam [...] ut sis longævus super terram (Ef 6, 2-3)

Nuestro siglo, tras haber sacudido violentamente todos los principios de las costumbres, ha desembocado por lo tanto en este triste estado de conformar su conducta a su funesto capricho. Hoy, en las familias, más reglas, más subordinación, más autoridad para reprimir el libertinaje. Bien porque los padres son los primeros promotores de estos desórdenes al no saber mandar a sus hijos, bien porque estos hijos desgraciados, imitando la conducta de quienes les conducen, aprenden pronto a una cierta edad a prescindir de la autoridad paterna, es frecuente y nada extraño ya en nuestro siglo encontrar entre los hijos esta sumisión, este respeto que deben al autor de sus días hasta el momento de su entrada en la tumba. Aún no ha llegado a los quince años cuando, si un padre vigilante quiere controlar a un hijo indócil, éste se rebela interiormente y suspira después por el día en que la ley lo sustraiga del poder paterno. ¡Cuántos proyectos insensatos no se forja esta juventud por no tener otros maestros que a sí misma! Desertar de la familia, buscar un asilo en el ruido de las armas [...] Es que la religión no ha sido [...] ¡Qué distinto era con nuestros antepasados! [...] Dignos imitadores de los antiguos patriarcas, habían aprendido a estar sometidos a la autoridad sin ni siquiera exceptuar la edad de las canas. Obraban así a ejemplo de Jacob, quien a los setenta

y cinco [años] obedeció a la voz de su padre para elegirse una esposa. *Obediens Jacob parentibus suis isset in Syriam* (Gn 28, 7). [Manuscrito 58 a]

La indocilidad de los hijos, castigo para los padres

Ellos serán los historiadores de vuestras costumbres para el siglo en el que entran. Herederos tanto de vuestros pensamientos como sentimientos, imprimirán en vuestros

descendientes los caracteres de virtud o de impiedad que vosotros mismos les habéis transmitido. [Serán] magistrados sin probidad y sin honor, si no habéis cultivado su corazón, *irascimini et nolite peccare*. ¡Oh, cuántos males legarán a su posteridad los crímenes de los padres irreligiosos y llenos de vicios! *Ego sum Dominus Deus tuus fortis, zelotes, visitans iniquitatem patrum in filios in tertiam et quartam generationem eorum qui oderunt me*. (Ex 20, 5) ²⁴

La indocilidad de estos hijos desagraciados, sus desórdenes escandalosos afligirán la vejez de esos padres culpables que verán brotar de su corazón esas semillas de irreligión y de corrupción que tanto sus ejemplos como sus palabras habrán sembrado en ellos. Se lamentarán de la audacia de estos libertinos, que se habrán sacudido el yugo de la obediencia y del respeto, y no se acusarán de haber sido ellos mismos los forjadores de esas desgracias al librarles del yugo del Evangelio y de la fe. La escasa fortuna que sus sudores y desvelos hayan podido acumular con tantas penalidades, la verán saqueada, robada, por parte de estos hijos malditos [que] la disiparán en la vorá-

gine de los juegos, de los placeres y del libertinaje, de los préstamos escandalosos, etc., etc..., que arruinarán el honor y la fortuna del padre. Serán los primeros, esperando quizás que incluso no acaben llevándose [...] porque [...] *Deus fortis...*

Pero, y así lo deseo, tendrán hijos más dignos de otros padres que [éstos]: un carácter feliz, un respeto, un amor al trabajo y a la honestidad, tanto más loable cuanto que sólo habrán sido testigos de la indolencia de un padre pe-

²⁴ El Padre Coindre anotó al margen de esta cita latina: «Pronunciar con gravedad y lentitud».

rezoso. Quizás se lamentarán de haberles dado un día la vida; pero, en medio de su furor, no saben que Dios les ha concedido este don, que ha hecho apreciar y gustar todas las cualidades de este hijo únicamente para hacerles sentir más vivamente su pérdida. Sí, Él cortará esta joven planta que daba tan hermosas esperanzas. La arrancará de esta familia indigna de tenerla. No la dejará en esta tierra de corrupción, por miedo a que la malicia cambie la bondad actual de su corazón. Le dará los cielos y, por su muerte, no dejará a este padre infiel e incrédulo más que las lágrimas y el dolor de verse arrebatado un hijo mucho más amado y estimado por sus virtudes que por los lazos de la sangre. *Deus fortis...*

Si los hijos justos son así golpeados para castigar a sus padres, ¡cuál no será la suerte de los hijos culpables! Su muerte fatal precederá a la del autor de sus días. ¡Ay, cuántos hay que irán quizás a prepararles un lugar en lo profundo de los infiernos, esperando que vengan a reunirse con ellos en una tumba! ¡Cuántos que, aligerando a sus padres el fardo de su mala conducta, irán a reclamar en los abismos la venganza del Juez soberano sobre sus padres que les perdieron! Pero, y así lo deseo, infortunados padres, ojalá que estos herederos de vuestros vicios os sirviesen, pero para vuestra mayor desgracia. Pues su muerte prematura hubiese bastado quizás para abriros los ojos y haceros entrar en penitencia, mientras que, dejados sin castigo en vuestro aletargado endurecimiento, moriréis sin arrepentimiento y, aunque condenados a las llamas, las sentiréis cada vez más vivas dado que vuestra posteridad transmitirá más fielmente la impiedad y los crímenes que le habéis dejado. *Deus fortis...* Porque, no os quepa ninguna duda de ello, el Señor puede sacarles los

ejemplos más conmovedores, las luces interiores que podrían iluminarles, los consejos prudentes de las personas sabias y dejarles seguir la corrupción del corazón; y entonces, al igual que otros hijos de padres desgraciados, vivirán tal y como se les haya enseñado. Así es como Constantinopla, África, Inglaterra [...], así es como el pueblo judío [...]

[Manuscrito 58 d]

Desavenencia de las parejas

¿Por qué tantas disensiones en las familias, tantas disputas, tantos disturbios? ¿Por qué tantas desuniones entre los esposos, tantas desobediencias entre los hijos, tantas infidelidades por parte de los criados? ¿Por qué, por todas partes, que si guerras intestinas, que si aflicciones, que si desolaciones, que si injurias, que si odios, que si animosidades, que si venganzas? Cristianos, ¿por qué? San Crisóstomo va a responderos: *Nisi peccata seminasset non in domo sua spina et tribuli succoissent nisi peccatorum scintillas occultasset Dominus non conflagrasset*. Pues, continúa este doctor, vuestra esposa, en cuanto os ve entrar, se abalanza sobre vosotros con la furia de las [bestias] de nuestras selvas; afila contra vosotros su lengua como una espada, no

hay más que reproches, más que amenazas. En verdad, es doloroso para vosotros que la que debía ayudaros a llevar el común fardo de vuestras penas, se declare en vuestra contra. Pero, decidme, ¿no os lo habéis merecido? ¿Acaso no hay en vuestra conducta algún vicio, algún pecado, de donde nace la discordia? Y, si no hay ninguno ahora, ¿no habéis cometido nunca alguno por el que aún no habéis recibido el correspondiente castigo? Sin embargo, tenéis que expiarlos. Ahora bien, precisamente de vuestra esposa es de quien Dios obtendrá la expiación de estos crímenes. Él curará la herida causada a

vuestra alma por el carácter agrio y penoso de vuestra mujer. Ella ignora, sin duda, lo que obra en vosotros; pero también el instrumento que en manos hábiles cura las llagas de nuestros cuerpos, ignora el efecto que debe producir. Sólo el médico instruido sabe lo que se propone. Así es como Dios, el gran médico de nuestras almas, maneja el carácter de vuestra esposa como un instrumento ciego para curaros. Pues la Sagrada Escritura nos lo enseña en términos formales: *Mulier mala viro peccatori dabitur* ²⁵.

[Manuscrito 58 f]

Dulzura y firmeza en el ejercicio de la autoridad

[...] Pero, no penséis que esta autoridad es siempre severa e imperiosa. No, ella exige respeto, pero un respeto mezclado de temor y de amor. El temor suple a la debilidad de la razón, fija y detiene la inconstancia y la ligereza de una edad poco susceptible de reflexión e incapaz de

governarse por sí misma; pero una dulzura que conquista sin debilitar, quita al mandato lo que tiene de duro y de austero y se convierte, mediante el atractivo del placer, en el lazo más firme de la subordinación y de la obediencia. Así, un sabio temperamento entre una severidad exagerada y una dulzura excesiva, eso es lo que constituye el alma y el dinamismo de todo buen gobierno, y en particular del gobierno doméstico.

Pero, ¿cómo conseguir esta feliz mezcla de cosas que parecen incompatibles? Más fácilmente de lo que uno piensa. ¿Queréis ganaros su amor? Empezad por amar vosotros mismos. Tened para con vuestros hijos entrañas

²⁵ *Pars bona mulier bona, in parte timentium Deum dabitur viro pro factis bonis.* (Si 26, 3)

de bondad, de mansedumbre, de ternura. Desterrad de vuestros modales la ira, el arrebato, todo exceso que provoque el odio y el desprecio. ¿Queréis ganaros su temor? Mostraos como el enemigo declarado de todo vicio, el vengador inexorable de toda falta señalada y, en vuestros castigos y reprimendas, no mostréis jamás ni debilidad ni arrepentimiento; que vuestra autoridad no tenga nada de rudo; que vuestra tolerancia no tenga nada de blando. Reprended sin amargura y sin pena, sed suaves e insinuantes, sin familiaridad excesiva ni complacencia servil, y habréis alcanzado el medio más poderoso de una buena educación: el de ganarse el amor y el temor a la vez.

[Manuscrito 60]

Ocupad a vuestros hijos y entretenedlos

No dejéis a vuestros hijos en una ociosidad perniciosa. Que, desde la más tierna edad, aprovechen el tiempo con el estudio o el trabajo. Que se les habitúe a eso mediante el cebo de las recompensas y el atractivo del placer. Así se acostumbrarán a alejarse de la ociosidad [y] a llenar dignamente los diversos estados a los que la Providencia les llama. Pero [no] los sobrecarguéis con esfuerzos demasiado prematuros; eso supondría quizás agotar y embotar su espíritu debilitando la salud del cuerpo. Intercalad sus pequeños trabajos con recreos que tanto les animan; las diversiones que les dan agilidad y flexibilidad les convienen perfectamente. Darles [...] predispone al aburrimiento y al rechazo de las diversiones ordinarias; y el medio seguro de que la juventud aborrezca la vida seria y laboriosa, de que encuentre sosos e insoportables los placeres sencillos, es hacerles asistir a los espectáculos públicos, que dan grandes conmociones al alma y los acostumbran a sentimientos e ideas novelescas.

[Manuscrito 51]

Hay que cuidar la educación de las hijas

La educación de las señoritas exige los mayores cuidados por parte de los padres. Un día serán madres y necesitan virtudes para sus esposos, para sus hijos y para sobrellevar las cargas de este estado. Para sus hijos. Aunque la virtud deba ser compartida tanto por el esposo como por la esposa, sin embargo es aún más deseable en la esposa respecto a sus hijos. La razón de ello es muy sencilla: desde el instante en que se convierte en madre hasta el momento en que da la educación a los hijos, ella vela, acaricia, instruye al fruto de sus entrañas; con ello se gana su confianza, su cariño, a menudo más fuerte que por el padre, ocupado en sus asuntos y negocios. Si [es] virtuosa, les hace mamar las más preciosas cualidades con la leche con que los alimenta. El padre, aunque no practicase la religión, mediante sabias precauciones y prudentes avisos,

borrará del espíritu de sus hijos las funestas impresiones de su mal ejemplo. Como madre, enseñará a sus hijas a parecersele. El honor, la inocencia, el pudor florecerán entre sus manos, será el apóstol de su casa y el Señor se complacerá en premiar sus virtudes con la abundancia de sus bendiciones y de sus gracias reservadas a las familias virtuosas. Por el contrario, aunque una chica no tenga principios ni fe [...] Por eso Rebeca, la cariñosa madre de Jacob, decía de este hijo bien amado: *Si acceperit Jacob uxorem de stirpe huius terræ, nolo vivere.* (Gn 27, 46). Y yo os digo, esposos, como Jacob: *Noli accipere coniugem de genere Chanaan.* (Gn 28, 1). [Manuscrito 58 b]

La madre, educadora de su hija

Madres, enseñad a vuestras hijas las virtudes propias de su sexo: la laboriosidad, el ahorro y la limpieza. Lejos de vuestras lecciones el aprendizaje de la afectación, de la moda y de la vanidad. Cuando a su vez lleguen a ser madres de familia, las mujeres no laboriosas, ni cumplidoras, ni atentas al detalle de los cuidados domésticos, no serán más que la ruina de sus hogares, la desgracia de sus esposos, la perdición de sus hijos mal educados y, a menudo, la plaga de otras varias familias por los estragos de su corrupción.

Sin la aplicación al trabajo, todo les resultará penoso: la piedad será para ellas insípida y sin atractivo alguno; la frivolidad y el gusto pernicioso de las diversiones y de los espectáculos alimentarán en ellas una sensibilidad peligrosa, una imaginación siempre errante. Las veréis erigirse en señoritingas que se apasionan por las novelas, llenar su espíritu de mil aventuras quiméricas, [...] de esos hermosos sentimientos soñadores que no se encuentran en ninguna parte. Y creerán poder vivir como princesas imaginarias, a quienes una pluma mágica las ha presentado siempre encantadoras, siempre adorables, siempre por encima de las necesidades. Pero, ¡qué cambio más espantoso para ellas cuando, de un mundo tan hermoso y elevado, deben descender de repente al más bajo detalle del hogar, cuando tienen que soportar el talante, la dureza de un esposo! Entonces es cuando se hace sentir el vacío de vuestra mala educación; la pena, la amargura [...]

En vez de inculcar a vuestros hijos esos vanos temores, de espantarlos con esos horrorosos fantasmas que trastornan tan vivamente su aún tierno cerebro, representadles

el bien con la idea más amable y el mal con los colores más horribles.

[Manuscrito 55]

Consecuencias de una mala educación

¿Cuáles son las pasiones que la educación de hoy no inflama? ¿El orgullo? ¡Pero si los esfuerzos más [corrientes] de quienes educan a la juventud se centran en presentarles grandes lugares rodeados de gloria y de fortuna como las más dignas recompensas a sus trabajos, y presentarles una afrenta como una injuria sangrante cuya cuestión de honor debe tomarse la justicia por su mano y vengarse eternamente! ¿La voluptuosidad? ¡Pero si basta con mirar a esas madres inicuas, atentas a enseñar a sus hijas el peligroso arte de gustar; ellas dirigen con sus propias manos su vanidad; las instruyen [con] mil artificios ignorados en una edad aún tierna; no cesan de hablarles de las ventajas de la belleza; ellas mismas las llevan a lugares donde su inocencia no entra nunca sin que su corazón resulte herido!

Convierten a sus hijos en herederos de sus enemistades y no les presentan [...]

Entonces, ¿qué ocurre, cristianos? Abrid los ojos a las escenas funestas que se representan sin cesar en el teatro del mundo. Mirad a esos hombres convertidos en el hazmerreír y el oprobio del mundo que arrastran en su infamia los miserables restos de una vida vergonzosa y deplorable; esos hombres debilitados por la fuerza de la edad, convertidos por sus infames pasiones en la ruina y desesperación eternas de su familia, la peste de las costumbres públicas; esos hombres que parecen nacidos únicamente para ser la desgracia de una esposa virtuosa [...]

[Manuscrito 63]

Pedagogía de la corrección

Para las faltas ligeras, advertid a vuestros hijos con el tono de la bondad y de la dulzura; reservad el aspecto y el tono severo de la reprimenda para faltas más considerables. Elegid el instante más favorable en el que la corrección pueda producir una impresión más profunda; desconfiad del genio y de la inmediatez que os arrastran a castigar en el mismo momento de la falta; estimularíais la pasión en vez de domarla; predispondríais [al hijo] a faltarnos al respeto y a sospechar que actuáis por genio. Guardaos de excitar su acritud mediante palabras demasiado duras y ultrajantes, su berrinche mediante exageraciones fuera de lugar, su orgullo mediante muestras de desprecio. Conceded siempre a vuestros hijos la oportu-

nidad de corregirse de sus faltas. Una reprimenda seca inspira pena y desanima; que estén convencidos de que se les corrige por su bien.

No pretendáis someterlos con una autoridad seca y absoluta. Hacedles entrar a menudo en las razones que os obligan a lo que les mandáis. A los hijos les gusta ser tratados como personas razonables; y, haciéndoles suave la obediencia, se les hace percibir la finalidad ventajosa de lo que os proponéis. Que una alabanza a punto, que caricias razonables los animen en sus duros esfuerzos. La vergüenza y la infamia deben resultarles más duros aún que los castigos.

Perdonad más bien veinte faltas confesadas con franqueza que una sola encubierta acompañada de malas excusas. Hacedles ver la mentira como algo bajo, indigno, vergonzoso; alabad, por el contrario, la ingenuidad que se confiesa culpable y no reprochéis jamás una falta recono-

cida. Absteneos de utilizar con ellos el engaño y la astucia, porque les enseñaríais el disimulo, que de por sí ya les es demasiado natural.

¿En qué consiste la educación? El mundo la circunscribe a algunos gestos de cortesía, a algunos refinamientos de urbanidad, a algunas ceremonias envaradas que considera como costumbres sagradas; y no piensa que es el corazón [...] [Manuscrito 53]

Del buen uso de la corrección de los hijos

No vayáis a creer que os aplaudo, padres despiadados, y a vosotras, madres furiosas, que corregís a vuestros hijos más con un genio severo y caprichoso que por odio al vicio y amor al deber. No, no podéis darles un castigo saludable con unos ojos centelleantes, con una voz alterada, con una boca rabiosa; ni con esas blasfemias y horribles maldiciones que vomitáis sin cesar; ni con ese tono de furor con el que parecéis querer extraerles la sangre que les disteis.

Las correcciones más útiles nacen más bien de las recompensas que de los castigos, porque las recompensas estimulan y los castigos desaniman. Un rigor exagerado favorece la indolencia, al dejarle el pretexto de la imposibilidad. Una moderación compasiva, pero justa y constante, que por lo general sólo exige lo esencial, y lo exige siempre, consigue un espíritu enemigo del malestar y le quita el recurso del pataleo.

Si alguna vez se hace necesario el castigo, que no sea ni precipitado ni fulminante, porque entonces amarga, irrita y da a la justicia el aspecto de la opresión y de la violen-

cia. El arte de disimular pequeñas negligencias es, en ciertas ocasiones, el de prevenir mayores desviaciones. Y aquél que reprende todo con idéntica severidad, desconoce la fragilidad de la naturaleza, que muestra siempre su poco valor por algún lado; desgasta, vuelve insípida la sal de sus reprimendas y, por la costumbre de atronar siempre, reduce al hijo a la costumbre de oírlo sin enmienda ni arrepentimiento.

Que una madre utilice a menudo la enseñanza, la exhortación, el reproche que nace de la sensibilidad y que la hace nacer; que se lo gane, no con esas bajas familiaridades que colocan al mismo nivel a la madre y al hijo, que debilitan en una el nervio de la autoridad y hacen despreciar al otro el yugo de la obediencia, sino con esas demostraciones de un amor [reservado] en sus justos límites y atemperado por la sabiduría y la gravedad de una ternura que sabe hacerse respetar. Que un padre hable poco, que con una sola mirada haga bajar la frente y derramar las lágrimas.

Pero, si unos caracteres traviesos y rebeldes se resisten a estos medios de caridad y moderación, padres y madres, el Apóstol os lo ordena, utilizad el instrumento del dolor; imprimid en sus carnes el sentimiento del deber, doblegad su terca voluntad bajo las marcas de la vara. *Educate illos in disciplina et correctione Domini* (Ef 6, 4). Pero evitad una penitencia demasiado precipitada y demasiado fulminante; así, la naturalidad les justificará la necesidad de este proceder.

Evitad gritar y pegar sin tregua, pues ésa es la señal de una mala educación. Pero hay una peor todavía: es la de esos padres blandos y complacientes que no utilizan ja-

más ni castigos ni reprimendas; quienes, mediante viles halagos y serviles complacencias, festejan los defectos de sus hijos y los aplauden como si fuesen bonitas graciosidades, benditas primicias; quienes, siendo lo bastante impíos y libertinos como para no secundar los esfuerzos de una madre contra la irreligión y corrupción incipientes de un hijo que sigue sus pasos, favorecen con su silencio lecturas impías y novelas, esas ausencias prolongadas y quizá nocturnas, esas constantes y escandalosas salidas con chicas, esas citas en esos bailes, en esos teatros, -ya lo diré-, esas frecuentaciones de lugares infames donde se dilapida la fortuna, se arruina la salud y se pierde el alma. ¡Ah, padres...!

Pero peor aún la de esas madres idólatras que son siempre el refugio de sus hijos contra el mal genio de un padre justamente enfadado, que condenan en su presencia una severidad que es bien razonable y que enjugar las lágrimas que su culpable indulgencia acaba de provocar.

[Manuscrito 52 a]

Saber dosificar alabanza y reprimenda

Una palabra de alabanza y un gesto de cariño dados a tiempo llegan hasta el fondo del alma.

Sin embargo, el gran arte de corregir un corazón no está siempre en unas palabras de alabanza y unas pruebas de afecto; si, expresadas a tiempo, son un agujijón que pica el alma hasta lo más sensible, dadas con profusión se vuelven insulsas e insípidas; a veces hay que sazonar el encanto de la alabanza con la sal de la reprimenda, hacer que una sirva como correctivo de la otra, pues entonces la alabanza resulta más deliciosa y la reprimenda más llevadera.

No obstante, si debéis enderezar un carácter indócil que se rebela contra toda enseñanza, un carácter de impetuosidad que se envalentona con la dulzura y se enfada con el castigo, tened consideración sin desmayo; no pretendáis doblar esta joven planta al primer intento: la quebraríais o la romperíais. Una sabia y discreta lentitud dobla insensiblemente un temperamento vivo e impetuoso; proporciona las pruebas a la debilidad, no suaviza nada de lo que ordena, castiga la altanería y el orgullo indóviles más aún con el sometimiento y la humillación que mediante el castigo del dolor. [Manuscrito 52 c]

Guardarse de la parcialidad

Educación no mala, sino peor todavía, la de esas madres parciales, más dignas del título de madrastras que del de madres, quienes, mediante preferencias ostensibles, fomentan entre los hermanos antipatías que no se apagan a menudo más que en la tumba; quienes, lejos de apoyar a un hijo poco favorecido por la naturaleza, le pegan, lo embrutecen a base de rechazos y tratos indignos; quienes únicamente son cariñosas con aquéllos que nacieron con los rasgos de una cara más normal, olvidando que sus entrañas también llevaron a los otros; y, en consecuencia, pecan contra esa caridad universal que [no] hace acepción de persona y contra la sumisión que deben a la Providencia, a la que reprochan abiertamente la demasiado larga existencia de un don que abate su orgullo y confunde sus esperanzas. [Manuscrito 52 b]

Perdición eterna de los hijos

[...] y para que esta verdad os resulte más evidente, hago una suposición, terrible -la verdad sea dicha- pero quizás ya comprobada por varios padres que me escu-

chan. Supongamos que vuestros hijos, mal educados, os hayan precedido en la tumba y que, muertos impenitentes, hayan sido reprobados tanto como consecuencia de vuestra mala educación como debido al efecto de su propia malicia. ¡Qué gritos de desesperación y de rabia no lanzarán desde el fondo de los abismos! ¿No sería tal vez ése el grito de venganza consignado en las páginas del Apocalipsis: *Usquequo, Domine, sanctus et verus non indicas et non vindicas sanguinem nostrum de iis qui habitant in terra?* (Ap 6, 10) ¿Hasta cuándo, Dios santo y veraz, vas a

estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre contra los habitantes de la tierra que han hecho condenar nuestras almas y derramar nuestra sangre? ¿Hasta cuándo, inmersos en estos horribles abismos, deberemos esperar el único consuelo de nuestra desesperación: el consuelo de gozar del espectáculo de la venganza, de ver sentados en la misma hoguera, desgarrados por las mismas torturas, víctimas de las espantosas convulsiones que nos agitan, a los primeros autores de nuestro suplicio, a los padres indignos que nos perdieron? ¡Ojalá no hubieran existido ni el día que nos vio nacer ni la noche en la que pudo decirse: ha sido concebido un hombre! ¿Por qué no perecimos al salir de las fuentes del bautismo? ¿Por qué nuestras pérfidas madres nos recibieron en su [regazo], nos alimentaron con su leche, en vez de asfixiarnos sin piedad contra su seno? *Quare egressus ex utero...?, cur lactatus uberibus?* (Jb 3, 11-12). Ahora dormiríamos en el polvo de la tumba y nuestro sueño sería tranquilo; pero, ¡ay!, el miedo, el temblor y una muerte que renace sin cesar se han apoderado de nosotros y todos nuestros huesos están rotos. Suspiramos, lloramos y nuestros rugidos sobrepasan a los largos mugidos de un mar que se rompe

con estrépito contra vastos peñascos. Por eso, ningún perdón, nada de amor, nada de ternura para aquéllos que nos perdieron habiendo podido salvarnos. Venganza, eterna venganza, justo juez: esto es lo que reclaman los gritos de nuestra rabia y de nuestros eternos sufrimientos.
Usquequo, Domine,... [Manuscrito 51]

IV.- OBRAS DE CIRCUNSTANCIAS

Aniversario de la coronación del Emperador ²⁶

Habebitis autem hanc diem in monumentum; et celebrabitis eam sollemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno. (Ex 12, 14)

Esta solemnidad servirá de recuerdo público de la protección del Señor; la celebraréis de generación en generación con un culto eterno a la gloria del Altísimo.

Monseñor:

No ha sido para dar al mundo un vano espectáculo, por lo que el altar y el trono se han unido en la solemnidad de este día. Era digno del talento del monarca de este imperio comprender que del cielo era de donde obtenía todas sus victorias y que era al cielo adonde debía devolverlas; asumir que, de todos los títulos de los príncipes, el más sagrado e inviolable era el de ungido del Señor, y que, de todas las instituciones humanas, las más útiles para un imperio son las solemnidades religiosas, que unen el cielo y la tie-

²⁶ Un decreto de 1806 ordenaba celebrar con pompa, el primer domingo de diciembre, el aniversario de la coronación del Emperador y el de la victoria de Austerlitz. Siendo primer coadjutor en la parroquia de Nuestra Señora de Bourg y contando sólo 26 años de edad, Andrés Coindre pronunció el discurso oficial en la catedral de San Juan de Lyon en 1813. Una tradición transmitida por el Sr. Malligand, cuñado del orador sagrado, sostenía que lo hizo en presencia del Emperador; pero en esa fecha Napoleón se encontraba en París.

rra para cooperar a la conservación de los reyes y a la prosperidad de los estados. Por eso, la Iglesia, esta ardiente celadora de la gloria del Altísimo y tierna madre de los emperadores y de los pueblos, se ha apresurado a darle la mano para establecer la solemnidad que nos reúne. Ha hecho de ella una ley para sus ministros y les ha dicho con los efluvios del más vivo reconocimiento y de la más santa alegría: «Este gran día servirá de recuerdo público de la protección del Señor; lo celebraréis de generación en generación con un culto eterno a la gloria del Altísimo». *Celebrabitur eam sollemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno*. Así pues, el fin de esta institución religiosa ha sido no el de ofrecer ante nuestros ojos un espectáculo de ceremonia vana y de simple ostentación, sino el de abrir nuestras bocas y nuestros corazones a la alabanza del Altísimo y el de vincular su poder a la felicidad pública; y de ahí que, para corresponder a opiniones tan útiles y tan sabias, examinaremos brevemente hasta qué punto esta solemnidad resulta gloriosa para Dios y ventajosa para el Estado. Tal será la rica materia que debe ocupar vuestra atención y que me la promete de antemano. Para empezar, ¿existe algo más glorioso para el Señor que el homenaje solemne de los sentimientos de la religión y de la fe, de las acciones de gracias y de las oraciones que caracterizan la solemnidad de este día? ¿Puede ser más noble la majestad de las personas encargadas de ello, más augusta la grandeza de los objetos, más brillante la pompa, más venerable el fin? Ya no son hombres misteriosos y vulgares los que vienen, buscando un ligero beneficio, a ofrecer en secreto al Señor un tributo escondido de su amor y de su gratitud. Es el conjunto de todo lo que

el imperio tiene de más distinguido tanto en poder como en sabiduría, en dignidad como en virtud; es todo lo que el trono tiene de más grande, el altar de más sacerdotal, la espada de más valiente, la magistratura de más íntegro, el saber de más profundo y extenso; son los grandes del Estado los que se rinden solemnemente en este día al pie de los altares para ofrecer a Jesucristo el incienso de sus oraciones y el homenaje de todos sus éxitos en todos los campos.

El jefe del Imperio, guiado por el Todopoderoso a la cabeza de nuestros ejércitos y revestido por esta fuerza invencible con la que reunió a los restos esparcidos de la nación, es el que expulsó a los enemigos extranjeros, apaciguó las guerras intestinas, recogió a los ministros del culto dispersos, devolvió el sacerdocio a sus altares y al pueblo francés sus solemnidades y sus templos. Este monarca poderoso es quien, bajo la égida del Dios de los ejércitos, conduce de victoria en victoria, en medio de todos los triunfos, a la sombra de todos los laureles, coronado finalmente con la unción real y elevado al primer trono del universo para fundar el mayor de los imperios; él es quien reconoce hoy que el Maestro de los cielos es el Rey de los reyes, el Señor de los señores, aquél de quien emana toda majestad, todo poder y toda gloria, aquél que sin moverse concede el movimiento a todo y que, cuando le place, alza y derriba todos los tronos y todos los imperios. Lejos de atribuir a su propio valor la gloria de sus gestas militares, lejos de mirar los laureles cosechados en medio de los peligros como obra de sus manos, atribuye al Altísimo toda su gloria, a Él hace rendir solemnes acciones de gracias por ellos y a Él parece decir con el gran rey profeta: «Bendito sea Yahvé, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la batalla».

Benedictus Dominus Deus meus, qui docet manus meas ad proelium et digitos meos ad bellum (Sal 144, 1). Despreciando todas las opiniones impías de un siglo donde la incredulidad y la irreligión parecen haberse convertido en títulos de gloria y sabiduría, reconoce que toda su sabiduría y toda su gloria están en Aquél que vela sobre todos los pensamientos, que ve al descubierto –hasta en las profundidades infinitas del porvenir– los corazones de todos los reyes y de todos los pueblos, y que, en los pensamientos profundos e impenetrables de su eterna sabiduría, anima todos los resortes secretos del mundo moral así como los brillantes cambios del mundo político.

He aquí, señores, los grandes motivos que han unido al príncipe con la Iglesia para establecer la solemnidad que nos congrega, para hacer del aniversario de su coronación un día en el que los pontífices y los sacerdotes, los príncipes del pueblo y el pueblo mismo se reunirían en nuestros templos para adorar y bendecir al Señor, y hacer resonar la gloria de su nombre por toda la extensión del imperio.

Ahora bien, señores, aunque no podamos añadir nada a la gloria esencial de Aquél que es efectivamente toda gloria, ¿no es verdad decir que, así como las débiles criaturas son capaces de glorificar a su Creador en este mundo, nuestro Dios recibe hoy de esta institución religiosa honores y alabanzas verdaderamente dignos del Dios del universo? Pues, ¿no es cierto que en este día nuestro Dios aparece como el único grande, el único poderoso, el único invencible, al ver postrados a sus pies al más poderoso de los soberanos y a todos los grandes de su imperio confesando humildemente que deben a su providencia la estabilidad y la conservación del Estado, que si

su ojo invisible dejase de vigilar la ciudad y su mano poderosa de sostener el edificio, su vigilancia sería vana y sus esfuerzos no evitarían su ruina? *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat qui custodit eam* (Sal 127, 1). ¿No es acaso en este día cuando la religión es proclamada a los ojos de todo el universo como la protectora poderosa y necesaria de todos los gobiernos, ya que el gobierno más preclaro y más fuerte declara en alta voz mediante esta ceremonia solemne que ha juzgado necesario asentarse para siempre sobre su eterna base? ¿No es acaso en este día cuando el cielo recibe la reparación auténtica de los ultrajes recibidos en los días de tinieblas y de desastres, ya que no existe ningún lugar en todo el suelo francés donde las autoridades religiosas y civiles no estén reunidas para alabar a este Ser supremo, al que tanto se ha blasfemado en esos templos y santuarios que se habían convertido en asilos de la depredación, del escándalo y del sacrilegio? ¿No es acaso en este día cuando el estandarte de la cruz es reconocido como el lábaro de la victoria, ya que tantos intrépidos guerreros condecorados con signos de su valor depositan a sus pies las palmas de su triunfo y parecen decirnos como antaño el cielo al gran Constantino: «Con este signo vencerás»? *In hoc signo vinces*. ¿No es acaso en este día cuando esta misma cruz es reconocida como la fuente de toda justicia, ya que los jueces más dignos y más venerables se prosternan a sus pies como ante el símbolo de esta justicia divina que ha presidido todos sus juicios y dictado todas sus sentencias, como ante el instrumento de Aquél que no se reservó a su propio Hijo y que, con gran poder y terrible majestad, ejercerá un juicio severo sobre todos los que juzgan? *Judicium durissimum his qui præsunt fiet* (Sb 6, 6). Finalmente, ¿no es acaso en este día cuando esta misma cruz es decla-

rada abiertamente como el código sagrado donde se inspiran todos los buenos pensamientos, todas las ideas repentinas, todas las reglas de sabiduría y de prudencia, código en el que encontramos todos los vicios anatematizados, todas las virtudes envalentonadas, todas las verdades morales y religiosas enseñadas con la energía del más poderoso de los ejemplos, ya que los administradores más íntegros tanto en sabiduría como en experiencia vienen a ofrecerle el tributo de su respeto y veneración, el homenaje de su sabia administración, la gloria de todas las virtudes, tanto del hombre público como privado, de todas sus virtudes, tanto religiosas como sociales? Alegraos, pues, ministros celosos de la gloria del Altísimo, sacerdotes del Dios viviente, bendecid al Señor; y vosotros, todos los que le servís, abrid vuestros corazones a la alabanza. *Benedicite, sacerdotes Domini, Domino... benedicite, servi Domini, Domino* (Dn 3, 84-85).

Y vosotros, reyes y jueces de las naciones, príncipes y pueblos de la tierra, ancianos y jóvenes, vírgenes y niños, alabad el nombre del Señor, porque hoy nada parece grande sino su nombre. *Laudate nomen Domini, quia exaltatum est nomen ejus* (Sal 148, 12). Bendecid, alabad al Señor, porque esta solemnidad no sólo es gloriosa al Dios del universo, sino que además es de las más ventajosas para el soberano y para el pueblo, para los príncipes y para los jueces de la tierra. *Laudate Dominum, reges terræ et omnes populi, principes et omnes iudices terræ* (Sal 148, 11).

En efecto, señores, ¡qué ventajas inapreciables no promete al Estado entero la institución religiosa que nos congrega! ¡Qué miembro de la sociedad no recoge de ella los frutos más preciados y abundantes! ¡No son acaso las gestiones religiosas de los grandes de los Estados las que desde siempre han atraído sobre los súbditos tesoros de

prosperidad, de paz y de salvación? Sí, padres de los pueblos, ellos son como los herederos de esas bendiciones celestiales que los patriarcas derramaban sobre sus numerosas familias. Si [los súbditos, los príncipes, los reyes] elevan los brazos hacia el cielo como hizo el jefe de los Hebreos sobre la santa montaña, el pueblo que lucha en la llanura arrancará infaliblemente la victoria de las manos de sus enemigos. Si, en medio de las desgracias de su patria, derraman lágrimas de penitencia, se cubren de ceniza y de cilicio como el rey de Nínive, a pesar de las amenazas fulminantes de los Jonás, el Señor se conmoverá por sus obras y en su favor perdonará a su pueblo: *Vidit Deus opera eorum et misertus est* (Jon 3, 10). Finalmente, aunque se viesen obligados a poner la mano en la espada, como Judas Macabeo para vengar a su patria, si caminasen cantando las alabanzas del Señor, con un puñado de hombres reducirían al polvo a sus enemigos: *Viderunt exercitum fortem, oravit Judas et dixit: Benedictus es, salvator Israël, qui contrivisti impetum potentis in manu seroi tui David* (1 M 4, 30).

Ahora bien, señores, si tal es la eficacia de las virtudes y de las plegarias de los grandes de los imperios, ¿qué tesoro de bendiciones no atraerán sobre el buen pueblo, del que sois sus magistrados, los sentimientos generosos de vuestra piedad y los nobles efluvios de vuestras acciones de gracias! No vais a hablar al oído del Creador en nombre del hombre privado, sino en nombre de la nación entera, en nombre de Jesucristo, que ha prometido su asistencia a toda asamblea que lo invoca. Alabad, pues, al Señor, pueblos de este Imperio, porque el cielo va a abrirse a

la voz de vuestros maestros. *Laudate Dominum omnes populi* (Sal 117, 1). Y también vosotros, reyes, príncipes del

pueblo y jueces de la tierra, celebrad ahora sus alabanzas, porque al pie de sus altares acude hoy un pueblo inmenso para unirse al carro de vuestra autoridad, mediante una veneración más profunda, un amor más tierno, un agradecimiento más vivo y una entrega más universal. *Laudate Dominum, reges, principes et iudices terræ* (Sal 148, 11).

Efectivamente, señores, ¡qué maravilloso el intercambio que se hace hoy en este santuario entre vosotros y la religión, cuyo culto honráis! Mediante el espectáculo edificante de vuestra piedad, pedís incluso a las almas más irreligiosas la veneración y la confianza hacia la religión de Jesucristo; y esta misma religión, en dichoso intercambio, inspira a todos el respeto y la sumisión hacia la augusta persona del soberano y hacia todos los depositarios de su poder. Por el ardor de vuestros votos y el incienso de vuestras públicas oraciones, enseñáis a todos que la fuente de los buenos éxitos está en la protección celestial que siempre obtiene la oración del que se humilla, *Oratio humiliantis se nubes penetrabit* (Si 35, 21); y la religión, celosa por recompensaros con las mismas riquezas, grita hoy a todos en boca de sus ministros: «Orad por los poderes superiores, por los que gobiernan, por la vida del rey y de su hijo, para que sus días sobre la tierra sean días de paz como lo son los del cielo». *Orate pro vita regis et pro vita filii ejus ut dies eorum sicut dies caeli super terram*. Con los efluvios de vuestro agradecimiento y la solemnidad de vuestras acciones de gracias, enseñáis a todos a devolver la gloria a la fuente de toda gloria, a dar a Dios lo que le pertenece; y la religión, no menos justa y razonable, grita hoy a todos desde lo alto de este púlpito: «Dad al César lo que es del César, los tributos e impuestos a quienes corresponden, el temor a quien es debido, el honor a quien

procede». *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari* (Mt 22, 21). Y, lejos de dejar desvanecer el recuerdo de estos grandes preceptos con los acentos del que los proclama, ella misma graba todas las buenas máximas, todas las ideas de respeto y de obediencia, de fidelidad y de servicio en los corazones de todos aquéllos que nos escuchan. Ella las hace respetables a los poderosos por el carácter de la autoridad sagrada de la que ellos emanan, familiares al pueblo llano por el carácter de una popularidad evangélica que acompaña su lenguaje, imponente y majestuosa en sus lecciones, de forma muy distinta a una filosofía soberbia que sólo reconoce en la persona del príncipe a un hijo de la fortuna que el azar ha conducido al trono y entre cuyas manos ha depositado las riendas del imperio.

Ella descubre a todos, en la persona del monarca, un carácter sobrenatural que lo convierte en el ungido del Señor, en el ministro de su providencia, en la imagen visible de su poder y majestad eternos; más universal en su imperio que todas las leyes humanas, que como mucho sólo detienen el brazo de ciertos culpables y sólo condenan la maldad de ciertos crímenes, la religión manda a todos los hombres, abarca todas las obras, se apodera del corazón por completo; ella clava su espada invisible hasta los repliegues más secretos del alma, extirpándole todos los gérmenes de injusticia, insubordinación e ingratitud, vicios destructores del orden social; cultiva todos los sentimientos nobles y heroicos, inspira todos los esfuerzos generosos, anima a todos los grandes sacrificios, corona todas las acciones virtuosas. Su tribunal es una conciencia iluminada e íntegra, y su remunerador Aquél cuyo ojo está siempre abierto y cuya mano es siempre generosa. Más vigilante que la policía más activa, que no escudriña en la oscuridad, donde se esconden las malas

conversaciones, donde se traman los perversos complots, ella vela noche y día por la seguridad del príncipe y de sus ministros; ella descubre de igual modo todo lo que está rodeado de misterio como lo que aparece públicamente a la luz del día; ella espera tanto al hombre aislado y solitario como a la multitud más numerosa y le dice: «Guárdate de maldecir a los dioses visibles de la tierra, o incluso de envilecerlos en lo secreto de tu corazón». *In cogitatione tua regi ne detrahas* (Qo 10, 20).

Finalmente, más poderosa por el amor y la confianza que ella da que todas las penas por su fuerza coercitiva, ella sola vincula profundamente los corazones de los súbditos a su soberano, los encadena sin violencia a la luz de su suprema voluntad. Ella convierte a los Estados como en una gran familia, donde los súbditos ejecutan las órdenes de los poderosos con una obediencia filial y los poderosos mandan con paternal autoridad.

¡Gracias inmortales te sean dadas, oh Iglesia católica, que has querido unirse de buen grado con el príncipe para establecer hoy esta dichosa competición de los poderes religiosos y civiles, tan gloriosos para Dios y tan ventajosos para el Imperio! ¡Gloria al monarca, que concibió esta gran idea!

¡Oh, Francia!, ¡oh, patria mía!, tus votos y nobles esfuerzos no quedarán sin frutos; deseas la paz y una paz honorable colmará tus deseos; prosternada hoy por completo al pie de los santos altares, se te ve suplicarla a grandes gritos a Aquél que ha venido a traerla y poner

mucho más tu confianza en la fuerza del nombre del Señor que en el número de tus caballos y carros; y, contra todos sus esfuerzos juntos, tú permanecerás en pie. *Ipsi*

obligati sunt et ceciderunt, nos autem in nomine Domini et surreximus et erecti sumus (Sal 20, 9).

Por eso, señores, llenos de estas dulces esperanzas, uniremos nuestros corazones y nuestras voces para atraer sobre todo este Imperio las miradas del Padre de las misericordias. Elevaremos nuestros brazos hacia su trono y le diremos con este gran prelado, cuya tierna piedad y cuyo celo ardiente por su gloria hablan aún más alto a su corazón de lo que a nuestros ojos habla el brillo de las más eminentes dignidades que lo adornan. Le diremos: «Dios grande, extiende sobre tu Iglesia el escudo de esta protección poderosa que impedirá siempre a las puertas del infierno prevalecer contra ella; haz brillar cada vez más sobre nuestra patria los rayos de esta fe celestial que vivifica a todos los imperios; derrama sobre nuestros pueblos y ciudades el río de la abundancia; haz que, en los tribunales de nuestros jueces, se sienta en todo tiempo el genio del saber y de la justicia, en el trono de nuestros maestros, el genio de la fuerza y de la beneficencia; concede a todos la virtud, la paz y la felicidad en este mundo y ábrenos las puertas de la feliz eternidad». Amén. [Manuscrito 167]

Panegírico de San Vicente de Paúl ²⁷

²⁷ Entre los manuscritos del Padre Coindre conservamos dos panegíricos de San Vicente de Paúl. El primero (manuscrito 161) fue publicado en las *Notes de prédication*, páginas 180 a 201. Presentamos aquí la segunda versión.

Spiritus Domini super me, ad anuntiandum mansuetis misit me et ut consolare omnes lugentes. (Is 61, 1-2)

El Espíritu del Señor se ha posado sobre mí; me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres y consolar a todos los que lloran.

Sea cual sea el tamaño de las penas con que el Señor castiga a menudo nuestros crímenes aquí abajo, sin embargo los azotes de su justicia están tan suavizados en este mundo por los beneficios de su misericordia que, aun cuando parece muy irritado, nunca deja sin cura nuestros males ni sin remedio nuestras heridas. Aunque permita al indócil amor de la novedad extender por doquier errores seductores, aunque, para vengar su ley desconocida, llame contra Jerusalén a los reyes de los pueblos del aquilón, aunque coloque su trono a la entrada de sus puertas, alrededor de sus murallas, para quemar con el fuego de su indignación a hombres y animales, árboles de los campos y bosques de la tierra, no obstante Él determina en su eterna sabiduría el término que debe dar al progreso de la irreligión y a los sufrimientos de la humanidad. Atento a los gritos de dolor que lanzan los justos, Él suscita, en un tiempo en que todo parece desesperado, hombres de su diestra que pueden decir con verdad: «El Espíritu del Señor se ha posado sobre mí; me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres y consolar a todos los que lloran».

Así, tras las violentas sacudidas con las que la herejía de los últimos siglos había agitado a la Iglesia y a Europa, regenerará la faz de la tierra mediante una muchedumbre de santos y sabios personajes, entre los que brilla con un resplandor inmortal aquél cuya solemnidad nos congrega.

Vicente de Paúl, aun sin tener el genio sublime de Bossuet, la elocuencia profunda de Bourdaloue, ni el don de los brillantes prodigios de Francisco Javier, sí que tuvo el celo de la gloria de Dios y el espíritu de administración de Ignacio de Loyola, la mansedumbre y la modestia de Francisco de Sales, la humildad, la penitencia austera, la confianza inquebrantable de Régis²⁸ y por encima de todo los recursos inmensos de una caridad incomparable que lo coloca a la cabeza, no temo en decirlo, de todos los bienhechores de la humanidad que le precedieron y quizás de los que aún quedan por seguirle.

Viviendo en un siglo en el que el fanatismo derribaba los altares, degollaba a los sacerdotes, enfrentaba unas contra otras a las provincias de un mismo reino, él reparó las ruinas del santuario y de la patria mediante obras de religión y de beneficencia que reunieron todo lo que la caridad tiene de más conmovedor, de más maravilloso y de más útil con todo lo que el celo tiene de más ardiente y de más sabio en su proceder, de más noble y desinteresado en sus motivos, de más feliz y humilde en sus logros; de modo que pudo decir con alegría: «El Espíritu del Señor se ha posado sobre mí; me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres y consolar a todos los que lloran».

De ahí que, en medio de este vasto panorama de gloria y de virtudes, resplandecen tan numerosas y tan grandes maravillas que la imaginación se asombra y el pincel se escapa sin saber por dónde [comenzar]. Aunque animado

²⁸ San Juan-Francisco Régis, jesuita (1597-1640), apóstol del Velay y del Vivarais (actuales departamentos del Alto Loira y de la Ardèche respectivamente).

por las órdenes de mis superiores –cuyas bondades me inspiran tanta confianza como respeto me pide la eminencia de su dignidad– y apoyado por la presencia augusta de un clero ilustre al que la oración y los saberes vuelven esencialmente indulgente, yo nunca me hubiese atrevido a realizar un elogio tan por encima de mis fuerzas si no hubiese juzgado que bastaba, para la gloria de Vicente de Paúl, con mostrar simplemente en su vida todos los servicios que un santo sacerdote puede dar a la religión y a la humanidad.

Oh, María, tú de quien Vicente imploraba tan a menudo el auxilio, tú que en su cautividad le obtuviste la gracia de convertir a su maestro apóstata, obténme, gracias a este breve relato de sus virtudes, el precioso favor de edificar y conmover a esta vasta asamblea de tus fieles. *Ave, María...*

Primera parte

Cuando, en los días de su misericordia, el Señor quiere regalar a su Iglesia a uno de esos hombres extraordinarios colocados en las naciones y en los reinos para arrancar y destruir, para edificar y plantar de una manera eficaz y majestuosa, raramente elige a los más poderosos instrumentos de su gloria en los palacios de los poderosos o en el seno de las academias sabias. Desea que la sola acción de su gracia sea vista al descubierto, que el hombre no se enorgullezca de los prodigios de los que sólo es su frágil instrumento y, tomando los medios en lo que está privado de todo brillo y de todo poder, cambie radicalmente lo que es con lo que no es. Y dijo a los hombres elegidos, como en otro tiempo a Moisés, que guardaba los rebaños de Jetró, su suegro, o más bien como a Jeremías,

que sólo se creía un niño incapaz de hablar: «Adondequiera que Yo te envíe, irás; no tengas miedo; pues mira que hoy te he convertido en plaza fuerte, en pilar de hierro y en muralla de bronce frente a toda esta tierra, así se trate de los reyes de Judá como de sus jefes, de sus sacerdotes o del pueblo de la tierra». *Ego dedi te in civitatem munitam regibus Juda, principibus ejus et sacerdotibus et populo terræ.* (Jr 1, 18). En estos rasgos, hermanos míos, ¿no reconocéis a Vicente de Paúl, quien, simple pastor en su infancia, fue sin embargo elegido por Dios para ser sucesivamente pastor de los pueblos, apóstol del clero, defensor de la Iglesia, consejero de príncipes y reyes?

En efecto, ¡oh, Dios mío, qué admirables son tus designios y qué alejados están de los vanos pensamientos de los hombres! Estoy viendo nacer a Vicente en una cabaña de Pouy, pueblecito de la Garonne, a finales del siglo XVI. Todo lo que le rodea es pobre, débil y oscuro. La única riqueza de sus padres es un trabajo asiduo, unido a una vida frugal. Su nombre apenas es conocido en la aldea donde viven. Los talentos que le han transmitido no tienen nada de ese fulgor que encanta al mundo. La educación que le dan hasta los doce años no es otra que la tosca ignorancia de un pastor siempre solitario con sus rebaños. ¿Quién se atrevería a creer que ése es el santo del siglo, el que será el alma de todo lo que se hará de grandioso durante su vida para gloria del Altísimo? Sí, el Señor ha dicho: «Yo estoy con vosotros, yo derribaré todos los obstáculos». Y he aquí que sus padres se deciden a hacer algunos sacrificios para los primeros gastos de su educación. Y he aquí que un abogado célebre, que reconoce su valía, le confía dos hijos como alumnos. Y con esto, Vicente [logra] proseguir sus estudios [y] alcanza la eminente dignidad del sacerdocio.

Sin embargo, Dios omnipotente, ¿en qué nuevo abismo vas a precipitarlo todavía? ¿Qué será de él en manos de los piratas en el mar de Marsella? Veo a tres bandoleros armados; alrededor del navío que lo transporta, una avalancha de flechas que llueven de todos lados; el timonel de Vicente ve [su barco] hecho añicos; veo al propio Vicente atravesado por una jabalina, conducido cautivo a Túnez, en Berbería; a Vicente puesto en venta en la plaza pública, expuesto a todas las pruebas de los esclavos; veo a Vicente vendido a un pescador, revendido a un químico, comprado de nuevo por un renegado. ¡Qué destino, hermanos míos, para un cristiano, para un sacerdote de Jesucristo: ser esclavo de un apóstata! Pero, esperad; el que lo pone a prueba es también el que lo consuela, quien da la muerte y quien resucita, el que envía a veces a uno de sus santos hasta las mismas puertas de los infiernos para arrancar de allí a una sola alma y después lo retira con ella, cargado de méritos, animado por un celo más ardiente y una conmiseración más viva. Efectivamente, ocupado en cultivar la tierra bajo un sol abrasador, no resulta en vano cuando hace resonar las montañas de la Berbería con el mismo canto de dolor con que los Israelitas hacían resonar en otro tiempo las orillas del Eúfrates. No resulta en vano cuando invoca a la augusta María y repite en su honor los conmovedores himnos que la Iglesia le dirige. Su voz, animada por los acentos de un corazón enternecido y mezclada con suaves

y abundantes lágrimas, penetra hasta el fondo del alma de la mujer del renegado. Ella reprocha a su marido el abandono que ha hecho de una religión que le parece tan hermosa. La voz de la gracia y del remordimiento secundada sus reproches. El dueño apóstata cae de rodillas ante su esclavo, llora su crimen entre sus brazos y ya no lo

llamará más que liberador y padre suyo. Y Vicente, tras haber triunfado de los innumerables males de la cautividad mediante una constancia y una piedad para siempre ejemplares, lo conduce a Roma, cautivo de Jesucristo, con una gloria y un mérito más reales de los que nunca tuvieron los antiguos dictadores que llevaban al Capitolio a los reyes vencidos, atados al carro de su triunfo.

Y llegados a este punto, hermanos míos, no seguiré de Roma a París a Vicente encargado de un legado importante. No os lo presentaré ni en la corte de Enrique el Grande, adonde le envió el más hábil negociante de su tiempo, el cardenal d'Ossat, ni buscando otro favor del príncipe que el de una pronta jubilación, ni en la soledad de una incipiente congregación en la que fue objeto de admiración universal y sobre todo de la del cardenal de Bérulle, su piadoso fundador, considerarse como el más miserable y más indigno de los sacerdotes, ni en la célebre casa de Gondi, en la que habiendo sido durante doce años maestro de uno de los primeros pares del reino y del ilustre cardenal de Retz, hizo amar la virtud sin favorecer el vicio y restableció en su favor, en el corazón de los padres y de los alumnos, en contra del destino de los maestros habituales, los sentimientos de la veneración más profunda y del más tierno amor. Pero es el momento de verle cumplir uno de los principales fines de su vocación y, abrasado por este fuego celestial que Jesucristo ha venido a

encender en todos los corazones, se convierte en el modelo de todos los pastores de los pueblos. *Ego dedi te in civitatem munitam populo terræ*. Pero esta primera conquista es sólo el débil preludio de las que seguirán en su carrera apostólica.

Cuando el Espíritu de Dios anima a un obrero evangélico, se manifiesta mediante cualidades que atraen todas

las miradas y un poder que remueve todos los corazones. Es un fuego divino al que nada terreno alimenta y que abrasa todo lo que está cerca, una llama celestial que se extiende y se propaga sin límite y que no tiene nada de imprudente ni soberbio. Puro en sus proyectos, el apóstol que por él está habitado, es inaccesible al móvil del interés y de la gloria mundana. Es sencillo, lleno de unción y animado en sus sermones; y, al mismo tiempo que parece hablar únicamente al ignorante y al pobre, subyuga el orgullo del sabio y del rico. Omnipotente por la fuerza de Dios que le impulsa, reconoce humildemente la incapacidad del que riega y planta; y, anonadado ante la abundancia de los frutos que recoge, atribuye todo a la gloria de Aquél que da el crecimiento y la vida.

Así, pues, tal fue Vicente en el ejercicio de su brillante ministerio. Despegado de todo y de sí mismo, no busca sino a Dios en todas sus obras. Considera como una especie de sacrilegio el hecho de servirse de un ministerio santo para adquirir una reputación profana. Ambicioso de la pobreza tanto como los demás hombres lo son [de las] riquezas, no recibe nunca para él más que lo necesario y rechaza todo cuanto le ofrecen a fin de mejorar la suerte de sus padres pobres. Tiene por nada el esfuerzo humano en la obra de la salvación de los hombres. La locura de la cruz constituye toda su sabiduría. Y, en su habitual

sencillez, acostumbra a decir que, así como una oveja sólo produce una oveja y un hombre otro hombre, de igual modo para formar santos hay que ser santo uno mismo. Lejos de buscar los primeros púlpitos y los vastos auditorios de las ciudades, que resuenan siempre de manera suficiente la palabra santa, él anuncia preferiblemente las verdades eternas en los templos y púlpitos demasiado a menudo mudos de los pueblos; viva imagen de

Aquél que llamó al pesebre a los pastores antes que a los reyes, que rehuía los palacios de la tierra para evangelizar a los pobres en las aldeas de la Judea, él se traslada con alegría a las chabolas y cabañas rústicas y aisladas para catequizar a la infancia, reprender los desórdenes, reconciliar los corazones ulcerados por el odio. ¿Estáis viendo su carrera rápida y fructífera: Clichy, Joigny, Villepreux, Montmirail, Châtillon-les-Dombes y tantos otros pueblos y aldeas donde da rienda suelta a su celo? No se detiene allí por donde pasa sino el tiempo necesario para convertir, y para convertir no necesita sino el tiempo de aparecer. De sus paternales labios fluye una unción divina que conmueve y llega tanto a los soberbios como a los humildes, que obliga a los Lamoignon ²⁹, siempre ávidos de oírlo, a exclamar: «Mi corazón arde de amor divino cuando D. Vicente habla. Tengo el alma completamente perfumada con lo que este santo varón acaba de decirnos». No, nada se le resiste. Ante las palabras de su voz apostólica, las ciudades se estremecen, la capital se muestra solícita, la corte lo reclama, todos los corazones se abren para obedecerle.

Y, sin buscar en otro sitio fuera de su diócesis la prueba del fruto maravilloso de su celo, Châtillon-les-Dombes, a ti te corresponde enseñarnos y contarnos cuánto bien pudo hacer Vicente en tantas otras parroquias viendo el que obró en tu seno durante algunos meses de su ministerio. ¡Ay, en qué abismo de males te hallabas sumergida en esos momentos! Rodeada por las tinieblas de la más burda ignorancia, sumergida por el diluvio de una corrupción general, comenzabas a entrar en el dominio de la

²⁹ Guillaume de Lamoignon (1617-1677), primer presidente en el Parlamento de París, magistrado célebre por su integridad y virtud.

herejía de Calvino a la vez que eras la cloaca de toda la provincia. Tus sacerdotes, arrastrados por el torrente depravador, se corrompían en una ociosidad vergonzosa y daban a la impiedad un impulso más rápido y más contagioso mediante el escándalo de sus ejemplos. Pero consuélate: Vicente apareció entre tus muros y la fuente de tus desdichas se secó de repente. Utiliza y multiplica sus momentos mediante el orden y la sabiduría con los que los distribuye. Tiene fijadas las horas de la meditación y del oficio divino, del estudio y del confesionario. Dos veces al día es el buen Pastor. Visita a sus ovejas para conocerlas y darse él mismo a conocer. Crea y dirige personalmente y con regularidad asociaciones de caridad y de celo apostólico para el bien de su parroquia; celebra a diario los terribles misterios de los santos altares con una piedad y una modestia angelicales que impresionan a todas las miradas. Habla a los sentidos y al corazón, dando a los cantos y a las ceremonias de la Iglesia esa gravedad majestuosa que los caracteriza. Desde lo alto del sagrado púlpito instruye, atruena, fulmina. Veo a los Lachassaigne y a los Chazot de Brulourt ³⁰, veo a esas jóvenes e ilustres señoras, orgullosas de su nacimiento y totalmente prendadas de las vanidades del mundo, transformadas de repente como por un rayo, pisotear los líos amorosos, los juegos, los adornos, dar prioridad a la piedad y, mediante la propaganda de su conversión y el heroísmo de una caridad sublime, sacudir y arrastrar a toda la parroquia. Veo a ese famoso conde de Rougemont, que por el furor de los duelos había hecho temblar a tantos hombres intrépidos, esclavo de un falso concepto del honor, lo veo a él mismo temblar ahora a los pies del púlpito de Vicente e, inconso-

³⁰ Lachassaigne, Chazot de Brulourt, de Rougemont, familias nobles conocidas

lable por la pérdida de tantas víctimas que alardeaba haber inmolado, entregarse a lágrimas amar-gas, a rigores de penitencia que hizo falta moderar, vender sus tierras para alivio de los pobres y secundar en todo las empresas de Vicente con su influencia y sus donativos. Finalmente, para no perdernos en demasiados detalles minuciosos, veo [desaparecidos] los excesos escandalosos, desterrados los bailes, a la herejía confín-dida y abjurando de sus errores, veo al clero ocioso reuniéndose en una comunidad laboriosa y ferviente; y, para decir todo en una palabra, veo a los sacerdotes, a los pueblos, a los pecadores empedernidos volver al recto camino con tanto ardor y tanta actividad que, según expresión del auténtico historiador de su vida, aún no habían pasado cuatro meses cuando era imposible reconocer a Châtillon en el propio Châtillon. Pero en un escenario mayor es donde merece la pena considerar el ardor y la amplitud de su celo apostólico. Ya no es en una sola parroquia donde formó algunos elegidos, sino que envía a todas las partes de Europa, por no decir del uni-verso entero, la salvación y la luz a través del célebre Instituto de la Misión, del que fue su fundador. En efecto, apenas la piadosa condesa de Joigny ³¹ le entrega una suma considerable para esta santa obra, él congrega en la capital y anima con su inspiración a algunos virtuosos sacerdotes. Esta incipiente congregación, al principio débil como el grano de mostaza, se desarrolla y se extiende pronto como un gran árbol que debe cubrir el mundo entero con sus ramas saludables. Todas las provincias de Francia las ven pronto aparecer. Les llaman de todas par-

³¹ Françoise Marguerite de Silly, esposa de Philippe Emmanuel de Gondi; en el siglo XVII, la familia de Gondi poseía el condado de Joigny.

tes. La única casa de San Lázaro ³² [abastece] a más de se-
tecientas misiones, mientras Vicente es su superior. Aún
no habrá terminado su carrera, cuando ya sus discípulos
estarán en el Piamonte, Polonia, Escocia e Irlanda. En
cualquier sitio donde uno de ellos aparecerá, se creará es-
tar viendo y oyendo al mismísimo Vicente. Por así decirlo,
él se verá multiplicado hasta el infinito por estas legiones
de obreros evangélicos, porque, instruidos por sus leccio-
nes, llegarán a todas partes con su nombre y sus métodos,
su desinterés y su celo. También acudían de todos lados
en masa para escuchar a los hijos de un santo del que se
contaban tantas maravillas. Llegando cubiertos por entero
de sudor y de polvo, agobiados por el cansancio y con la
mirada llena de ternura para unos pueblos que jamás
habían visto, no pidiendo otra recompensa que la facili-
dad para instruir, consolar y salvar a los pecadores, eran
[recibidos] con esa solicitud, esa docilidad, esa efusión de
lágrimas que caracterizaba el ministerio de los primeros
apóstoles. Ante ellos huía la ignorancia y con ella la irreli-
gión, la injusticia y la corrupción, sus compañeras insepa-
rables. Por doquier separaban las piedras de escándalo,
sofocaban las guerras y las disensiones, restablecían la
amistad y la concordia en el seno de las familias, consoli-
daban en todos los espíritus las verdades de la fe, los
principios del deber, reanimaban en todos los corazones
el amor de la religión, el gusto de la virtud, el sentimiento
del honor. En fin, cooperadores poderosos de los pastores
ordinarios, al condenar los mismos abusos, al establecer
las mismas reglas con el imperio de una nueva voz, con-

³² San Lázaro, antigua prisión de París en la que Vicente de Paúl ins-
taló, en 1632, a los sacerdotes de la Misión, que tomaron el nombre de
Lazaristas. Vicente de Paúl murió allí en 1660.

firmaban por todas partes la autoridad y la doctrina pastoral a menudo contradicha por el capricho y la indocilidad de una muchedumbre de murmuradores. No contentos con evangelizar a los servidores de la fe, iban además a llevar los tesoros del consuelo y de la verdad a las tierras infieles. Sí, hijos de las Islas, naciones del Oriente, vosotros mismos habéis visto a los hijos de Vicente, conquistadores pacíficos llamados misioneros, abandonar su patria, a sus amigos, a sus padres y todo lo que tenían de más querido sin otra esperanza que el martirio, llegar a vuestras playas bárbaras armados únicamente con la cruz de Jesucristo y comunicaros, junto al beneficio de la civilización y la gloria de la lengua francesa, el beneficio aún mayor de la verdadera religión y de la salvación eterna.

¡Oh, Dios, qué grande ha debido de ser, pues, tu cólera, al permitir que, lejos de conmoverse con estas maravillas de tu diestra, nuestra patria entera [se haya] alzado para derribar establecimientos tan gloriosos para tu nombre y tan útiles para el mundo! ¡Qué crimen más grande la incredulidad de nuestro siglo, pues Tú la has poco menos que abandonado a su suerte al quitarle a tantos apóstoles que podían salvarla y restablecerla! ¡Ay, si la aurora de los días de misericordia comienza a brillar sobre nuestras cabezas, apiádate no digo de los gritos de los niños de las tierras infieles que te piden pan sin que haya nadie para repartírselo, sino de la desgracia más espantosa aún del reino cristianísimo donde reinan por doquier, sin arrepentirse y sin remordimientos, la infidelidad, la apostasía y el sueño de la indiferencia. ¡Ah, Padre de las misericordias!, suscítanos verdaderos discípulos de Vicente para despertar a tantos pecadores dormidos en el precipicio de los eternos abismos. Suscítanos almas generosas que secun-

den sus esfuerzos, suscítanos otros Vicente que, para regenerar más eficazmente a los pueblos, devuelvan al clero su esplendor, defiendan la doctrina de la Iglesia e iluminen la piedad de los reyes. *Ego dedi te in civitatem munitam regibus Juda, principibus ejus et sacerdotibus et populo terræ.* (Jr 1, 18)

En efecto, persuadido de que, en la conducta de los sacerdotes, la incredulidad ha buscado siempre armas, la debilidad dudas, la relajación un pretexto y el permiso una autoridad, Vicente comprendió que el mayor servicio que se podía rendir a la religión era el de formar sacerdotes según el espíritu de Dios tan poderosos en obras como en palabras. A partir de entonces, a fin de renovar el espíritu sacerdotal, abre gratuitamente la casa de San Lázaro a cualquiera que desee ir allí para meditar en medio del silencio las [verdades] eternas y para escuchar a Dios, que habla al corazón.

La muchedumbre acude de todas partes. Los gastos son enormes, los cuidados infinitos. No importa: apoyado en la Providencia, que en el momento preciso viene en su auxilio, él sostiene la buena obra y la propaga en todas las casas de su instituto. Y este centro sirve de modelo a todos los santos obispos que desean regenerar el clero en sus diócesis. Pronto, siguiendo el espíritu del santo Concilio de Trento, rodea a los jóvenes seminaristas de una barrera impenetrable para el mundo. Los seminarios, esos viveros de apóstoles donde se prueba la vocación, se purifican las costumbres, se cultiva y se forma el espíritu gracias a [hombres] experimentados y ejemplares, esos seminarios se alzan por todos los rincones del reino; y si la Iglesia galicana ha cosechado de estas escuelas de virtud la gloria de no ser inferiores en estos últimos tiempos a

ninguna otra Iglesia ni en piedad ni en doctrina, tú, Francia, se lo debes a Vicente de Paúl, el primero en establecerlas en tu seno.

¿Qué diremos de las conferencias eclesiásticas, donde todos se animaban y se iluminaban mutuamente mediante la comunicación recíproca de sentimientos y saberes, donde se exponían todas las obligaciones del sacerdocio y el modo de ejercerlo con la pertinente dignidad, donde se vio tantas veces el oro del sagrario, a punto de oscurecerse, recobrar su brillo primigenio, y las piedras del santuario, a punto de ser dispersadas, convertirse en el adorno y en el más firme bastión del edificio del templo? Pues también él fue el alma de estas piadosas y doctas asambleas. Y Bossuet, el gran Bossuet, ese maestro tan capaz de apreciar el mérito, no desdeñaba mezclarse entre el auditorio y le rinde glorioso homenaje al decir que hablaba de Dios de una manera tan sabia y tan destacada que se diría que Dios mismo se explicaba por su boca. Sacó de esas conferencias veintitrés prelados, un gran número de sacerdotes que honran todas las dignidades de la

Iglesia y los fundadores de dos congregaciones célebres, una de las cuales provee de tantos apóstoles para la conversión de los infieles y la otra, consagrada por completo a la educación de los ministros de los altares, ha llegado a ser, en la casa de San Sulpicio ³³, una de las más puras fuentes de virtud y de saber sacerdotal, a la vez que sigue siendo aún hoy para todos los seminarios mayores que la llaman por doquier, uno de los más preciados re-

³³ San Sulpicio, seminario fundado por el Sr. Olier en Vaugirard en 1641; al ser nombrado párroco de la iglesia de San Sulpicio, lo trasladó al territorio de su parroquia.

cursos y uno de los más hermosos adornos de la Iglesia galicana.

Pero, ¿qué veo, qué oigo, qué sórdidas maquinaciones circulan en torno a Vicente para seducirlo? Es la amistad pérfida rodeada de modales insinuantes, es el saber soberbio rodeado de una erudición audaz que no olvida ninguna artimaña para acreditar la herejía, engañar al género humano y eludir las decisiones de la Iglesia. Es esa secta astuta, hipócrita y rebelde que destroza el rebaño de Jesucristo diciéndose ser un fantasma que no existe en ninguna parte, secta que corrompe la fe y las costumbres bajo los rasgos pálidos y alargados de una penitencia austera, que, bajo pretexto de vengar la memoria marchita de su patriarca, venga todo menos su doctrina impía y desesperante, tan equivocada que abjura de ella ³⁴. Ahora bien, ¿qué será de Vicente en medio de las trampas [y] artimañas de estos ángeles de las tinieblas disfrazados de ángeles de la luz? No temáis nada por él ni por sus discípulos. Aquí es donde se muestra como esa columna de hierro que no se puede derribar, como ese centinela vigilante al que no se puede sorprender. *Dedi te in columnam ferream principibus ejus* (Jr 1, 18). En vano utilizan una tras otra la pérfida astucia y la burda injuria para extraviarlo; Vicente desbarata la primera mediante la autoridad infalible de la Iglesia y confunde a la otra mediante una humildad inaudita que supera con creces las odiosas opiniones con que le difaman. Si no rompe de repente con es-

³⁴ El Padre Coindre condena el jansenismo, que pretendía encontrar en la doctrina de Cornelio Jansen, obispo de Ypres, su concepción de la gracia, del libre albedrío y de la predestinación. Esta doctrina fue notablemente propagada y difundida en Francia por los Solitarios de Port-Royal.

tos espíritus tristes y soberbios, se debe a que su hermosa alma quiere antes agotar todos los recursos de la persuasión, clemencia y mansedumbre. Pero, en cuanto ve que todos sus esfuerzos son vanos ante la herejía rebelde, como intrépido defensor de la Iglesia, ya no descansa hasta verla firme y triunfante. Pone por obra todo el ascendiente que le dan su virtud y su crédito para detener el progreso del error. No olvida ni oraciones, ni ayunos, ni lágrimas para obtener la protección celestial. Sus cartas vuelan de un extremo a otro de Francia para iluminar a los pontífices y a los pueblos. Hace sonar la alarma en el corazón de Francia y de Roma contra esos lobos rapaces, disfrazados con piel de corderos. Ya llegan los doctores ortodoxos a la capital del mundo cristiano para confundir las artimañas de una delegación jan-senista. Ya, desde lo alto de la Cátedra de Pedro, Inocencio X y Alejandro VII han aniquilado las nuevas doctrinas; y Vicente, llevando en mano su decisión apostólica, recorre una multitud innumerable de comunidades religiosas y seglares de las que es superior, preserva a todos sus hijos del espíritu de rebelión y a todos les inspira este profundo respeto, esta sumisión universal a los decretos de la Santa Sede que no admite ni discusión abierta ni restricción mental, sino que obedece en todo, tanto por el asentimiento interior de la voluntad como por una profesión de fe exterior y de palabra.

Pero ahora, he aquí que Vicente ya no lucha y triunfa contra las artimañas de los promotores de la herejía, sino contra las intrigas, no menos funestas para la religión, de los hombres ávidos [de] dignidades eclesiásticas; es un muro de hierro en la corte de los reyes, en el Consejo de

Margarita de Austria ³⁵. Tras la muerte de Luis XIII, de quien recogió los últimos suspiros, y encargado por esta princesa de los asuntos eclesiásticos, lo vimos sentarse en el consejo entre Séguier y Mazarin, es decir, entre uno de los primeros jueces y uno de los primeros políticos del universo. Allí los ve, ora divididos, ora unidos, utilizar su poder en ministros y en hombres y conceder todo por influencias y según el linaje; pero él, el más manso, el más paciente, el más caritativo de los hombres, resiste frente a sus miras demasiado humanas, permanece inflexible ante los rumores de las familias célebres y de las poderosas protecciones, y sólo se sirve de su autoridad como apóstol y como santo. Jamás tuvo en cuenta otro título que el del mérito y de la virtud. De igual modo, obtuvo para todos los cargos de dignidad de la Iglesia de Francia una multitud de santos pontífices y sacerdotes que realzaron su gloria y que sirvieron para siempre de prueba para convencer al mundo, a favor de Vicente, de que la piedad, lejos de ser perjudicial para el manejo de los grandes asuntos, encuentra, en la costumbre de estudiar y domar sus pasiones, así como en [las] leyes puras e inmutables del Evangelio, un conocimiento de los hombres, una madurez de opinión, una justicia incorruptible, una firmeza de ejecución, en una palabra, todos los grandes recursos políticos que caracterizan a los grandes consejeros de los príncipes.

³⁵ Todo en el texto parece indicar que se trata efectivamente de Ana de Austria, quien llama a Vicente de Paúl al Consejo de conciencia entre 1643 y 1653. Margarita de Austria (1480-1530), duquesa de Saboya, mandó construir, a la memoria de su esposo Filiberto, el famoso conjunto de Brou, en Bourg-en-Bresse, donde el Padre Coindre fue coadjutor de 1813 a 1815.

Así, hermanos míos, santificar a los pueblos, renovar el clero, defender a la Iglesia e iluminar a los reyes: he aquí los prodigios que logró obrar un santo sacerdote para el bien de la religión y la gloria del sacerdocio.

Veamos ahora qué otras maravillas logró hacer para el consuelo y alivio de la humanidad sufriente.

Segunda parte

Cualesquiera que sean las injustas prevenciones y las invectivas ultrajantes de los modernos apóstoles de la incredulidad contra los ministros de los santos altares, corresponde siempre al único sacerdocio y a la única religión de Jesucristo el inspirar eficazmente los sentimientos de la verdadera conmiseración y las obras de la verdadera misericordia. Si con los pomposos nombres de humanismo, beneficencia y filantropía, repetidos con tanto énfasis en nuestros días, seguimos teniendo tan poco corazón y damos tan poca limosna, es porque una gélida filosofía, que los ha impuesto en vez de los conmovedores nombres de la caridad cristiana, no los ha sostenido mediante motivos sobrenaturales que subyugan a las almas y las llevan a las virtudes heroicas. No ha hecho más que inspirar por doquier un cruel egoísmo, o como mucho una miseri-

cordia de ostentación, de interés y de capricho que se desvanece pronto con la vanidad de los móviles que la dirigen. Pero la religión, cuyas leyes son inmutables y sus esperanzas eternas, mostrándonos en los cielos al Dios que manda hacer limosnas y que las premia, ha debido dilatar siempre las entrañas de sus hijos y hacerles atravesar el exilio de este mundo como su divino fundador, es decir, sembrando obras buenas por todas partes. Además, no hay ningún siglo desde Jesucristo en el que todos los santos pontífices y sacerdotes no [se] hayan impuesto co-

mo uno de los deberes más sagrados el de unir, al consuelo espiritual del cielo, los consuelos visibles de la caridad. De ahí que los Pablo en Jerusalén, los Lorenzo en Roma, los Exuperio en Toulouse, los Paulino en Nola y los Borromeo en Milán se hayan hecho célebres para siempre entre los grandes bienhechores de la humanidad consolando, con toda clase de cuidados y de sacrificios, todos los tipos de males e infortunio. Aunque la antigüedad más caritativa haya dado a luz algún prodigio, el siglo de Luis el Grande ha visto aflorar unos quizás mayores aún. Y el que así encumbró a su patria mediante los mayores servicios que pueden brindarse a los pobres de su tiempo y mediante los más útiles establecimientos que puedan dejarse a los siglos venideros, no fue ni rey ni príncipe, sino el santo sacerdote Vicente de Paúl.

Primero, ¿qué ayudas no prodigó a los pobres de su tiempo? Modales afables, palabras consoladoras, limosnas inagotables, servicios heroicos hechos a los enfermos y a los cautivos, sumas inmensas distribuidas durante muchos años a cuatro provincias presas de los horrores de la guerra y del hambre. Éstos no son sino algunos ligeros rasgos de esta conmiseración universal que se extendió a todo tipo de desgracias que pueden agobiar al género humano y que convirtió, por así decirlo, a un solo hombre en la Providencia de su siglo.

Dotado de inclinaciones bienhechoras que los efectos del vicio jamás lograron marchitar, sino que afortunadamente pudieron desarrollarse siempre bajo la protección de la inocencia y la influencia saludable de una piedad siempre viva, tuvo para todo tipo de afligidos las entrañas y actitudes del mejor de los padres.

Lejos de él esa caridad seca y arisca que sólo tiende una mano de ayuda mostrando un semblante duro y severo, que únicamente parece consolar a los miserables para comprar el derecho a insultarles, a acusarles de costumbres ociosas, criminales y errantes. No, si sazona con la sal de la palabra de vida el pan material que les distribuye, es con una ternura y una compasión de corazón que se manifiesta mediante miradas dulces y afables, mediante el tono y la apariencia de la bondad y de la mansedumbre más conmovedora. No hay amigo que experimente por su amigo, ni madre que sienta por sus hijos, más amor y ternura que Vicente siente y experimenta por los pobres, sus hijos y amigos predilectos. La vista de sus males le llena de dolor, su simple enumeración le arranca las lágrimas. Siendo aún niño, ya corre a su encuentro, comparte con ellos sus vestidos y sus frugales alimentos. Siendo mayor, admite regularmente a su mesa cada día a dos de ellos, a quienes sirve personalmente, según sus propias palabras, como a sus dueños y señores.

Lejos de él esa caridad de gusto y de capricho que, so pretexto de algunas limosnas reglamentadas o de alguna ingratitud sufrida, elige exclusivamente, por encima de cualquier otra, las manos que reciben sus beneficios. No, parecía ser el tutor y el ecónomo universal de todos los indigentes. Nunca cerraba el oído a ninguna queja y no se vengaba de los ingratos sino abrumándoles con nuevas buenas obras. De modo que se le oía repetir estas palabras de una caridad sublime: «Incluso aunque estas personas me hubieran arrancado los ojos, yo no dejaría de amarlas, de respetarlas, de servirles toda mi vida». Lejos de él también esa caridad cruelmente circunspecta que, por miedo a los excesos, nunca llega a nada heroico, que, para no aliviar falsas necesidades, olvida otras verdaderas, y

que, bajo el velo aparente de no animar los crímenes, deja a menudo que el culpable perezca de miseria y desesperación.

No, la caridad de Vicente es una de esas virtudes sublimes que aprecia menos sus propios sacrificios que el dolor de aquél a quien quiere aliviar. Es la caridad del Hombre-Dios, quien, para salvarnos de la maldición, se hizo maldito Él mismo; quien, viendo a un gran malhechor colgado a su lado, escuchó la oración de su arrepentimiento [y] le abrió ese mismo día las puertas eternas de los cielos. En Marsella, en medio de esas multitudes de presidiarios repartidos por su puerto, es donde resulta hermoso ver al capellán general de las galeras comprometer santamente su dignidad, su libertad y su vida. Llegado bajo las apariencias de un desconocido para mejor apreciar el espíritu y las necesidades de estas bandas de criminales, a menudo más desgraciados que culpables, se dirige a varios, los interroga por turno y encuentra a un presidiario desesperado e inconsolable por la extrema miseria en que ha dejado a su familia. Vicente reconoce bajo las cadenas

de este infortunado los sentimientos de un buen esposo y el corazón de un buen padre. Y, movido por los primeros efluvios de un alma heroicamente generosa y desprendida, pide su lugar. Y, cosa tan extraña como incontestable, el intercambio es aceptado y el más virtuoso, el más santo de los sacerdotes no tiene miedo de dejarse atar como un criminal en la prisión de los galeotes, ni de asociarse a estos hombres feroces y blasfemadores en el penoso trabajo del remo, en los sufrimientos crueles que un bárbaro les hace experimentar [...] ni de arrastrar día y noche con pies delicados el peso ruidoso de una cadena

asesina. ¡Oh, caridad de los santos, qué admirable eres! Pero esto no es todo; si, tras algunas semanas de sufrimientos, su virtud y los rasgos de su frente le hacen ser reconocido, una vez liberado de sus ataduras, recorre cada una de esas prisiones flotantes con nuevas buenas obras. La atención de su corazón se detiene primero sobre los enfermos. Está conmovido hasta las lágrimas al verlos siempre despiadadamente maltratados, continua y cruelmente atados a sus grilletes, carcomidos por los parásitos, rodeados, estando aún vivos, por la infección y podredumbre de las tumbas. Se acerca a ellos con el valor y la bondad de la más generosa de las madres, desafiando sus enfermedades contagiosas, les brinda con sus propias manos los servicios más repelentes. Besa sus cadenas con respeto, las riega con sus llantos, no olvida ningún cuidado, ningún lenitivo para su suerte, mientras llega ese gran hospital que él hará construir para ellos y que hoy adorna Marsella. Finalmente, a las ayudas temporales une las celestiales de una religión consoladora. Abre en todos los puertos, con una muchedumbre de obreros evangélicos, varias misiones santas. Recorre las filas con la cruz de Jesucristo en la mano. Y allí, bien venciendo a los presidiarios por un saludable temor del Dios de toda justicia, bien animándolos con una dulce esperanza en el Dios de toda misericordia, les enseña a transformar un suplicio forzado en una expiación voluntaria. Hace brotar las más elevadas virtudes en el seno de la más baja corrupción, arranca la vida del medio mismo de la muerte y cambia el infierno de las galeras en lugares sagrados de piedad, resignación y penitencia.

¡Filósofos de hoy, o bien reconocéis en esto la fuerza divina de nuestra santa religión, o bien marchad, si po-

déis, a repetir esas maravillas con vuestro ciego azar e inflexible destino!

Y ahora, hermanos míos, me he transportado a un nuevo escenario de prodigios, en el que el exceso de la desgracia parece deber sobrepasar todos los recursos de la más ingeniosa caridad y en el que sin embargo la caridad de Vicente triunfa sobre todo lo que la desgracia tiene de más espantoso y desesperante. En efecto, todo lo que los anales del mundo, todo lo que la infiel Samaria y la decidida Jerusalén reunieron de más culpable y espantoso en las calamidades que asolaron a la humanidad, ese mismo triste y sangriento espectáculo lo dieron la Lorena, la Champaña, la Picardía y el Artois durante doce años de guerras civiles y extranjeras. La devastación y el pillaje, el espíritu de violencia y destrucción recorrieron tanto las cabañas de los pobres como los palacios de los ricos y, en vez de una multitud innumerable de pueblos y ciudades, no dejaron más que montones de ruinas y cenizas. Familias errantes, desamparadas, en grupos de cuatro o cinco mil, obligadas a comer la hierba de los campos, a disputarse insectos venenosos; el terror y la muerte planeando

sobre todas las cabezas, que ya no ofrecían sino la horrible imagen de espectros descarnados y lívidos; los animales salvajes saliendo hambrientos de sus guaridas y devorando a toda persona aislada; todos los estados, todos los sexos confundidos, los pastores y las ovejas, los ricos y los criados unidos juntos al arado por falta de animales de labranza; las madres pereciendo sin recursos ante los ojos de sus hijos, los hijos expirando en los brazos de sus madres por falta de alimento. En fin, todos los derechos de la religión y de la humanidad tan pisoteados que más de una vez se vio a unos devorarse los brazos, a

otros dar muerte a sus hijos, e incluso a su padre, para saciar los ardores del hambre y retardar algunos instantes una muerte de rabia y desesperación. He aquí algunos rasgos fieles de estas escenas de horror que tuvieron por testigos a cuatro grandes provincias que aún conservan su espantosa memoria.

Sin embargo, quién podría creer que un solo hombre, hijo de un labrador de Gascuña, que uno de esos sacerdotes sin linaje, al que una opulencia orgullosa e impía le mira con desdén, fuese entonces, como en otro tiempo José en Egipto, el salvador de tantos infortunados procurando él solo recursos eficaces que hubiesen espantado la liberalidad de los monarcas más poderosos. ¡Oh, siglos, conmoveos de admiración a la vista de estas asombrosas maravillas; y vosotros, apóstoles de la humanidad y de la bondad filosófica, reconoced aquí vuestra debilidad ante la fuerza de una evangélica caridad! ¡Ay, qué no hubieseis hecho, en nombre de la razón de vuestro ídolo, para detener al borde de un inmenso sepulcro a tantos desgraciados dispuestos a caer engullidos en él! Vosotros mismos, asustados por miedo a quedar envueltos en el mismo

abismo y desalentados por una perspectiva tan vasta de muerte y destrucción, hubieseis desistido de poder aportar algún remedio saludable y, para defenderos, hubieseis conservado enterrados todos vuestros tesoros. Pero Vicente está inflamado por una caridad celestial que se extiende sin límites, que espera contra toda esperanza, [que] arrostra y supera todo obstáculo y que, mediante una magnanimidad que el propio Dios sostiene, asombra a la tierra y transforma a un simple hombre en todopoderoso. Y así, corre, vuela, llama a todas las puertas de los ricos de la capital, enternece, enardece, inflama a toda persona caritativa que encuentra a su paso. Le cargan de

inmensas limosnas y los agentes de su caridad recorren las provincias devastadas en medio de mil peligros y las distribuyen por todas partes. Cien veces las ayudas se agotan, cien veces renueva él sus instancias. Cada uno le entrega lo que le queda: unos, ropas y vestidos; otros, sus pendientes de oro, collares y piedras preciosas. Él se queda junto a los suyos en el más extremo desamparo para multiplicar las ayudas. Sacrifica para atender las necesidades de los desdichados la suma de quinientas mil [¿libras?] destinadas a la construcción de un templo de su instituto, repitiendo con santo entusiasmo que en la necesidad hay que vender incluso los vasos sagrados antes que dejar perecer los templos vivos del Señor. En fin, como en otro tiempo la serpiente de bronce elevada en el desierto curaba todas las plagas de los que depositaban en ella su mirada, Vicente de Paúl, en medio de la capital alarmada sin cesar, hizo sentir tan universalmente las influencias de su increíble caridad que en la Lorena Metz, Verdún y Nancy, en la Champaña Rocroy, Charleville y Sedán, en la Picardía, Amiens, Abbeville y San Quintín, en una palabra todas las ciudades y todos los pueblos de las provincias arruinadas y conquistadas, hizo distribuir con orden, inteligencia y seguridad a pastores y pueblos, a soldados y artesanos, sin distinción de clase social ni sexo, más de veinte millones de limosnas que había obtenido mediante los infatigables desvelos de sus solicitudes siempre activas. Y, lo que es aún más asombroso, con larguezas tan abundantes que parecieran poder agotar todos los más inagotables recursos, él encontró el medio más poderoso [para poner remedio a las desgracias de su tiempo].

¡Qué vanos y frívolos son todos esos pretextos por los que pretendemos dispensarnos de la obligación sagrada de la limosna! No, no es la falta de superfluo ni la desgra-

cia de los tiempos lo que nos impide aliviar a los pobres, sino la dureza y avaricia de nuestros corazones. Los ricos del siglo de Vicente tenían almas sensibles y generosas. Y cuanto más grandes eran las necesidades, más se distinguían por una conmiseración más viva y larguezas más abundantes. Tras haber agotado en limosnas todo lo superfluo del lujo, del juego y de los espectáculos, aún encontraban algo que dar compartiendo con los indigentes lo sencillamente necesario del vestido y de la mesa.

Y [él] encontró el poderoso medio no sólo [de] reparar las calamidades públicas de su tiempo, sino [de] legar a la posteridad innumerables establecimientos repartidos por toda la faz del reino y que son aún hoy más útiles a los desdichados de su patria que los más hermosos monumentos de Luis XIV, su soberano.

Efectivamente, todavía existe en la capital ese gran Hospicio de los Niños abandonados, cuyo fundador fue Vicente. Y durante los días de disturbios y tinieblas fue cuando rindió este importante servicio a la religión y a la humanidad. Esas inocentes víctimas, abandonadas durante las largas noches de invierno en las calles y plazas de la capital, ya no despertaban la compasión pública y casi todos perecían de hambre, frío y languidez, demasiado a menudo sin haber sido regenerados en las aguas bautismales. Los que escapaban a tantos peligros, eran recogidos por manos mercenarias que los vendían a bajo precio, veinte "sueldos" por niño [un "sol" o "sou" = cinco céntimos de franco], a mujeres enfermas para mamar su leche corrompida. Se les introducía furtivamente en familias opulentas, que se sentían expoliadas por [esos] herederos ilegítimos. Pero cesad en vuestros gritos penetrantes, tiernas y quejumbrosas criaturas. Si unas madres parricidas, si un mundo egoísta os han abandonado, Vicente os abre a to-

dos los brazos protectores de un padre. Si la tremenda multitud que sois y el agotamiento de los recursos causado por las desgracias de la Lorena y el temor de una revolución en el Estado desaniman incluso a las almas caritativas que él ha propuesto para cuidaros, tranquilizaos, aún os queda Vicente y Vicente solo os basta. Impulsado por el Espíritu de lo Alto, convoca una asamblea extraordinaria de señoras misericordiosas. Hace llevar allí a un gran número de esas desgraciadas víctimas. Y allí, desde lo alto del púlpito sagrado, desde donde les contempla con los ojos bañados en llanto, exclama con una voz entrecortada por los sollozos: «Ánimo, pues, señoras mías, la com-pasión y la caridad os obligan a adoptar a estas pequeñas criaturas como hijos vuestros. Habéis sido sus madres según la gracia, desde que sus madres según la naturaleza los abandonaron. Mirad a ver si también vosotras queréis abandonarlos ahora. Dejad desde ahora mismo de ser sus madres para convertirlos en sus jueces. Su vida y su muerte están en vuestras manos. Voy a recoger vuestros votos y sufragios. Es tiempo de dictar sentencia sobre ellos y de saber si ya no queréis tener misericordia con ellos. Vivirán si les seguís otorgando vuestros caritativos cuidados y morirán todos si los abandonáis». A estas palabras la asamblea respondió sollozando. Y aquel mismo día, en la iglesia misma, en ese mismo instante, quedó fundado el Hospicio de los Niños abandonados de París con cuarenta mil libras de renta.

Llegados a este punto, yo podría hablaros de otro establecimiento no menos glorioso [para] Vicente de Paúl: el gran hospicio general de París, que fue uno de los más hermosos monumentos de la caridad cristiana y una de las mayores obras que su siglo vio, tan extenso en su finalidad y tan atrevido en su ejecución. Cerca de cuarenta

mil pobres, [abocados] a una vida indisciplinada y errante, inundaban las calles de la capital, molestaban a unos por la obstinación de sus peticiones, indignaban a otros por sus excesos de mala vida, perturbaban la piedad hasta los pies de los altares y, con robos o dolencias fingidas, provocaban las quejas y comentarios de todos, sin que nadie se atreviese a poner remedio. Porque, verdaderamente, ¡qué sabiduría hacía falta para disponer [de] todos los medios!, ¡qué firmeza para superar todos los obstáculos!, ¡qué bienes tan inmensos para abastecer de fondos suficientes!, ¡qué maravilloso imperio para establecer allí el orden y la disciplina, y obligar a tantos hombres ociosos y desarreglados a entregarse a los ejercicios de una vida ordenada y laboriosa! Pero tantas preciosas cualidades se encontraron reunidas en Vicente de Paúl. Anima a unos, pide a otros, da ejemplo a todos. La autoridad pública viene en su auxilio. Multitud de pobres, ociosos y libertinos, temiendo

una reclusión saludable, se dispersan y desaparecen. Cinco mil pobres verdaderamente necesitados ingresan con alegría en el nuevo asilo. El orden, el trabajo y la piedad reinan casi enseguida. [Y es] una [de] esas obras que ya el gran Crisóstomo había proyectado inútilmente para los pobres de Constantinopla y que Enrique IV había visto fracasar bajo su reinado. Y nuestro santo sacerdote tuvo la gloria de conseguir[la] para servir de asilo a más de cinco mil pobres que inundaban las [calles] de París y que hartaban a todas las obras con la impertinencia de sus demandas y el escándalo de sus costumbres.

Me veo obligado a limitarme y a pasar por alto un montón de otros monumentos preciosos que debieron su existencia a las luces de sus consejos y a la actividad de sus gestiones. Así, no os hablaré de tantas casas de bene-

ficencia que fundó además para los huérfanos, presidiarios, insensatos y ancianos; asilos religiosos que hace abrir al oprobio para recordarle el arrepentimiento y a la inocencia en peligro para preservarla del oprobio. No, lo que constituiría materia para el más hermoso panegírico de otro cualquiera, lo omitiremos en el elogio de San Vicente. ¡Pero no nos olvidaremos de vosotras, religiosas servidoras de los pobres! ¡Ni de vosotras, piadosas damas de la misericordia, ilustres cooperadoras de su caridad durante su vida y aún hoy imperecederos monumentos de su gloria!

¡Sí, que los frívolos admiradores de la antigüedad profana nos ensalcen cuanto gusten la gloria de esos primeros héroes de la guerra que inventaron el arte de poner en movimiento y dirigir ejércitos numerosos, de comunicarles ese ardor que les inspiraba los mayores sacrificios y les hacía marchar con ellos a la conquista del mundo! Yo, sin embargo, admiraré por encima de todo la gloria de nuestro héroe de la caridad, que supo reunir a esas tropas de vírgenes cristianas, comunicarles esa energía, esa generosidad de alma que les hace despreciar y sacrificar todo lo que el mundo estima, que las arranca en la flor de la vida de la ternura de sus familias, de las esperanzas que dieron más de una vez, que les hace privarse de la educación, del linaje y de la fortuna; vírgenes que, bajo la apariencia de un hábito vulgar, sin otro título distintivo entre ellas que la humildad de los diversos empleos que las ocupan, les ha hecho encadenar su libertad a los asilos de la miseria, consagrar sus talentos a la educación de la infancia y juventud pobres, sacrificar su salud, incluso a menudo su vida, para el alivio de toda clase de lisiados e incluso de enfermos apestados. Pues si los más

grandes capitanes sólo pudieron hacerse célebres por las ruinas de las ciudades y provincias, en medio de los gritos de rabia y desesperación de las naciones sepultadas bajo sus soberbios trofeos, Vicente de Paúl, a la cabeza de sus legiones de vírgenes, está rodeado hoy por una gloria que ha hecho felices a muchos y que será celebrada siempre por los impulsos de bendiciones y agradecimiento de tantos soldados heridos, de tantos enfermos devueltos a la vida, de tantas provincias auxiliadas por la intrepidez y laboriosidad de estas Hijas de la Caridad, tan dignas del nombre celestial que llevan. ¡Cuántos otros siguen celebrando a esos fundadores de sabias academias que han alejado los límites de la ciencia, medido [...] ³⁶ [Manuscrito 162]

Indulgencia para el Jubileo de 1825 ³⁷

El jubileo en la tradición evangélica y apostólica

Tal es el origen del jubileo, en su significado estricto y riguroso. Pero en un sentido más general y que sirve de fondo a esta institución religiosa, quiere decir que hay tiempos de gracia y de indulgencia particular para los pecadores que se arrepienten sinceramente, que la Iglesia tiene poder de dispensar estas gracias, de distribuir estas indulgencias, [que] la práctica del jubileo es tan antigua como el cristianismo y [que], desde este punto de vista,

³⁶ Aquí se termina el manuscrito; el final del discurso se encontraba en una hoja que ha desaparecido.

³⁷ El manuscrito comprende dos sermones relativos al Jubileo solemne concedido por León XII para el año 1825. El primero se centra más en la indulgencia en sí misma, los poderes de la Iglesia, la incredulidad de la época, las condiciones particulares para su obtención... El segundo, incompleto como el primero, presenta en primer lugar el origen del jubileo antes de resitarlo en la tradición evangélica y apostólica.

queda autorizada por Jesucristo y sus apóstoles con la práctica constante de los primeros siglos cristianos.

En primer lugar, el ejemplo de Jesucristo autoriza a la Iglesia en ciertas circunstancias a usar de indulgencia y de misericordia con los pecadores.

¡Ah, sin duda nadie predica con más fuerza que nuestro divino Salvador el rigor de los juicios de Dios contra los pecadores y la rigurosa obligación que todos ellos tienen de hacer penitencia! Lejos de autorizar, bajo el velo de las prácticas externas, las disposiciones de los corazones que no estaban rectos ante Dios, nadie antes que Él había exigido una pureza de mirada y una santidad de alma más eminentes y perfectas. Aquél que, decía Él, mire a una persona en su corazón con un mal deseo, ya ha cometido adulterio en su corazón. Haced penitencia. Si no

hacéis penitencia, todos pereceréis. Id, decía a los leprosos, id a presentaros a los sacerdotes. Haced lo que os digan; están sentados en la cátedra de Moisés. No he venido para destruir la ley, sino para cumplirla. Sin embargo, a pesar de su severa exactitud en someterse a sus prácticas y someter a los demás, tiene en cuenta las disposiciones de los que se presentan y en un instante concede a varios la remisión de sus pecados.

Mirad a Magdalena a sus pies. Simón, el fariseo en cuya casa entró Jesucristo, se extraña de que la reciba con tanta bondad. En su opinión le parece que, si Jesucristo la conoce como pecadora pública, debería echarla lejos de él y rehusar los servicios que busca brindarle. Y se queja de ello. Toda la gente de su casa está sorprendida. Magdalena lo está más aún que los otros. En cuanto toca sus pies, los riega con sus lágrimas, llora sobre ellos y Jesucristo le deja hacer cuanto quiere. Los unge con perfume y Él la deja hacer a su antojo. Ella posa sus labios con ternura so-

bre ellos y Él no se retira. Entonces las bondades, las facilidades le traspasan el corazón; prorrumpe en sollozos. No tiene fuerzas para pronunciar una sola palabra. Su llanto, sus cabellos revueltos, sus perfumes derramados, sus humildes y tiernos besos hablan suficientemente. Cuanto más vivo es su amor, más amargas son sus quejas. Cuanto más llora haber pecado, más la indulgencia de Jesucristo aumenta su amor y su amor aumenta su dolor. Sin haber cambiado de sitio, es una penitencia real. Ella sufre ya el martirio y Jesucristo, que ve el fondo del corazón, tiene en cuenta sus lloros y sus quejas, la vergüenza a la que se expone, la humillación de sus humildes prostraciones; en ese mismo instante, Él le concede una remisión total de todos sus crímenes. Muchos pecados, dice Él,

le son perdonados porque mucho ha amado. Un deudor os ama tanto más cuanto mayor sea la deuda que le habéis perdonado. Aquél a quien más se ha dado, dice a Simón el fariseo, ama también el que más. Pues bien, ¿ves a esta mujer? *Vides hanc mulierem?* (Lc 7, 44). Ella me ha dado más que tú; tú no me has dado agua para lavarme los pies; ella [los] ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Por eso quedan perdonados sus muchos pecados: porque mucho me ha amado. *Remittuntur ei peccata multa quoniam dilexit multum* (Lc 7, 47). A quien poco se le perdona, ama también mucho menos. *Cui autem minus dimittitur minus diligit* (*ibid.*).

¡Qué ejemplo sigue dándonos el Salvador en otros varios pasajes del Evangelio! Ahora es un paralítico, cuya fe es extremadamente viva; no lo envía como a los demás a lavarse a la piscina de Siloé para quedar curado. [Tiene] en cuenta la diligencia y la viva confianza con la que se había hecho transportar ante Él, pues, no pudiendo atra-

vesar la muchedumbre para entrar en la casa a la que Jesús se había retirado, había hecho abrir el tejado y, mediante cuerdas, se había hecho descender a los pies de Jesús. También Jesús, al ver su fe, dice al paralítico: «¡Ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados!» Ésa fue toda su penitencia. *Confide, fili, remittuntur peccata tua* (Mt 9, 2). ¿Y quién es esa otra mujer rodeada de una multitud furiosa dispuesta a lapidarla? Es una desgraciada, culpable de adulterio. La ley de Moisés la condenaba a muerte. Estaba a punto de ser castigada con el suplicio final que se había ganado. Pero Jesucristo exige que los que estén sin pecado le lancen la primera piedra. Pero como todos se sienten culpables, todos se retiran. Ella permanece sola con Jesús. ¡Qué revolución se produce en ese momento en su alma! La mansedumbre de Jesús le inspira más confusión y dolor que las que le habrían producido los castigos más rigurosos y los abucheos de la multitud. Pasa del mayor de los espantos de ser lapidada a una paz tan grande, a un agradecimiento tan grande a Jesucristo, que todo cambia en ella. También Jesucristo, que lee en el fondo de su corazón, se da cuenta de que ella es realmente mayor penitente que éstos que se imponen los ayunos más largos, las austeridades más insoportables. Viendo, pues, que su alma ha cambiado: «Mujer, le dice Jesús, ¿nadie te ha condenado? Nadie, Señor, le dice ella. ¡Pues bien, yo tampoco te condeno; vete y no peques más!» Ésa es toda la penitencia. Quedó saldada en un instante por la vivacidad de su agradecimiento. *Vade et iam amplius noli peccare* (Jn 8, 11).

Pero he aquí otra indulgencia de Jesucristo, no menos asombrosa. Fue la que tuvo con su débil e infiel discípulo, con San Pedro. No había tenido la misma indulgencia ni con ese discípulo vinculado a su familia que le pedía

permiso para regresar [hacia su padre], cuando Jesús le dijo: «El que ha puesto la mano en el arado y echa la vista atrás no es digno del Reino de Dios», ni con el pérfido apóstol, ya que su sacrilegio y deicidio [fueron] castigados para siempre con la muerte trágica propia de un desesperado y reprobado. Y eso se debe a que no había nada en ellos que fuese susceptible de misericordia. Por el contrario, San Pedro había tenido la desgracia de avergonzarse de su Maestro; pero más por debilidad que por malicia. [Antes] de esa ocasión funesta, estaba tan dispuesto a seguirle que insistía en que expondría su vida por Él. ¡Ay!, fue un presuntuoso, pero no un endurecido. Apenas hubo negado tres veces a su Maestro, Jesús, vol-

viéndose hacia él, lo miró. ¡Oh, qué fuerza había en esa mirada! ¡Qué dulce reproche le hacía interpretar! ¡Qué amargo se quedó San Pedro! Y, acordándose de la predicación de Jesucristo, se retiró y lloró amargamente.

Se retiró del lugar que había sido para él una ocasión de pecado. He aquí el primer efecto de la penitencia de todo pecador inmerso en ocasiones funestas: el de huir y no verse comprometido de nuevo en ellas. Después lloró amargamente *-flevit amare* (Mt 26, 75)-, tan amargamente que la tradición cuenta que la huella de las lágrimas que habían fluido de sus ojos le habían arrugado la cara, de tantas como había derramado. Segundo efecto de la dulce mirada de Jesús sobre los pecadores: deben ser tanto más rigurosos consigo mismos cuanto que el Señor les perdona más y los recibe con mayor bondad. Y esto fue suficiente para el Salvador, que lo enterneció con una sola de sus miradas; olvidó su falta y se la perdonó hasta hacerle el jefe de sus apóstoles. Es verdad que, como le había negado tres veces, le pidió también una triple demostración

de fidelidad; pero lo hizo una vez más con una bondad que arrancó las lágrimas de San Pedro, porque fue diciéndole: «Pedro, ¿me amas más que éstos? Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas».

¡Qué indulgencia, qué bondad en nuestro dulce Salvador! No pasemos por alto la que tuvo con el ladrón arrepentido. ¡Ay, sin duda sería un error que [los pecadores] se sirviesen de este ejemplo para dejar su conversión para última hora! Jesús fue misericordioso e indulgente con él, pero sin dejar de ser justo. Jesucristo no le perdona ni porque fuese a morir enseguida, ni junto a Él. Su infortunado compañero iba a morir igual y no fue perdonado, porque su corazón aún amaba el pecado. Pero en el ladrón arrepentido todo cambió. Confesó la divinidad de Jesucristo en el momento en que toda la multitud prorrumpía en gritos blasfemos. Reprendía a su compañero diciéndole: «¿No deberías temer a Dios, ya que estás condenado en el mismo suplicio?». *Et nos quidem iuste, nam digna factis recipimus* (Lc 23, 41). Reconocía la inocencia de Jesús y la confesaba públicamente: «Éste no ha hecho ningún mal». *Hic vero nihil mali gessit* (Lc 23, 41). Estaba lleno de confianza en Jesús y, aun viéndolo en el suplicio como ellos, lo miraba como al rey del cielo y le dirigía esta plegaria: «Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino». *Domine, memento mei cum veneris in regnum tuum* (Lc 23, 42). No hizo falta nada más. Jesucristo, justo apreciador de sus sentimientos, lo absuelve en ese mismo instante de todos sus crímenes y le dice: «En verdad [te] digo que hoy estarás conmigo en el paraíso». *Hodie mecum eris in paradiso* (Lc 23, 43).

¡Oh, qué hermosa y plenaria fue esta indulgencia! Su pecado quedó perdonado [tanto] en la culpa como en

la pena. Su resignación, el sacrificio voluntario de sus males –aunque forzados– y su confianza en Jesucristo, le hicieron evitar en un solo día el fuego del infierno y los tormentos del purgatorio, y le [hicieron] abrir para siempre las puertas y delicias del paraíso. *Hodie mecum eris in paradiso*. Imitadores de su divino Maestro, los apóstoles supieron atemperar en ciertas circunstancias la severidad de la penitencia mediante la dulzura de una misericordiosa indulgencia. San Pablo nos dio un ejemplo palpable en su actuación con respecto al incestuoso de Corinto. Éste se había atrevido a contraer matrimonio con la mujer de su padre. San Pablo reprende por ello de manera terrible a la

Iglesia de Corinto. El crimen del incestuoso se convirtió en común, porque hubo demasiada complacencia con el culpable. San Pablo se arma con la espada espiritual de la Iglesia; lo excluye de la comunión de los fieles con estas terribles palabras: «[Yo], unido a vuestra asamblea, en nombre de Jesucristo, ordeno que el que ha cometido este crimen sea entregado, por el poder de Nuestro Señor, a Satanás para mortificar su carne, a fin de que su alma sea salvada en el día de la venida de Nuestro Señor Jesucristo». La sentencia tiene su efecto. Es excomulgado y entregado al poder de Satanás por el Apóstol, que [lo] hizo no sin dolor, con el corazón encogido nos dice él mismo, y con muchas lágrimas; es decir, mediante una severidad totalmente caritativa, para que, castigando la carne, pudiese salvar el espíritu. La esperanza del Apóstol no se vio frustrada. Ante la noticia de la sentencia apostólica, el incestuoso, aterrado como por un rayo, se entregó al más amargo dolor. Su sentimiento fue tan vivo que se temió que cayese en la desesperación. La Iglesia de Corinto se sintió conmovida; abrevió el tiempo y disminuyó el peso

de su pena, y el Apóstol, ratificando la indulgencia, escribió a los pastores de esta Iglesia: «Lejos de desaprobare el perdón concedido al culpable, deseo, por el contrario, que le tratéis cada vez con mayor indulgencia y que lo animéis, no sea que se hunda en una excesiva tristeza. Y a quien vosotros perdonéis, también yo lo perdono, pues lo que yo perdoné fue por vosotros en la persona de Cristo». *Cui autem aliquid donatis, et ego; nam et ego, quod donavi, si quid donavi, propter vos in persona Christi* (2 Co 2, 6-10).

Todos conocen la conducta de San Juan Evangelista con respecto a ese joven que se había convertido en jefe de ladrones y al que recondujo al seno de la Iglesia. No me detendré en ello. Simplemente haré notar, de pasada, que la Iglesia, heredera del espíritu de Jesucristo y de los apóstoles, ha suavizado desde siempre el rigor de su disciplina y ha tenido en cuenta ciertas buenas disposiciones de los penitentes. Unas veces, tomando en consideración las recomendaciones de los mártires que iban a derramar su sangre por la fe, abreviaba el tiempo de penitencia de los que habían recibido de sus manos cartas de paz e indulgencia; otras veces, tomando en consideración las lágrimas, la paciencia y las buenas obras de los penitentes, concedía –como hizo en otro tiempo en el Concilio de Nicea a aquéllos cuya conversión era auténtica y no fingida–, tras ejercicios más o menos largos, la dicha de participar de los méritos de Jesucristo mediante su reconciliación con Dios y con su Iglesia.

Por eso, temperando la severidad de su disciplina con la dulzura de sus indulgencias, proclamó en el santo Concilio de Trento por un lado la necesidad indispensable de la penitencia para todos y [por otro] la eficacia

de sus favores para aquéllos que estuviesen bastante
bien dispuestos a recibirlos.

[Manuscrito 90]

ANEXOS

Misiones predicadas por el P. Andrés Coindre

Los archivos parroquiales y los de los “Cartujos”, conservados hoy por los Sacerdotes de San Ireneo, nos permiten seguir las actividades del Padre Andrés Coindre como predicador de misiones en la diócesis de Lyon de 1815 a 1822.

1816 febrero: Saint-Just-la-Pendue (Loira).

1816 marzo-abril: Neulise (Loira) y Joux (Ródano), con los Sres. Fauvette ³⁸, Montanier y de Lupé.

1816 abril-julio: Parroquia de San Bruno en Lyon.

1816 julio-agosto: Parroquia de San Justo en Lyon.

1816 diciembre-enero 1817: Saint-Sauveur (Loira) ³⁹, con los Sres. Montanier, Chevallon, Furnion y Barricand.

1817 noviembre-enero 1818: Belleville (Ródano), con los Sres. Mioland, Chevallon, Barricand y Furnion.

1818 enero-febrero: Saint-Germain-Laval (Loira), con los Sres. Mioland, Chevallon, de Lupé, Barricand y Furnion.

³⁸ El Hermano Jean Roure reunió datos sobre cada uno de estos colaboradores en *Notes biographiques complémentaires à la Chronologie d'André Coindre*, pro manuscrito, Roma, s.d. Archivos de los Hermanos del Sagrado Corazón, A01.397, Roma.

³⁹ Primera misión oficial de la Sociedad de la Cruz de Jesús.

- 1818 marzo-abril: La Guillotière (barrio de Lyon), con los Sres. Mioland, Chevallon, Barricand, Furnion, de Lupé y Carrand.
- 1818 noviembre-enero 1819: Tarare (Ródano), con los Sres. Mioland, Chevallon, Barricand, Furnion, de Lupé, Carrand y Champion.
- 1819 enero-marzo: Chalamont (Ain), con los Sres. Mioland, Chevallon, Barricand y Champion.
- 1819 marzo-mayo: Saint-Chamond (Loira), con los Sres. Mioland, Chevallon, Barricand, Carrand, Furnion y de Lupé.
- 1819 noviembre-diciembre: Ambierle (Loira), con los Sres. Mioland, Chevallon, Furnion, Barricand y Dufêtre.
- 1820 enero-febrero: Millery (Ródano), con los Sres. Mioland, Chevallon, Barricand, Dufêtre y Champion.
- 1820 marzo-abril: Bourg-en-Bresse (Ain), junto con el Sr. Ballet, se une a los Sres. Mioland, Barricand, Chevallon, Carrand y Dufêtre.
- 1820 octubre-diciembre: Saint-Just-en-Chevalet (Loira), con los Sres. Chevallon, Furnion y Ballet. Los Sres. Mioland, Barricand, Carrand, Dufêtre y Donnet dan una misión paralela en Charlieu.
- 1820 diciembre-febrero 1821: Chavanay (Loira), con los Sres. Furnion, Chevallon, Ballet y Delphin.
- 1821 febrero-marzo: Pont-de-Vaux (Ain), junto con los Sres. Chevallon y Ballet, se une a los Sres. Mioland, Dufêtre y Donnet.
- 1821 marzo-mayo: Saint-Étienne (Loira), con los Sres. Mioland, Chevallon, Barricand, Furnion, Carrand,

Dufêtre, Ballet, Donnet, Delphin y Cantal. Además de las tres parroquias de la ciudad, esta misión

comprende igualmente los alrededores cercanos: Valbenoite, Outre-Furand y Montaud.

- 1821 octubre-diciembre: Saint-Didier-sur-Rochefort (Loira), con los Sres. Chevallon, Cantal y Goubier. Se dan paralelamente las misiones de Saint-Bonnet-le-Château y Périgneux, dirigidas por los Sres. Mioland y Furnion.
- 1821 diciembre-enero 1822: Anse (Ródano), con los Sres. Mioland, Chevallon, Ballet, Delphin y Goubier.
- 1822 febrero-marzo: Loire-sur-Rhône (Ródano), con los Sres. Chevallon, Delphin, Cantal, Deguerry y Goubier.
- 1822 marzo-abril: Montluel (Ain), con los Sres. Mioland, Chevallon, Ballet, Delphin y Goubier.
- 1822 octubre-diciembre: Saint-Maurice-en-Gourgois (Loira), con los Sres. Delphin y Gaucher, mientras que los Sres. Mioland, Chevallon, Ballet, Dupéray y Vincent dan otra paralelamente en Saint-Bonnet-le-Château.

Tras esta última misión con los Padres de la Cruz de Jesús, Andrés Coindre prosigue a partir de 1823 su obra en la diócesis de Le Puy y colabora con los Sacerdotes de San Martín en la misión de Blois (Loir-et-Cher). Sin embargo, como los archivos correspondientes a este periodo son mucho más incompletos, a menudo hay que ir atando cabos para establecer una lista fiable, tanto más cuanto que las misiones se hacían a veces en varias parroquias simultáneamente.

- 1823 febrero-marzo: Monistrol-l'Evêque (Alto Loira), con los Sres. Mercier, Havon y Romain Montagnac.
- 1823 abril-mayo: Saint-Arcons-de-Barges [¿y Saint-Paul-de-Tartas?] (Alto Loira).

- 1823 septiembre-octubre: Tence y Montfaucon (Alto Loira), con los Sres. Eynac, Dufêtre y Nivet.
- 1823 octubre-noviembre: Saint-Didier-la-Séauve (Alto Loira).
- 1823 ¿noviembre?: Yssingaux (Alto Loira).
- 1824 enero-febrero: Blois (Loir-et-Cher), junto con el Sr. Eynac presta su ayuda a los Misioneros de San Martín.
- 1824 marzo-abril: Le Monastier (Alto Loira), se une a los Sres. Eynac, Mercier y Mialon.
- 1824 abril-principios de mayo: Rosières (Alto Loira), con los Sres. Havon, Gatty, Louat y Mercier.
- 1824 finales de abril-mayo: Riotord (Alto Loira), con los Sres. Eynac, Mialon, Fabre y Escoffier.
- 1824 ¿junio?: Saint-Maurice-de-Lignon (Alto Loira).
- 1824 julio: Saint-Front (Alto Loira).
- 1824 septiembre: Craponne-sur-Arzon (Alto Loira), con el Sr. Delphin, de los misioneros de Lyon.
- 1825 abril: Saugues y pueblos vecinos (Alto Loira).
- 1825 abril-mayo: Saint-Paulien (Alto Loira), se une al Sr. Mercier para predicar la plantación de la cruz.
- 1825 ¿junio?: Grazac (Alto Loira), con el Sr. Fabre.
- 1825 julio-septiembre: Bas-en-Basset (Alto Loira).
- 1825 diciembre-enero 1826: Le-Puy-en-Velay (Alto Loira).

Retiros dirigidos por el P. Andrés Coindre

Las mismas fuentes nos informan sobre los aproximadamente veinticinco retiros de unos ocho días que predica con la ayuda de algunos compañeros misioneros.

Se puede distinguir dos tipos de retiros: los destinados a una categoría particular de ejercitantes (seminarios menores, congregaciones religiosas, asociaciones piadosas...) y los que prolongan la acción de la misión, más o menos un año después de su clausura.

- 1816 julio: Lyon, Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, llamada "Pía Unión".
- 1816 noviembre: Seminario menor de La Argentièrre (diócesis de Lyon), con los Sres. Montanier y Barricand.
- 1816 noviembre: Seminario menor de Alix, con el Sr. Montanier.
- 1817 octubre: Lyon, Hermanas de San Carlos, con el Sr. Mercier.
- 1817 octubre: Saint-Sauveur (Loira), repaso de misión con los Sres. Mioland, Barricand, Furnion y de Lupé.
- 1817 noviembre: Seminario menor de La Argentièrre, con los Sres. Mioland y Barricand.
- 1817 noviembre: Seminario menor de Alix, con el Sr. Barricand.
- 1818 julio: Lyon, Hôtel-Dieu, con los Sres. Barricand y Furnion.
- 1818 octubre: Lyon, Hermanas de San Carlos.
- 1818 noviembre: Saint-Julien-en-Jarez (Loira), con el Sr. de Lupé.

- 1818 noviembre: Seminario menor de Verrières (Loira), con el Sr. Ballet.
- 1819 enero: Saint-Germain-Laval (Loira), repaso de misión, con los Sres. Mioland, Barricand y Carrand.
- 1819 mayo: Lyon, Prisión de San José, con el Sr. Furnion.
- 1819 octubre: Lyon, Hermanas de San Carlos, con los Sres. Mioland, Carrand, de Lupé, Barricand, Chevallon, Ballet, Dufêtre y Donnet.
- 1819 A finales de año, en cada uno de los cinco seminarios menores de la diócesis de Lyon: Alix, La Argentière, Meximieux, Saint-Jodard y Verrières.
- 1820 febrero: Saint-Chamond (Loira), repaso de misión, con los Sres. Mioland, Chevallon, de Lupé, Barricand, Carrand, Furnion y Dufêtre.
- 1820 marzo: Chalamont (Ain), con el Sr. Champion.
- 1820 julio: Montbrison (Loira), retiro de confirmación, con los Sres. Dufêtre y Chevallon.
- 1820 octubre: Lyon, jornada de retiro para los miembros de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús.
- 1821 septiembre: Lyon, retiro preparatorio a la fundación de los Hermanos del Sagrado Corazón.
- 1822 diciembre : Saint-Didier-sur-Rochefort (Loira), repaso de misión, con los Sres. Goubier y Gaucher.
- 1823 enero: Vals (Alto Loira).
- 1823 febrero: Monistrol-l'Evêque (Alto Loira), retiro preparatorio a la Primera Profesión de las Religiosas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Reglamento de los misioneros

Los sermones de los misioneros serán sencillos y sólidos; sus oyentes tienen demasiada necesidad de cosas sustanciales e instructivas como para entretenerlos con lo que halaga al oído y provoca su admiración.

Piedad luminosa, celo prudente; ciencia suficiente; modestia, moderación en los modales.

Para la edificación pública.

No se acepta ninguna invitación, ni siquiera en los días de descanso; después de las primeras visitas, no se hacen más a nadie; no se va a las casas de los particulares más que por un fin útil, como confesar a un enfermo, facilitar una reconciliación.

Para favorecer la unión.

El superior reglamenta en consejo cada ejercicio para una semana; transcurrida esa semana, los reglamenta de igual modo para la siguiente. Se evitará todo espíritu de rivalidad, guardándose de pisar las funciones de los demás misioneros o incluso de los párrocos; se trata de practicar las virtudes de humildad, paciencia y moderación, que tan bien se sabe predicar a los fieles.

Preparativos antes de la misión.

Aunque están aprobados para las misiones de una diócesis, los misioneros necesitan además para cada misión un mandato particular del prelado que la gobierna y se atenderán a los poderes más o menos amplios que él quiera concederles.

En cuanto se llega a una parroquia para hacer la misión, se la encomienda a los Sagrados Corazones de Jesús

y de María, a los santos patronos y a los santos ángeles protectores de la parroquia, a San Francisco Javier y a San Regís mediante plegarias particulares.

Llegados al lugar de la misión, se dirigen antes de nada a la iglesia para adorar al Santísimo Sacramento y pedir a Dios los auxilios necesarios para tan alta empresa.

A continuación se rinde visita al señor cura párroco, a los principales sacerdotes, a los superiores y superiores de las comunidades para encomendarse a sus oraciones; no se ha de olvidar la que se debe a los magistrados, a los mayordomos de la parroquia, a las personas con autoridad o bastante importantes para ganarse su protección.

En la medida de lo posible, se colocan los confesionarios en la iglesia de la misión con el nombre de cada sacerdote en el suyo para evitar cualquier equívoco.

Se toca a los ejercicios media o una hora antes, según la extensión de las parroquias, y se anuncian con la campana más grande, distinguiendo, en la medida de lo posible, por el modo de tocar, los ejercicios de la misión de los de la parroquia.

Se prepara, lo más pronto que se pueda, el coro de cantos, bien de chicas, bien de chicos; pero se tiene cuidado de hacer los ensayos en lugares separados.

De la apertura de la misión.

El señor párroco habrá tenido cuidado de anunciar la misión el domingo precedente durante los avisos; los párrocos de las parroquias circundantes harán otro tanto.

Además, el señor párroco dará sus últimos avisos la mañana del día de apertura de la misión. Uno de los mi-

sioneros anunciará en la misa mayor la apertura de la misión; explicará los motivos de la procesión y señalará el orden de los ejercicios durante la semana.

Por la tarde, después de vísperas, se hará la apertura de la misión.

De la apertura de la misión: continuación.

Se hace ordinariamente con una procesión general que se hace pasar por los barrios más habitados de una parroquia, yendo a hacer estaciones en las distintas capillas, junto a los altares de los santos patronos o bajo la advocación del que están erigidos; se dice la antifona y la oración del santo y se canta en la procesión el *Veni Creator*, le *Miserere* y otros cánticos análogos a la circunstancia.

Se tendrá cuidado de consultar al señor párroco acerca de la hora de los ejercicios que mejor conviene a sus feligreses, de anunciarla y de no cambiarla más, de conocer los días de feria o de mercado de los lugares vecinos a fin de fijar vacación esos días.

La primera instrucción tendrá por fin hacer sentir la necesidad y la ventaja de la misión.

Se invitará pronto a los hombres a venir a confesarse, porque demasiado a menudo lo dejan hasta un momento en el que ya no se les puede probar ⁴⁰.

De los ejercicios de la misión.

En la medida de lo posible, se harán tres ejercicios diarios: una instrucción familiar en forma de catecismo para

⁴⁰ En la teología moral de la época, se retrasaba a veces varios días la absolución para hacer sentir mejor al pecador la gravedad de su falta.

instruir a los ignorantes, una conferencia para enderezar y ordenar las conciencias, un sermón para conmover y convertir a los pecadores.

El orden de los ejercicios debe estar regulado según la comodidad de la mayoría y esto varía según las localidades: una ciudad con fábricas requiere que el primer ejercicio sea muy temprano y el último al anochecer para no hacer perder la jornada a los obreros; una parroquia de pueblo requiere que se acomoden a las ocupaciones de los agricultores.

El primer ejercicio comienza con la oración de la mañana, la misa, la instrucción y la bendición del santo copón. Sólo se da bendición solemne el día en que las parroquias la tienen ordinariamente y los días de apertura, ceremonia, comunión general y clausura de la misión. No se da la bendición en el ejercicio del catecismo.

Se come ordinariamente a las doce; se hace la lectura de algunos versículos del Nuevo Testamento y de una página o dos de un libro de piedad. Si la iglesia está próxima, se adora al Santísimo Sacramento, tras lo cual se tiene el descanso; éste termina a las dos y media. Fuera del tiempo de los descansos, se debe ser exacto en dirigirse al confesionario.

[Archivos de los Sacerdotes de San Ireneo, Lyon.
De puño y letra de Andrés Coindre]

**Nota para los Sres. misioneros
destinados a Saint-Sauveur - 3 de diciembre de 1816**

Poner la misión bajo la protección de San Francisco Régis, que evangelizó esta parroquia: esperararlo todo de su intercesión, invocarlo, hacerlo invocar.

La fuerza del ministerio, dentro de la obediencia, que nos hace remontar de superior en superior hasta N. S. Dirigiéndose a sus apóstoles en el Monte de los Olivos: *Euntes [...] docete [...] baptizantes [...]* (Mt 28, 19)

Los Sres. misioneros mirarán al prefecto de la misión como representante de N. S. entre ellos, no haciendo nada sino mediante sus órdenes, sometiendo su juicio al suyo y persuadiéndose de que N. S. les dirá por su boca lo que hay que hacer.

El prefecto, o jefe de la misión, una vez llegado al lugar, preparará todo, reconocerá el terreno; no improvisar nada, verlo todo, oírlo todo, abstenerse de la precipitación, incluso en el juicio, después establecer sabiamente su plan y llevarlo a cabo firmemente.

El prefecto se pondrá de acuerdo con su compañero tan a menudo como lo juzgue conveniente, para charlar sobre el estado de la misión, hacer observaciones sobre los fallos, los defectos que él perciba en la vida particular o en el ministerio de los misioneros: prever el futuro, pedir consejo y adoptar soluciones.

El prefecto regulará en la misma circunstancia el orden de las conferencias, instrucciones y ceremonias.

Preparación, mediante el estudio de la moral, de la predicación, sobre todo de la ciencia de los santos, para que las

luces se vean acompañadas por una unción que separa suavemente a las almas de la criatura y las eleva a Dios.

Preparación próxima a la santidad: algunas mortificaciones, más recogimiento, silencio interior y abnegación.

En el transcurso de la misión, temer la relajación, la pérdida del espíritu interior; prevenirse contra todas las tentaciones de pereza, vanidad, amor propio y murmuración, proponiéndose no hacer nada contrario a la humilde y amorosa dependencia a todas las opiniones y a todos los sentimientos del prefecto de la misión, teniendo cuidado con escuchar el juicio propio, con creerse más capaz que los demás cuando se trate de realizar alguna acción o función brillante, las cuales no deben nunca buscarse ni emprenderse sino movidos por una humilde obediencia.

Con respecto a los sacerdotes:

Gran respeto, hablando bien de todos, absteniéndose de compararlos, juzgarlos, condenarlos; honrándolos singular y cordialmente, estén presentes o ausentes; nada de protestas, de humildad afectada; sino sentimiento sincero de su indignidad y de un anonadamiento manifestado sobre todo mediante las obras.

Con respecto al Sr. cura párroco:

Gran respeto, deferencia a su voluntad, en la medida de lo posible; procurar destacarle en todo, darle autoridad, hablar de él con veneración, ganarle los corazones. En general, hablar siempre de todos los superiores con un respeto religioso, sin discutir con los que hablan de ellos de forma distinta.

Con respecto a los feligreses:

Celo verdadero: que vean el deseo sincero que se tiene de servirles con imparcialidad; preferencia, si los hay, por los más pobres, los más ignorantes, los más dignos de lástima; caridad, mansedumbre, condescendencia, nada de brusquedad, de altanería, de mal genio.

No aceptar ir a comer fuera; no hacer visitas inútiles o meras cortesías durante todo el transcurso de la misión.

Con respecto a la casa donde se aloje:

Agradecimiento sincero, vivo, cordial; pero apostólico, sin afectación de cortesía mundana; naturalidad sin familiaridad, seriedad, modestia, decoro, sobriedad sobre todo en la mesa; procurar no molestar, pero sin temor a hacer notar las necesidades que se pudieran tener; con los criados, nada de exigencias ni familiaridades; bondad, mansedumbre.

Con respecto a uno mismo:

Tener cuidado con la salud, cosa que no se debe olvidar; fidelidad a los ejercicios espirituales; para suplir a lo que no puede hacerse, redoblar el fervor al decir la Santa Misa y rezar el breviario; frecuentes miradas al interior.

Regularidad escrupulosa para obedecer a la campana; ver siempre el bien general de la misión, que depende del orden, y no un bien particular.

Cuidado moderado de la salud; guardarse de un ardor imprudente; saber entregarse oportunamente; fuera de eso, mantenerse en el orden del día con calma, constancia y perseverancia.

Para el orden del día:

Podría reglamentarse, si es posible, como sigue:
 a las 4'30, levantarse;
 a las 4'45, meditación en común;
 a las 5'15, las horas menores, en común si es posible;
 se iría a la iglesia hasta las 11'45; el ejercicio de la mañana tendría lugar a la hora conveniente;
 a las 11'45, examen particular en silencio en la iglesia o en una habitación;
 a las 12, comida; después recreo, vísperas y completas en común;
 a las 2, catecismo, si no se hiciese antes de comer;
 a las 4, el sermón;
 a las 7'15, lectura espiritual;
 a las 8, la cena, el recreo, acostarse a las 9'30.

Este orden podría modificarse con infinidad de formas.

En la comida, el jefe de la misión recitará la Bendición y la Acción de Gracias del breviario lionés.

Se leerá alrededor de un capítulo de la Sagrada Escritura, después un capítulo de un director espiritual (San Francisco de Sales); se podrá conversar con modestia sin gritar ruidosamente; se terminará con un número de la Imitación.

Por la mañana se podría leer a *Jeremías, Baruc, Isaías o la Sabiduría*, escogiendo los capítulos. Por la tarde, *el Evangelio de San Juan, los Hechos, o San Pablo a los Corintios, a los Filipenses, a los Colosenses...*

[Archivos de los Sacerdotes de San Ireneo, Lyon.
 Texto probablemente redactado por el Sr. Mioland]

**Informe sobre la misión de Saint-Sauveur:
lo que se ha hecho y lo que se hubiera podido hacer**

Método y orden de los ejercicios que se han seguido:

- 1- Al entrar en el pueblo, se han hecho oraciones para obtener el éxito de la misión: *Veni creator, Ave Maris Stella*, oraciones a los santos ángeles de Dios.
- 2- La primera visita ha sido al Santísimo Sacramento; después, al Sr. párroco; después, al Sr. alcalde.
- 3- Al día siguiente, se ha ido a la casa de 4 ó 5 burgueses y a las comunidades religiosas.
- 4- Se ha reunido a los jóvenes por un lado y a las jóvenes por otro para enseñarles los cantos.
- 5- El primer domingo se ha anunciado el orden de los ejercicios tal como sigue:

1^{er} domingo: anuncio de la misión, Montanier; invitación a asistir, Coindre; la salvación, Montanier;

- *lunes:* santidad, Furnion; fin del hombre, Coindre;

- *martes:* pretexto contra la salvación, Montanier; pecado, Barricand;

- *miércoles:* Palabra de Dios, Chevallon;

- *jueves:* fe, conferencia, Furnion; pequeño número de los elegidos, Coindre;

- *viernes:* la esperanza, conf., Furnion; la existencia de los demonios, Montanier;

- *sábado:* el examen de conciencia, Barricand.

[2^o] domingo: la contrición, Barricand; la muerte, Coindre; la muerte del pecador, Furnion;

- *lunes:* calidad de la confesión, Barricand; muerte del justo, Montanier;

- *martes:* reparación, Barricand; piedad, Montanier;

- *miércoles*: impureza, Chevallon;
- *jueves*: motivos de contrición, Furnion; escándalo, Coindre;
- *viernes*: juicio final, Chevallon; respeto debido al templo, Montanier;
- *sábado*: devoción a María, Coindre.

[3^{er}] *domingo*: ventajas de la comunión, Furnion; comunión indigna, Barricand; infierno, Coindre;

- *lunes*: servicio de los muertos, purgatorio, Montanier; juicio final, Furnion;
- *martes*: eucaristía, Montanier;
- *miércoles*: Navidad, paz, Furnion; demora de la conversión, Montanier; encarnación, Coindre;
- *jueves*: verdad de la religión, Coindre; abuso de las gracias, Barricand;
- *viernes*: amor de Dios, Furnion; dignidad del cristiano y renovación de los votos, Coindre;
- *sábado*: obstáculo al cielo, Chevallon.

[4^o] *domingo*: misa, Coindre; perdón de las injurias, Montanier;

- *lunes*: restitución, Barricand; necesidad de la oración, Montanier;
- *martes*: deberes de los padres y de las madres, Furnion;
- *miércoles*: día de año nuevo, abusos a reformar, prácticas a observar, Montanier; tibieza, Furnion; piedad, Coindre;
- *jueves*: cualidades de la oración, Montanier;
- *viernes*: deberes de los hijos, Furnion; pasión, Barricand; plantación de la cruz, Coindre;
- *sábado*: dignidad del cristiano, Chevallon.

[5^o] *domingo*: santificación del domingo, Coindre; hijo pródigo, Furnion;

- *día de Reyes*: Sagrado Corazón, Furnion; cielo, Coindre; perseverancia, Montanier.

Fallos cometidos durante la misión:

- 1- Habría sido deseable que hubiese habido una conferencia preliminar con los Sres. sacerdotes que debían trabajar en la misión, para tener una uniformidad de principios y hacerles conocer los defectos que se descubren en todas las misiones, tales como: pecados escondidos, [excesos] cometidos en el matrimonio.
- 2- El ensayo de cantos ha languidecido porque no se ha asistido con mucha asiduidad, porque no siempre se ha tenido el cuidado de cantar el canto sobre el tema de la predicación, porque no se ha trabajado bastante con los jóvenes para hacerles vencer el respeto humano y darles un lugar distinguido para cantar.
- 3- No conviene cantar motetes latinos que nadie sabe; la voz del solista queda ahogada por la multitud cuando canta solo. Por otra parte, gusta el ruido en las misiones.
- 4- La apertura de la misión no se ha hecho con bastante boato; para esto hacía falta una procesión, un buen sermón en vez de algunos avisos que se han dado. Uno de los notables del lugar no ha venido en todo el tiempo a la misión, porque el primer sermón no le había llamado la atención.
- 5- Algunas conferencias han sido demasiado difusas y no siempre muy exactas en las definiciones.
- 6- Algunos sermones demasiado largos, como el del juicio, del Sr. Chevallon, el de la pasión, del Sr. Barricand, y la conferencia sobre la restitución. En cuanto a los míos, yo no puedo ser su juez.

- 7- Sería bueno tener una colección de avisos bien preparados sobre los temas siguientes: el orden de los ejercicios; la importancia de las diversas ceremonias que se anuncian; ciertos abusos a rechazar, como bailar, cabarets, malos libros; ciertas máximas a establecer, como desconfiar de la gente de la ciudad, no salir de su país, etc.; ciertos puntos de moral a desarrollar, como la asiduidad, el sacrificio de sus pasiones, el amor por el retiro, la oración, las amistades demasiado cariñosas, las divisiones, los pleitos.
- 8- Sería muy ventajoso que al final de la instrucción diaria, se consagrara un cuarto de hora al examen de los pecados y a un acto de contrición. La gente de los pueblos no sabe examinarse y las confesiones carecen en gran número de un sincero dolor.
- 9- Sería bueno tener, como Bridaine, un método para seguir la misa, a fin de acostumbrarles a oírla bien durante el transcurso de la misión.
- 10- No estaría de más que, en cada bendición con el santo copón, un misionero hiciese desde el púlpito alguna oración corta y conmovedora al Santísimo Sacramento sobre el asunto de la instrucción que ha precedido.
- 11- Como no éramos lo bastante numerosos, nos ha faltado decir públicamente el rosario.
- 12- Se ha pensado demasiado tarde en mandar hacer la cruz, y es un inconveniente que nos marchemos sin que esté colocada. Habría que tomarse varios días de antelación para procurarse más adornos para las ceremonias de boato, tales como luminarias, telas, macetas, etc.

- 13- Se debería haber reunido a las cofradías para dirigirles unas palabras de edificación y ver si por su parte presentaban abusos a corregir.
- 14- Se debería haber tenido la lista de las personas públicamente separadas, para reconciliarlas; no hubiera estado mal una ceremonia de más para el perdón de las injurias.
- 15- Se ha dejado solas a personas incurables que no podían oírnos y que desearían recibir algunas palabras de consuelo por parte de los misioneros.
- 16- Si no se estuviera demasiado ocupado con los sermones, habría que dar más tiempo al confesionario.
- 17- Con respecto a los extranjeros, habría sido deseable tener unos modales un poco más reservados y delicados los unos para con los otros, para que no hubiese habido nada con demasiada altanería ni con ciertos indicios de susceptibilidad o mordacidad.
- 18- Se ha dado al Sr. coadjutor alguna lección un poco rígida en cuanto a la forma, aunque justa en cuanto al fondo.
- 19- No estaría nada mal que el día anterior a la misión fuese un día de ayuno.

[Archivos de los Sacerdotes de San Ireneo, Lyon.
De puño y letra de Andrés Coindre]

**Sermones autógrafos del P. Andrés Coindre:
archivos de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma**

Manuscrito	Título	Registro
136-1	Aflicción: del pequeño nº de los elegidos	A01.336
136-2	Aflicción: valentía del justo	A01.336
003	Alma: actividad	A01.203
101	Alma del justo, tabernáculo de la divinidad	A01.301
004	Amor de Dios	A01.204
005	Ascensión	A01.205
006	Ateísmo: refutación	A01.206
093	Ayuno y abstinencia	A01.293
156	Beneficios de Dios en el orden natural	A01.356
008	Beneficios de la religión 1	A01.208
009	Beneficios de la religión 2	A01.209
133	Biblia: citas (Antoine de Genoude)	A01.333
182	Buena conciencia: la paz	A01.382
160	Caridad y justicia	A01.360
010	Catecismo	A01.210
146	Catequista	A01.346
012	Cielo	A01.212
011	Cielo: introducción	A01.211
019	Cofradía de la Buena Muerte	A01.219
020	Cofradía de la Buena Muerte: guardarse de los abusos	A01.220
018	Cofradía del Santísimo Sacramento: los Magos, modelos de sus miembros	A01.218
013	Cólera de Dios: Juicio	A01.213
015	Comunión	A01.215
014	Comunión sacrílega	A01.214
178	Conferencias: finalidad, ventajas instrucción preliminar para la misión	A01.378

017	Confesión	A01.217
016	Confesión: objeciones	A01.216
021	Contrición	A01.221
083	Conversión: no demorarla	A01.283
146	Corazón del cristiano	A01.346
022	Creación	A01.222
024	Cristianismo: establecimiento	A01.224
128	Cristianismo: necesidad	A01.328
186	Cristianismo y paganismo	A01.386
023	Cruz: predicación	A01.223
032	Derecho: natural, social, civil	A01.232
141	Descanso dominical 1	A01.341
142	Descanso dominical 2	A01.342
033	Diferencias entre los hombres	A01.233
030	Dios: grandezas y amor de	A01.230
026	Dios: incomprehensibilidad	A01.226
028	Dios conocido por la creación	A01.228
029	Dios creador: inmortalidad	A01.229
025	Dios creador: necesidad	A01.225
027	Dios y ateísmo	A01.227
031	Dios y eternidad	A01.231
167	Emperador (discurso oficial)	A01.367
087	Encarnación	A01.287
088	Encarnación	A01.288
163	Escándalo en los seminarios	A01.363
164	Escándalo, maledicencia, desenfreno	A01.364
166	Espectáculos	A01.366
180	Esperanza	A01.380
070	Espíritu de Dios y espíritu del mundo	A01.270
170	Espiritualidad del alma	A01.370
071	Evangelios	A01.271
072	Examen de conciencia	A01.272
075	Existencia de Dios y azar	A01.275

171	Fanatismo	A01.371
177	Filosofía	A01.377
076	Fin del hombre: Dios	A01.276
077	Género humano antes del Evangelio (cuadro, texto de Frayssinous)	A01.277
078	Gloria de Dios	A01.278
079	Grandeza de Jesucristo	A01.279
069	Hijo pródigo	A01.269
057	Hijos: consejos a los padres	A01.257
064	Hijos: consejos de los filósofos paganos a los padres	A01.264
061	Hijos: deberes de los hijos (enciclopedia J-J. Rousseau)	A01.261
058	Hijos: deberes de los padres	A01.258
053	Hijos: de la corrección	A01.253
060	Hijos: dulzura y firmeza	A01.260
050	Hijos: edificación de	A01.250
055	Hijos: educación de las hijas	A01.255
059	Hijos: educación moral	A01.259
052	Hijos: hay que corregirlos	A01.252
062	Hijos: instrucción religiosa	A01.262
065	Hijos: juventud cristiana e incrédula	A01.265
063	Hijos: mala educación	A01.263
066	Hijos: "No son más que niños"	A01.266
051	Hijos: ocupad a vuestros hijos	A01.251
051	Hijos: perdición eterna de los hijos	A01.251
054	Hijos: problemas para los padres	A01.254
056	Hijos: primeras consignas	A01.256
081	Hombre virtuoso	A01.281
074	Hora santa: ejercicio	A01.274
080	Hora santa: retractación pública	A01.280
184	Ídolos secretos	A01.384
084	Imitación de Jesús	A01.284

085	Impenitencia	A01.285
086	Impureza	A01.286
086	Impureza: endurecimiento	A01.286
089	Indiferencia religiosa	A01.289
089	Indiferencia religiosa:	
	religión del hombre honrado	A01.289
049	Infancia (nota sobre la obra de M. Petit)	A01.249
034	Infierno	A01.234
039	Infierno: a seminaristas	A01.239
035	Infierno: compañeros en los infiernos	A01.235
042	Infierno: <i>Discedite a me, maledicti</i>	A01.242
045	Infierno: eternidad	A01.245
047	Infierno: eternidad, existencia	A01.247
041	Infierno: existencia	A01.241
046	Infierno: fe práctica en él	A01.246
037	Infierno: "Id, malditos..."	A01.237
048	Infierno: pena del cuerpo, pena del alma	A01.248
040	Infierno: penas	A01.240
044	Infierno: pensamiento del infierno	A01.244
043	Infierno: pensamientos varios	A01.243
036	Infierno: temor	
	"Soy bueno y honrado"	A01.236
038	Infierno: tormentos	A01.238
175	Instinto animal	A01.375
095	Irreverencia en la Iglesia	A01.295
090	Jubileo de 1825: indulgencia	A01.290
099	Juicio: injusticia confusa	A01.299
100	Juicio del alma	A01.300
096	Juicio final 1	A01.296
097	Juicio final 2	A01.297
094	Juicio final: escena	A01.294
094	Juicio final: perspectiva	A01.294
094	Juicio final: rendición de cuentas	A01.294

094	Juicio final: signos	A01.294
098	Juicio particular 1	A01.298
098	Juicio particular 2	A01.298
007	Limosna: llamada a la caridad	A01.207
082	María: protectora y refugio	A01.282
105	Matrimonio	A01.305
107	Milagros: discurso 1	A01.307
107	Milagros: Iglesia 1	A01.307
108	Milagros: notas varias	A01.308
179	Milagros: respuesta a los negadores	A01.379
109	Milagros 2	A01.309
111	Misa: Eucaristía-Santísima Virgen	A01.311
112	Misericordia de Dios 1	A01.312
113	Misericordia de Dios 2	A01.313
092	Misión: instrucciones	A01.292
073	Misión: parroquia de San Bruno	A01.273
120	Muerte: a cualquier edad	A01.320
123	Muerte: certeza 1	A01.323
125	Muerte: certeza 2	A01.325
115	Muerte: confianza en Dios	A01.315
115	Muerte: Dios la destruirá	A01.315
126	Muerte: hay que velar	A01.326
118	Muerte: incertidumbres	A01.318
115	Muerte: justos y pecadores	A01.315
116	Muerte: pensamiento saludable	A01.316
117	Muerte: prepararse 1	A01.317
122	Muerte: prepararse 2	A01.322
119	Muerte: una sola vez	A01.319
124	Muerte: ¿y después?	A01.324
114	Muerte cercana	A01.314
115	Muerte imprevista	A01.315
181	Navidad: <i>Et Filius datus est nobis</i>	A01.381
102	Pasiones: lucha contra	A01.302

134-2	Pasiones-persecuciones: grandezas humanas	A01.334
134-1	Pasiones-persecuciones: ídolos de las pasiones	A01.334
134-3	Pasiones-persecuciones: justo-avaro	A01.334
134-4	Pasiones-persecuciones: las persecuciones	A01.334
130	Paz	A01.330
068	Pecado: efectos	A01.268
135	Pecado y conversión	A01.335
103	Pecador: maldición 1	A01.303
104	Pecador: maldición 2	A01.304
138	Pecador: pretextos	A01.338
159	Pecador en el umbral del tribunal	A01.359
131	Perdón de las injurias 1	A01.331
132	Perdón de las injurias 2	A01.332
137	Piedad	A01.337
067	Piedad: ventajas	A01.267
174	Plantas (vida de las): ciencias naturales	A01.374
139	Profecías	A01.339
127	Religión: necesidad de estudiarla (relectura de la historia)	A01.327
140	Religión cristiana: fundamentos	A01.340
144	Respeto humano 1	A01.344
143	Respeto humano 2	A01.343
145	Respeto humano 3	A01.345
147	Resurrección de los muertos	A01.347
148	Retiro: clausura	A01.348
091	Retiro: disposiciones	A01.291
149	Retiro: eficacia	A01.349
129-1	Salvación: importancia	A01.329
129-2	Salvación: necesidad (daños del escándalo)	A01.329
129-2	Salvación: necesidad (único asunto del hombre)	A01.329
129-2	Salvación: necesidad (<i>Unum est necessarium</i>)	A01.329
157	Salvación eterna: cuidado de su salvación	A01.357
106	Salvación de todos: colección de citas	A01.306

158	Salvación y conversión	A01.358
150	San Buenaventura: panegírico	A01.350
151	San Carlos Borromeo	A01.351
152	San Ireneo	A01.352
161	San Vicente de Paúl: panegírico 1	A01.361
162	San Vicente de Paúl: panegírico 2	A01.362
153	Santísima Virgen 1: llena de gracias	A01.353
153	Santísima Virgen 1: María mediadora	A01.353
153	Santísima Virgen 1: <i>Mater afflictorum</i>	A01.353
153	Santísima Virgen 1: recurso a María	A01.353
153	Santísima Virgen 1: Visitación	A01.353
154	Santísima Virgen 2: ventajas del culto	A01.354
155	Santísima Virgen 3: María (extracto ms. 157)	A01.355
183	Soberbia del mundo: orgullo	A01.383
168	Sufrimiento	A01.368
169	Sufrimiento y dicha	A01.369
171	Tolerancia	A01.371
165	Venida de Jesucristo (segunda)	A01.365
172	Vida cristiana	A01.372
173	Vida espiritual 1: necesidad	A01.373
173	Vida espiritual 2: circunstancias agravantes del pecado	A01.373
173	Vida espiritual 3: debemos ser espirituales	A01.373
173	Vida espiritual 4: las vidas	A01.373
121	Vida eterna: ¿creemos en ella?	A01.321
176	Vida humana (sobre los tres niveles de la)	A01.376

**Carta del P. Juan María Ballet
al P. Francisco Coindre**

Lyón, 2 de febrero de 1856

Mi queridísimo Coindre:

El retrato que le envió de su señor hermano, de digna y santa memoria, me fue entregado por la señora superiora de Jesús y María en 1826 (año de su muerte), al acabar un retiro dado a esas Damas y como precioso recuerdo de un amigo con el que yo había hecho varias misiones de 1818 a 1821.

El autor de este retrato lo había compuesto de memoria. Hay muchos rasgos semejantes; pero si usted lo hace litografiar, podrá dirigir las pruebas y hacer cambiar muchas cosas. ¿Quién puede tener más presente que usted la hermosa figura de su señor hermano? Usted es también el único que puede dar detalles de sus primeros años hasta su entrada en el Seminario de San Ireneo en 1809. He sabido por Monseñor Mioland, arzobispo de Toulouse, a la sazón nuestro común superior en los Cartujos de Lyón, que fue ordenado sacerdote con él en 1812 y que fue enviado seguidamente a Bourg, donde ejerció las funciones de primer coadjutor hasta 1815, destacando por su talento y virtudes sacerdotales.

Allí es donde comienza a desarrollar su gusto por el púlpito. Dio varios discursos notables que decidieron su vocación por las misiones. Se asoció a algunos compañeros del P. Rauzan, que recomenzaron su obra en los Cartujos, tras el retorno de los Borbones. La primera misión en la que el Sr. Coindre tomó parte fue, me dijo él mismo a menudo, la de Saint-Just-la-Pendue (Loira) a

finales de 1815 ⁴¹, y la de San Justo en Lyon. Él fue quien predicó la plantación de la cruz: la grandeza de su voz y la solemnidad de su palabra hicieron que desde ese momento se le llamase el Bridaine de Francia. Tras la muerte de este ilustre misionero en 1767, ningún predicador en Francia lo recordó más que el Sr. Coindre.

En 1816 los compañeros del Sr. Rauzan que se habían quedado en Lyon tras la prohibición de las misiones en 1809 por parte de Napoleón, se unieron a él en París y fueron el fundamento de la creación de los Misioneros de Francia, de quienes el Sr. de Forbin-Janson fue su primer superior. El Sr. Coindre, que había trabajado en la diócesis de Lyon con los Sres. Montagnier (sic), Fauvette, etc., fue instado vivamente para ir a incrementar con ellos el número de los nuevos misioneros de París; pero prefirió permanecer en los Cartujos, donde jóvenes sacerdotes de la diócesis de Lyon, bajo la dirección de los Sres. Mioland y de la Croix d'Azolette, comenzaron el 5 de agosto de 1816 (fiesta de Santo Domingo) una obra nueva (para reemplazar a la primera, transferida a París) bajo la advocación de San Ireneo y a semejanza de los Oblatos de San Carlos en Milán.

El Sr. Coindre vivió en esta comunidad hasta el mes de junio de 1822, fecha en la que se retiró a Fourvières (sic) ocupándose de organizar la Congregación de las Hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y María, más tarde de Jesús-María, que él mismo había establecido en la parroquia de los Cartujos, en Pierres-Plantées en 1818. En la misma época y simultáneamente, el infatigable

⁴¹ Los archivos parroquiales indican la fecha de febrero de 1816. Cf. Jean Roure, *Cronología e iconografía*, p. 53.

misionero, cuyo celo todo lo abrasaba, fundaba también en los Cartujos el Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana.

En esto, mi querido Coindre, usted no necesita mis informaciones. Usted compartía, siendo aún joven, las solicitudes de su señor hermano por uno y otro establecimiento y puede dar detalles preciosos.

En cuanto a mí, que desde 1818 hasta 1822 tuve la ventaja de trabajar con el Sr. Coindre o bajo su dirección, me contentaré con decirle, según mis notas, los nombres de las parroquias evangelizadas por él en la diócesis de Lyon ⁴². Sobra decir que en esas distintas misiones recogió las mayores bendiciones. Su reputación de misionero iba cada día en aumento. El Sr. Coindre, durante los seis años de este ministerio apostólico en la diócesis de Lyon, predicó a menudo en la ciudad con gran éxito... En 1818 pronunció el panegírico de San Buenaventura, que yo mismo oí; aún me parece oír comentar la sentencia del Concilio de Lyon (1274): *Cecidit columna christianitatis*. (He olvidado decirle que fue tras un Adviento predicado en San Juan en 1815 cuando el Sr. Courbon ⁴³ invitó al Sr. Coindre a subir a los Cartujos).

Dio también varios retiros en nuestros seminarios menores, que causaron una viva impresión en el espíritu y en el corazón de los alumnos. Varios sacerdotes en activo me

⁴² Sigue un cuadro cronológico de las misiones de 1817 a 1822 que el autor de la *Vida del P. Andrés Coindre*, que se inspiró ampliamente en esta carta, reprodujo en las páginas 41 y 42.

⁴³ Joseph Courbon (1748-1824), vicario general de Lyon de 1802 hasta su muerte. Hombre de confianza del Cardenal Fesch y verdadero re-constructor de la diócesis tras el Concordato, prosiguió con sabiduría y ponderación su administración en nombre del arzobispo, tras la marcha del prelado para el exilio en abril de 1814.

hablan todavía de sus sermones sobre la *muerte*, el *pecado*, el *juicio*, la *impureza*, etc. En los intervalos en que el Sr. Coindre permanecía en la casa de los misioneros, dirigía a un gran número de personas, varias de las cuales se hicieron religiosas y más tarde llegaron a ser distinguidas superiores de sus comunidades ⁴⁴.

A finales de 1822, el Sr. Coindre aceptó el superiorato de las misiones de la diócesis de Le Puy en Monistrol. Desde ese momento, no pude tener más relación con su señor hermano; misioneros que trabajaron con él viven aún y responderán a sus preguntas. Usted sabe el resto mejor que yo. Lo que he sabido de Blois, Tours, etc., lo he conocido por boca de usted. Monseñor Lyonnet ⁴⁵, que es muy servicial, responderá a todas sus preguntas. Acabo de escribirle y así se lo hago notar. Monseñor Mioland, su condiscípulo durante los tres años en San Ireneo y superior suyo durante seis en los Cartujos, me había dado hace ya tiempo un resumen de cuatro grandes páginas que se perdieron en la casa de Fourvières (sic). Si usted le escribiese, mi querido sacerdote, le haría gustoso un suplemento. Por mi parte, yo se lo pediré encantado; y, si puede

⁴⁴ El Sr. Bissardon recoge en su «Reseña sobre la Providencia parroquial de San Bruno» que el Sr. Bochart, otro vicario general, «amaba particularmente al Sr. Coindre, aunque le censuraba a menudo el hecho de desperdiciar en pequeñas obras un talento de primer orden para la predicación». (Archivos de los Sacerdotes de San Ireneo, Lyon, registro 1, documento 31)

⁴⁵ Jean-Paul Lyonnet (1801-1875) era profesor de teología en el Seminario Mayor de Blois a la llegada del P. Coindre en febrero de 1826. Es el autor de uno de los dos relatos de su muerte (Cf. *Coindre 3, Escritos y documentos*, páginas 146-151). Obispo de Saint-Flour en 1851, es trasladado a la sede de Valence en 1857 y llega a ser arzobispo de Albi en 1865.

esperar a las vacaciones, él le dirá de viva voz lo que sabe. Monseñor Mioland amaba y estimaba mucho al querido y honorable difunto.

Esto es, mi querido Coindre, todo lo que puedo decirle de su señor hermano. Estas pequeñas notas y fechas podrán servir al biógrafo. Pienso idénticamente como usted y como los hermanos y hermanas que él fundó: que esta vida merece ser escrita; y cuanto antes mejor: *Cujus memoria in benedictione, hic fuit cum fratribus nostris et accepit verba vitæ clare nobis.*

Usted sabe que predico la Cuaresma en Saint-Étienne. Le escribo esta carta *currante calamo* antes de mi salida para demostrarle mi diligencia en responder a sus deseos. Se la envió allá arriba con uno de nuestros jóvenes teólogos. Quiero que sea un testimonio de mi estima y veneración hacia su señor hermano, con el que comencé mi ministerio, y de mi afecto y vieja amistad hacia usted. En marzo próximo hará 35 años que hicimos juntos la misión de Nuestra Señora de Saint-Étienne. Voy a subir de nuevo a ese púlpito el domingo que viene; su recuerdo me acompañará y yo lo recordaré en mi discurso.

Le reitero, mi querido Coindre, los sentimientos que usted bien conoce desde hace casi cuarenta años.

Su afectísimo y seguro servidor.

Jean-Marie Ballet, misionero
canónico, vicario general de Aviñón

[Archivos de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma, A01.045]

Fragmentos de cartas del P. Andrés Coindre relativas a la orientación de su ministerio

Para redactar sus sermones, el P. Andrés Coindre se servía a veces de hojas de borrador. Así encontramos, en el reverso de los manuscritos A01.266 "No son más que niños" y A01.255 "Educación de las hijas", el borrador parcial de dos trozos de una misma carta que parece referirse a su ministerio pastoral.

La firma "Coindre, coadjutor" permite datar estos textos en el final de su estancia en Bourg-en-Bresse (1815). Andrés Coindre se siente obligado a rechazar una función para la que no se siente competente y pide al vicario general que intervenga en su favor ante el arzobispo.

Como consecuencia de la gestión efectuada por el Padre de Forbin-Janson en otoño de 1814, con vistas a enrolar al coadjutor de Bourg en el cuerpo de los Misioneros de Francia que él mismo crea ⁴⁶, se puede suponer que, para no ver alejarse de la diócesis a un elemento de valor, el consejo episcopal le habría propuesto un ascenso, por ejemplo el encargo de una parroquia importante o la dirección de un seminario. Andrés Coindre, que en ese momento tiene veintisiete años, ocupa, desde su salida del seminario, el primer puesto de los cinco coadjutores de la Parroquia de Nuestra Señora.

Mientras se consolidan su gusto por la predicación y la satisfacción de sus oyentes, él no se ve desempeñando la misión que intentan confiarle y así se lo comunica a sus superiores con franqueza y determinación. La invitación que le hace Courbon, primer vicario general, de unirse en los Cartujos en noviembre de 1815 a los antiguos compañeros del Sr. Rauzan, podría aparecer como una consecuencia de este proceso.

⁴⁶ Cf. «Le père Coindre et l'épiscopat», *Annuaire* n° 93, Roma 1999, p. 8

[...] Lo quiero, pero es algo que me supera. Por eso, deseo dar una orientación a mi ministerio, y la opinión bien pronunciada de los pastores y de la gente me confirma en esta idea. Por eso, mi espíritu se inquieta, mi pobre corazón se encoge, estos pensamientos me acompañan por doquier, no duermo y caeré irremediablemente enfermo si no se me concede la gracia de privarme de ello. Por lo tanto, se lo ruego con todo el respeto y sumisión de que soy capaz: defienda mi causa ante Monseñor; hágale saber mi triste estado; él es demasiado bueno, demasiado indulgente para no conmoverse ante ello. Que me mande otra cosa, aunque fuese la de ser el último de los coadjutores de la última de las parroquias. Iré volando y estaré encantado. Dígnese, pues, creerme que es una imposibilidad moral y física la que me obliga a este rechazo y que siempre estaré, con la más profunda veneración y la sumisión más completa [...]

[...] de mí para todo lo demás como a usted le agrade. Iré volando y estaré encantado. Perdone, señor, si mi decisión es tan rígida, pero no creo faltar en nada al respeto más profundo y a la sumisión más completa que hacia usted siente éste que tiene el honor de ser,

señor,
su más humilde y obediente servidor.
Coindre, coadjutor

Fuentes

Archivos de las Hermanas de Santa Clotilde, París
 Archivos de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma
 Archivos de los Padres de la Misericordia, París
 Archivos de los Sacerdotes de San Ireneo, Lyon
 Archivos del arzobispado de Lyon
 Archivos nacionales, París
 Biblioteca Nacional de Francia, París

Bibliografía

André Coindre, Escritos y documentos

1, *Cartas*, Roma, 2000

2, *Reglas y reglamentos*, Roma, 2001

3, *El Pío Socorro y Dossier biográfico*, Roma, 2002

4, *La Pía Unión*, Roma, 2004

André Coindre, Notes de prédication, Roma, 1963

Anónimo [HH. Eugène y Daniel], *Vida del Padre Andrés Coindre*, Lyon-Le Puy, 1888 (traducida en 1986)

Babolat Georges, «Les Chartreux de Lyon comme missionnaires diocésains depuis le cardinal Fesch», in *Actes du 98^e Congrès National des Sociétés Savantes, Saint-Etienne, 1973*, París, 1975, pp. 129-137

Babolat Georges, «Les Chartreux de Lyon» in *Les catholiques libéraux au XIX^e siècle*, Grenoble, 1973, pp. 453-462

Catta Tony, *Le Père Dujarié (1767-1838)*, Montréal, 1960

Coste Jean y Lessard Gaston, *Origines maristes 1786-1836*, 4 volúmenes, Roma, 1960-1967

- Delaporte A., *Vie du Très Réverend Père Rauzan*, 2^a edición, París, 1892
- Desgeorge A., *Monseigneur Mioland*, Lyon, 1871
- Donnet Ferdinand, *Instructions, mandements, lettres, discours...*, 12 volúmenes, Burdeos, 1855-1883
- Drevet Marius, *Au temps du Père André Coindre, Le Pieux-Secours, 1817-1826, Chronique* (multicopiado), Lyon, 2000
- Fraisse Hippolyte, *Monistrol-sur-Loire* (pro manuscripto), s.f.
- Gadille Jacques (bajo la dirección de), *Le diocèse de Lyon*, París, 1983
- Michel Jean-Baptiste, *Autobiographie*, pro manuscripto, s.d.
- Montclos Xavier de (bajo la dirección de), *Lyon, le Lyonnais, le Beaujolais*, París, 1995
- Odin A.-M., *Les Chartreux de Lyon*, Lyon, 1937
- Ribaut Jean-Pierre, «Autour de la mort du père Coindre», *Annuaire* 90, Rome, 1996, p. 9-51; «Les débuts du Pieux-Secours», id. 91, 1997, p. 9-73; «Le père Coindre et l'épiscopat», id. 93, 1999, p. 5-44; «Le père Coindre au service des prisonniers», id. 96, 2002, p. 5-25.
- Roure Jean, *Padre Andrés Coindre. Misionero y fundador, 1787-1826, Cronología e iconografía*, Roma, 1987; *Notes biographiques complémentaires à la Chronologie d'André Coindre* (pro manuscripto), Roma, s.f.
- Sevrin Emile, *Les missions religieuses en France sous la Restauration*, París, 1948 y 1959
- Zind Pierre, *Les nouvelles congrégations de frères enseignants en France de 1800 à 1830*, Lyon, 1969

Índice general

INTRODUCCIÓN	5
I.- FUNDAMENTOS DE LA FE	
Actualidad de la religión	29
Amor de Dios	36
El Corazón de Jesús	41
La Encarnación	47
La esperanza	63
El perdón de las injurias	64
La paz	70
La Misa	80
María - La Visitación	86
La Iglesia	90
II.- LA MISIÓN	
Instrucciones de la misión: reavivar la fe	93
La salvación: el único asunto de nuestra vida	96
El pecado	97
La confesión	100
Las postrimerías - La muerte	111
El juicio particular	120
La misericordia de Dios	122
El purgatorio	126
El cielo	130
El infierno	133

III.- EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

Ventajas de una buena educación	139
Juventud cristiana y juventud incrédula	140
No son más que niños	141
Influencia de las primeras consignas	142
Consejos de los filósofos paganos a los padres	142
Educación apropiada y atenta	144
Cultivad el espíritu de la juventud	145
Enseñar la religión a los hijos	146
Animar a los hijos a la virtud	147
Obediencia de los hijos para con sus padres	148
La indocilidad de los hijos, castigo de los padres ...	149
Desavenencia de las parejas	151
Dulzura y firmeza en el ejercicio de la autoridad ...	152
Ocupad a vuestros hijos y entretenedlos	153
Hay que cuidar la educación de las hijas	154
La madre, educadora de su hija	155
Consecuencias de una mala educación	156
Pedagogía de la corrección	157
Del buen uso de la corrección de los hijos	158
Saber dosificar alabanza y reprimenda	161
Guardarse de la parcialidad	162
Perdición eterna de los hijos	162

IV.- OBRAS DE CIRCUNSTANCIAS

Aniversario de la coronación del Emperador	165
Panegírico de San Vicente de Paúl	176
Indulgencia para el Jubileo de 1825	206

ANEXOS

Misiones predicadas por el P. Andrés Coindre	215
Retiros dirigidos por el P. Andrés Coindre	219
Reglamento de los misioneros	221
Para los misioneros destinados a Saint-Sauveur	225
Informe sobre la misión de Saint-Sauveur	229
Lista de sermones autógrafos del P. A. Coindre	234
Carta del P. Ballet al P. Francisco Coindre	241
Fragmentos de cartas del P. Andrés Coindre	246
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	249
ÍNDICE GENERAL	251



Principales **misiones**

y **retiros** predicados por Andrés Coindre en las diócesis de Lyon y de Le Puy.

Andrés Coindre recorrió frecuentemente el camino Lyon-Monistrol.

Las líneas rectas indican caminos recorridos por el Padre Coindre.

Los otros signos señalan o bien lugares de predicación de misión, o bien escuelas de los primeros Hermanos.



Escuelas abiertas:

Pío Socorro, Valbenoite, Monistrol, Le Monastier, Pradelles, Cailloux/Fontaine, St-Symphorien, Montfaucon, Neulise, Blesle, Murat

Nombres enmarcados = Departamentos

Con MAYÚSCULAS =
Capital del departamento
u obispado